

Un Inmenso Arsenal
De Mercancías



María Larralde

Un inmenso arsenal de mercancías

María Larralde

Copyright © 2016 María Larralde

Todos los derechos reservados.

ISBN: 1518623247

ISBN-13: 978-1518623240

Dedicado a mi hermana Noe Martínez Banaclocha.
Inspirado por ti, alentado por ti y creado para ti.

AGRADECIMIENTOS

a W.W. Fairy

por la excelente portada de éste libro realizada a
demanda y en casi un instante con su hermoso arte.

León, 16 de Septiembre del 2018
DIARIO DE LEÓN

Crónica de sucesos.

Inexplicables sucesos asolan nuestra apacible y tranquila ciudad. Muertes violentas de origen desconocido mantienen en jaque a la policía. Hasta el día de hoy, son 10 casos de muertes repentinas en menos de una semana relacionadas con “mercancías” recién adquiridas.

La oleada de muertes, aparentemente accidentales, se producen por el primer uso de algún “bien de consumo”, recientemente adquirido por desafortunadas personas.

Todas ellas son muertes violentas, por lo que no se descarta un ataque terrorista que sea capaz de haber incorporado las últimas tecnologías como forma de causar el mayor daño posible. Inicialmente se pensó en accidentes casuales que

coincidían en el tiempo, pero una investigación más exhaustiva de los casos, ha revelado indicios de que podrían existir conexiones entre las muertes. De momento, el Inspector de la Policía de la comisaría Central de León, el Señor Sánchez

Quijada, responsable del caso, no ha querido revelar más datos, ya que ello podría entorpecer las futuras investigaciones.

Lorena G. M

I

Esta fue la única reseña que pude hacer pública en el diario para el que trabajaba por aquel entonces. Releyéndola ahora, todo tiene otra textura. Nadie daba un duro por aquella investigación de una joven periodista que tiene un pálpito, al conversar durante cinco escasos minutos con el policía encargado de las investigaciones. Aquella voz telefónica era un verdadero poema. Lo decía todo sin “querer” decir nada por su boca. La boca de Alfonso Sánchez Quijada.

La casualidad quiso que me enterara, por Jorge Gosálvez, de que “algo gordo” se traía entre manos el Inspector.

—Te digo, Lorena, que mi primo, que trabaja en la comisaría, dice que algo extraño está sucediendo. Hay muchas muertes “aparentemente” accidentales y desconectadas entre sí, que no son accidentales y que sí tienen alguna conexión entre ellas. Aquí hay tomate.

Simplemente ese comentario de Jorge, me puso en “modo alerta sabueso”, y me dediqué a husmear en aquel asunto del que solamente había podido publicar una brevísima noticia, en la sección de sucesos del diario de mi ciudad: León.

Jorge Gosálvez, siempre detrás y delante mía, hijo de periodistas, nieto de periodistas. Sin talento ni creatividad. Enamorado locamente de mí hasta el punto de que, en más de una ocasión, mantuve mi puesto de trabajo en el Diario de León por sus constantes intervenciones en mi favor ante su padre: Gonzalo Gosálvez Camprubí.

Todos consideraban al señor Camprubí como un magnate del “negocio” periodístico por aquellas tierras. Sin embargo, realmente, ¿qué tenía de extraordinario un hombre que había heredado su profesión y su empresa de sus propios padres? Su orgullo era desmedido en relación a sus méritos reales y objetivos. Era un tipo más bien mediocre, aunque siempre decía:

—El hombre es “trabajo, trabajo y trabajo”. Todo lo demás es “fracaso, fracaso y fracaso”. El Diario de León es “éxito, éxito y éxito”. ¡A trabajar por el éxito del Diario!

Y con estas palabras nos arengaba todos los lunes por la mañana, después de habernos pasado, muchos de nosotros, todo el domingo por la noche en la redacción. El señor Camprubí pasaba el día del Señor, como Dios manda. Los demás todavía creíamos que podíamos llegar a ser tan importantes como él si aplicábamos, durante los mejores años de nuestra juventud, la política de nuestro “superjefe”, el tirano Camprubí.

Su mujer, es decir, la señora de nuestro Führer, era, si cabe, de peor calaña que el mismísimo Sr. Gonzalo. Mujer de familia acomodada, cuyas propiedades y extensiones de tierras eran de las más importantes de toda la provincia. Y sin embargo, estaba claro que Amalia no tenía suficiente. Era una mujer cuya necesidad de reafirmarse mediante el consumismo desbocado no tenía límites. Su posición social en la esfera de la “gente bien” era, con mucho, su máxima preocupación. Iba perfectamente maquillada a toda hora, perfectamente vestida a toda hora, perfectamente “perfecta” siempre, y claro, eso es algo muy caro.

De esta forma a Jorge, mi leal compañero y triste hijo del Sr. Camprubí y la Sra. Amalia, estos dos seres egoístas, lo habían olvidado como ser querido. Eso sí, siempre había gozado de tener todo aquello que deseaba, pero sin saber muy bien cómo, Jorge creció triste y con babysitters tetonas que más bien agradaban a su padre y le sacaban los cuartos cuando, furtivamente, iba en horario laboral a visitar al pequeño Jorgito y a su Nani cachonda. El buen señor necesitaba descargarse con mujeres jóvenes y capaces de dar placer a un hombre como Dios manda. Mientras, su atareada Señora se pasaba las mañanas de compras, en la peluquería, con su “abogado”, solucionando temas de herencias, que por aquel entonces eran su máxima preocupación, ya que su terrateniente padre murió cuando Jorge tenía apenas ocho meses. Padre y madre estaban completamente de acuerdo en su matrimonio de conveniencia, y a su modo se querían. ¡Cualquiera se metía con la Señora! Todas estas intimidades me eran reveladas en los tentempiés de las maratonianas horas de trabajo conjunto.

Jorge poseía una personalidad plácida, tranquila y poco competitiva que contrastaba frontalmente con los deseos de sus superficiales padres. De esta manera, Jorge estudió periodismo, pero jamás sobresalió por altas calificaciones. Tendría trabajo, heredaría la empresa (como antes lo hizo su padre), y, claro, sin aliciente en la vida, la “tendencia natural” de todo ser viviente es la de no malgastar energías. Después vino lo de su enamoramiento hacia mí. Era buen tipo, pero lacónico, pusilánime y conformista. Si yo hubiera querido heredar una empresa, él hubiera sido “mi hombre”. Pero desgraciadamente para él, yo no tenía la ambición de su madre.

Tampoco es que yo fuera una inconformista radical, ni siquiera era muy crítica con el sistema. Simplemente pensaba en una vida con un hombre así, y languidecía en mi imaginación hasta verme convertida en una vieja amargada. Yo, por aquel entonces, necesitaba en mi vida alguien capaz de estimularme intelectualmente, además de ponerme “a cien” físicamente. Vamos lo que toda mujer desea, aunque no lo diga, y por pura monotonía se conformen con ese “tipo” de hombres que acaban por aburrir hasta a los muertos, de tan “modernos”.

La primera vez que hablé con Alfonso fue por teléfono. Su voz sonó, en mi oído, profunda, masculina y fría. Mostraba desagrado obvio ante mi interés por su investigación, y no quiso darme ningún detalle, a pesar de lo cual, yo publiqué esa noticia de sucesos en el periódico impreso y en la versión digital.

Se produjo una reacción sorprendentemente importante de la opinión pública, la reseña acabó en los telediarios. Y fue, con mucho, una de las noticias más twitteadas de la semana por los internautas. ¿Y por qué fue así? Pues porque los casos de muertes “extrañas” se multiplicaban por el país entero. Muertes aparentemente fortuitas y accidentales se apretaban unas detrás de las otras, y yo había sido “la periodista” pionera en creer que la cosa tenía más importancia de la que, en un principio, podría parecer.

Después tuve la grandísima suerte de que el Sr. Camprubí me pidiera que, junto con su desganado hijo, investigara a fondo el tema y que cada semana, si no cada día, quería novedades. Me daba permiso para tener a mi disposición un equipo de ayudantes. Informáticos, redactores, y hasta alguna becaria que se dedicaba, principalmente, a Twitrear en el @diariodeleon, y mantener viva la llama de la noticia. Me daba permiso para tener informantes fieles dentro de la comisaría. El primer candidato era el sobrino del Sr. Camprubí y primo de Jorge. Él trabajaba en la Comisaría Central de León. Y aunque era administrativo, tenía acceso a “casi todo”.

Carlo, así se llamaba el primo de Jorge, (no sé si por Carlo Magno o si es que no sabía pronunciar la “ese” del final del habitual nombre Carlos, nunca lo quise saber), husmeaba en las reuniones del inspector Quijano, y leía algunos de los informes en los ordenadores de una compañera que estaba destinada en homicidios y que babeaba con el susodicho Carlo, hasta el punto de dejarle inmiscuirse en muchos de los casos de homicidios. Carlo era confidente de varios periodistas, de varios medios de comunicación. Pero este caso me lo reservó para mí. Lo hizo por su primo Jorge. Quería que me liara con él, y pensaba que ésta era una aportación desinteresada por su primo, era como darme un gran empujón hacia los brazos de Jorge. Sabía que la cosa era muy importante y no podía arriesgarse con periodistas de otros medios. Aquí estaba la familia de por medio, y la discreción sería mucho mayor.

Carlo conseguía que Mónica le desvelara algunos informes a cambio de que él, un verdadero playboy, le desvelara a ella los secretos que guardaba bajo sus Levis. Yo, por mi parte, hubiera querido remunerarle en metálico pero en, este caso, no cogía mi dinero pues me repetía:

— No mujer, pero si tú eres de la familia. De todas formas, si algún día terminas con mi primo, aquí me tienes para alegrarte las penas.

—Bien —le contestaba yo, muy dispuesta a ofrecerme a aquel seductor, con tal de que me siguiera largando información—, lo tendré en cuenta, cariño. La verdad es que estás como un queso.

Era un verdadero hombre de hoy en día, o sea un imbécil, un verdadero cretino, pero en realidad era un joven con un cuerpo esculturalmente trabajado en el gimnasio, también era avisado, alegre y muy sexual. Un chaval que solo estaría bien para un revolcón, en un momento dado, si no se hubiera cepillado a medio León. Y toda mujer que se acercaba a satisfacer su deseo, era mujer que salía en portada del diario de cotilleo y visilleo de la ciudad. León es un pueblo grande.

Necesitaba meterme de lleno en la investigación. Tenía que saber quién era ese Inspector de voz duramente sensual, que me había cortado en seco toda posibilidad informativa. Y me puse a investigar su vida.

Alfonso Sánchez Quijada, 44 años y natural de Riocastrillo de Ordas, un pequeñísimo pueblecito situado al noroeste de la capital. Su abuelo había sido agricultor. Su padre fue simplemente el hijo de su padre. Trabajó, de manera discontinua, en la construcción como peón de albañil. Se transformó en un borrachín sin escrúpulos, que le daba, además, al juego de las tragaperras y al bingo. Mauricio se llamaba, y acabó con una cirrosis que terminó definitivamente con él, en menos de diez años. Su abuela y su madre, sin información relevante. Simples amas de casa.

Quería saber si era un hombre que se lo había currado mucho para llegar a donde estaba; era nada más y nada menos que inspector de policía, y llevaba mi caso de homicidios o asesinatos, el caso de homicidios más importante de nuestro tiempo.

Había estudiado, a pesar de sus circunstancias familiares, obteniendo siempre muy buenas calificaciones. En la academia de policía había tenido un rendimiento académico excepcional. Aprobó la oposición como funcionario al cuerpo de Policía Nacional a los dos años de haber terminado sus estudios. Ascendió a inspector en menos de cuatro años. Había resuelto importantes crímenes de la provincia. Las desapariciones de personas eran su fuerte, no había casi ningún caso sin resolver.

Así es que, me enfrentaba a un verdadero policía de película. Iba a ser difícil sacarle información, por lo que me decidí —sin decírselo a nadie— a investigar por mi cuenta aquel caso tan extraño.

Las fotografías que había conseguido a través de internet mostraban un hombre joven, de mirada aguileña, con unos ojos negros que se te clavaban desde la fotografía hasta el alma. Iba perfectamente afeitado, rapado casi al cero. Daba todo el aspecto de un militar. El hombre era imponente. Era joven en la fotografía, por lo que deduje que ésta no era muy actual. Me impresionó de tal manera que dudé de seguir con mi plan. Algo me pareció quemar en las entrañas, pero como mi prioridad en la vida era, en aquel momento, mi carrera profesional, no hice caso a estos signos inequívocos que toda mujer siente cuando se topa con un hombre que le atrae de verdad. Mi plan de infiltrarme en la comisaría y obtener información de primera mano seguía en pie, pero Alfonso me dio miedo. Parecía un serbio de esos que asesinan a sangre fría. La fotografía que encontré en la red era la de su acceso a las pruebas de Funcionario al cuerpo Nacional de Policía. Era, por tanto, una fotografía de hacía más de quince años. Yo no sabía qué aspecto tenía él ahora. De lo que sí estaba segura era de que si se percataba de mi presencia en la comisaría podía comenzar a considerarme periodista en el paro.

La mañana del lunes 24 de septiembre aparecí en la comisaría, y Carlo me esperaba con un café en la mano. La entrada estaba muy concurrida, y aunque era un edificio no muy antiguo, se notaba el desgaste por el uso continuado de las paredes y el suelo. Había un cierto olor ajado, agrio, ocre, algo parecido a cuando han orinado en plena calle. Las paredes no tenían un color definido, podrían ser beige, blanco roto o blanco sucísimo.

Carlo me llevó primero hasta su lugar de trabajo. Tenía un buen ordenador a su servicio, la verdad, mejor que el mío. Mi traidor de la policía me explicó que podía conseguir que me colara cerca de la sala donde hacían las reuniones del equipo de investigación del caso. Eso sí, tendría que estar allí como si fuera una ciudadana que requería ayuda de la policía y por supuesto no podría llevar ningún material de audio o video para grabar.

En mi memoria acústica se agolpaban las palabras, el tono de la voz y la actitud hostil que el Inspector Quijano me había regalado en la única llamada que había conseguido hacerle. Volví a estremecerme de miedo.

Mi jefe no sabía en la que me había metido, y por supuesto jamás hubiera aprobado aquella acción. Ya teníamos suficiente, un confidente, él tenía que ofrecernos información. Lo que yo me proponía hacer era escuchar, ver y reflexionar. Pero quería tener la oportunidad de hacerlo de primera mano.

Me senté afuera de la sala.

Había unas nueve personas dentro. Alfonso estaba de pie, al frente de todos esos hombres. Todos eran miembros del equipo del Caso Fórum. Así lo habían bautizado.

II

Alfonso estaba de pie en la sala. Había unas ocho personas más a su alrededor, atendiendo las diversas explicaciones que el inspector daba sobre el asunto.

El primer caso se trató inicialmente como un accidente, por eso hasta que no hubo varios casos similares en la misma semana, no se pasaron a Homicidios. Esto fue el día uno de septiembre.

Se llamaba Elisa Gutiérrez Caldea y tenía 35 años. La encontró su novio electrocutada en la bañera con un secador de pelo dentro del agua. O suicidio o accidente. Se pensó.

Antonio López Sostres, 78 años, viudo. Su vivienda se incendió a causa de una estufa eléctrica recién adquirida. Su cuerpo se recuperó carbonizado.

Lolita Sayés Solano, su marido Gordon Smith y sus dos hijos William y Florette, ambos menores de edad. Todos muertos gracias a un escape de gas ciudad. La cocina era nueva, y ella era muy hippie y se negaba a tener una cocina eléctrica, por lo que se la cambió, al comprar su nuevo piso, por una cocina de gas.

Pero el último caso era el más terrible de todos, y fue el que llevó a Alfonso a plantearse que aquello no eran muertes accidentales: Otra familia completa muerta. Los padres, y tres niños de catorce, diez y cinco años. ¿Cómo? Habían sido cocidos por microondas. El nuevo microondas, adquirido por ellos recientemente, había producido microondas hacia el exterior. Todos estaban reventados, como cuando se mete una comida en esos artefactos y te pasas de tiempo o potencia. Quemados y reventados.

Yo me encontraba sentada en una bancada de madera cerca de la puerta. Acababan de entrar hacía solamente diez minutos, por lo que estaban iniciando la puesta en común de los diferentes aspectos del caso... Y lo que se había dicho hasta ahora me dejó estupefacta. Aquello era extrañísimo.

Un hombre algo regordete, bajito, calvo al estilo monje y de aspecto bonachón, que iba vestido de traje y corbata, pero que a pesar de ello parecía desaliñado, comenzó repentinamente a vociferar. El hombre se mostraba desbordado por la situación y le repetía al Inspector Quijano que era del todo imposible que todas las muertes, que se habían contabilizado ya en más de veinte, estuvieran relacionadas. Era el Comisario. Gerardo Pérez Roto.

Alfonso insistía en esta idea y planteó que era un problema de seguridad nacional. Había que hablar inmediatamente con el Ministerio de Interior. El C. N. I. debía estar al corriente. Porque el Inspector creía que era un caso de terrorismo.

—Señor Pérez, comprendo que le sea difícil ligar los casos de aparentes muertes accidentales de las dos últimas semanas. Pero Ud. Conoce mi forma de investigar, conoce este equipo, conoce la minuciosidad con la que tratamos cada uno de los casos que nos llegan. No hay reivindicación, eso es cierto, pero no tiene por qué haberla si quién está detrás de estas muertes no es un grupo terrorista tradicional. Estoy en la absoluta convicción de que aquí está actuando una potencia extranjera —le explicaba Alfonso, tomándose un tiempo prudencial cada vez que hacía una de estas afirmaciones.

El Comisario negaba todo el tiempo solapando las palabras del Inspector con unos: “no, no, no,” y unos “¿Pero qué dice hombre?”, con entonación angustiada en la voz.

—Usted parece haberse vuelto “loco” —le decía el Comisario Pérez—. Va a poner en pie de guerra al C.N.I, sin estar seguro de lo que lleva entre manos. Esto saltará a la prensa y va a crear una alarma innecesaria en la población. Va a hacer que nos quedemos sin trabajo. ¡Siga investigando cada muerte como un caso aislado! ¡No quiero volver a escuchar de su boca esta absurda idea de una trama conspiranoica!

—Señor —le decía Alfonso—, cálmese. Si no elevamos a un organismo superior la situación en la que nos encontramos, el daño será mucho mayor. No sé cuántas muertes más necesita para darse cuenta de ello.

Nadie más hablaba. De repente el comisario comenzó a gritar:

— ¡Cállese la puta boca! ¡Está fuera del caso! —E inmediatamente añadió— ¡Señor Martínez, es usted el nuevo responsable! ¡Obedezca mis instrucciones!

Yo, al ver que se ponían así de mal las cosas, me fui rápidamente de allí. Busqué el despacho de Carlo. Y todavía no había salido de mi estupor, cuando Alfonso comenzó a andar tras de mí. Seguramente iba a su despacho, y yo haciéndome la despistada me crucé con él y le miré a los ojos.

Él me clavó su mirada, pero no me dijo nada. Me ruboricé de inmediato. ¡Joder cuando a una le pasa esto! No sé si se dio cuenta o no. La cosa es que me quedé un tanto traspuesta. Me desubiqué y no encontraba la salida.

Una policía me habló desde mis espaldas:

— ¿Se encuentra bien señorita?, ¿está buscando a alguien?

— Sí —le contesté dándome la vuelta, y topándome con una joven pelirroja llena de pequitas pequeñas en las mejillas y con ojos azules oscuros—, estoy buscando a Carlo —continúe—. Tengo que hablar con él —y mientras le decía esto miraba la esbelta figura de Alfonso desaparecer en el tercer despacho a la derecha de aquel largo pasillo de la comisaría.

La muchacha me miró con cara de enfado y me dijo:

— ¿Es usted amiga de Carlo?

— ¿Amiga? Eh... no, no... —Le dije—, soy su novia.

Esto fue lo único que se me ocurrió en aquel momento. Necesitaba justificar mi presencia en la comisaría.

— ¿La novia de Carlo? —se hizo un silencio y comenzó a reírse— ¿Está Ud. segura señorita? —Me dijo en actitud burlona—, porque si es Ud. su novia quiero que sepa que llevo muchos meses tirándome a su novio, casi a diario.

Entonces la miré y me di cuenta del error: ¡aquella policía era Mónica! La policía de homicidios a la que Carlo le sacaba información de primera mano. La cosa se ponía fea para mí. No podían descubrirme. Entonces, a la desesperada le dije:

—Lo sé. ¿Cree que soy tonta o algo por el estilo? —le contesté cabreada por su insolencia. La mujer se quedó descolocada con mi respuesta y se avergonzó un poco.

Yo sabía quién era perfectamente, pero para ella el concepto “novia” y Carlo estaban desconectados. Dudó un instante y remirándome de arriba abajo:

— ¡Voy a avisarle, espérate aquí un momento! —y se largó al despacho de Carlo a toda máquina. Su intención estaba clara. Mónica iba a pegarle la bronca del siglo.

Entonces miré hacia la puerta del despacho de Alfonso, a la par que avisaba a Carlo vía WhatsApp de que Mónica iba para su despacho y que me había hecho preguntas. Le expliqué repetidamente que le había dicho que era su novia.

La puerta del despacho del Inspector estaba entornada. Se escuchaba a Alfonso recogiendo papeles, archivos, golpeando fuertemente con objetos la mesa, como cuando tiras desde cierta distancia libros o carpetas contra una mesa. Golpes secos, cajones que se abrían y cerraban impulsivamente, y ciertos improperios que desvelaban el irritado y frustrado ánimo del Inspector. Hoy no era su día.

Pero en realidad, poco después esto no importaría porque en poco tiempo no iba a ser el día de nadie en España.

Me acerqué un poco a la puerta pero me paré en seco cuando desde el otro lado oí la voz de Carlo:

— ¡Lorena, cariño, estoy aquí!

Me cagué en todo. El imbécil este era un inoportuno. Aunque mi actitud temeraria no era fruto solamente de mi interés periodístico, sino que necesitaba ver a aquel hombre que me había impactado de aquella manera. Y sobre todo, me sentí atraída por el suave perfume que él había dejado a mí alrededor, al cruzarse conmigo en el pasillo.

Pero Carlo me reclamaba. Me di media vuelta, y saliendo con él de la comisaría, me arreó un beso en toda la boca ante la atónita mirada de Mónica, que observaba la escena desde el interior de la doble puerta acristalada de la comisaría. Yo le miré petrificada:

—Luego hablamos, te llamaré.

— Vale preciosa. No hagas caso de lo que algunas celosas te han dicho de mí. ¡Soy todo tuyo! —me dijo el muy capullo con sorna, y guiñándome el ojo.

—Gracias Carlo. Me has sido de gran ayuda.

Y así me despedí de mi confidente, al que no volví a ver nunca más en mi vida.

Al día siguiente publiqué en primera plana la noticia. Mi superjefe releyó aquello una y otra vez. Se sentía inseguro. Era una auténtica bomba. Me preguntó quinientas veces si mis fuentes eran fidedignas y de primera mano. Y como sabía que Carlo no podía haber logrado tal cantidad de información, me insistió hasta que tuve que decirle la verdad.

— Señor Camprubí, mis fuentes son mis oídos y mis ojos. Me infiltré en la comisaría.

— ¡Pero cómo se atreve a hacer algo así sin mi permiso! —me gritó—. Enhorabuena Lorena, es usted la única verdadera periodista que he tenido en treinta años en este humilde periódico.

Todos nos quedamos sorprendidos. Jorge me miraba con adoración absoluta, y su padre le dijo:

—Esta chica tiene futuro, no como otros. Que no tienen iniciativa ni ambición ninguna.

Pero aquellos reproches, a Jorge, no le importaban en absoluto. Él solo quería que yo colmara mi vanidad profesional y que me sintiera feliz en aquel periódico. Lo que su padre opinara de él no le importaba en absoluto. De todas formas heredaría igualmente la empresa.

Esa noche todo el equipo trabajó hasta la madrugada. Nadie fue a dormir a casa. Tras la primera tirada del periódico, los teléfonos comenzaron a sonar. No dábamos abasto. Y otros periodistas, en la mayoría de provincias de España, seguían noticias similares pero no se habían atrevido a publicarlas por no haber podido confirmar, con las fuentes policiales, aquella tragedia nacional.

El Señor Camprubí estaba colorado de la alegría. Yo creía que le iba a dar un infarto. Pensé que su tensión arterial debía estar a más de 20.

Yo estaba agotada y obsesionada por ver a aquel Inspector de nuevo. ¿Qué podía hacer?

Sobre las tres de la tarde me fui a casa a dormir.

A las tres y media sonó el timbre de mi puerta.

A las tres y treinta y cinco, Alfonso entraba en mi casa. Sus palabras fueron las siguientes:

—¿Es usted Lorena Martínez González? —me dijo sacando su placa.

Y yo solo le pude decir:

—Sí.

Y me quedé paralizada. Pensé que venía a detenerme. Pero entonces me dijo:

—Ayer la vi en comisaría. Estaba escuchando detrás de la puerta de reuniones. Le facilitó la entrada Carlo, ¿no es así?

—Sí. —Repetí. Y me sentí ridícula y pequeña. Pensé que aquel hombre me iba a esposar.

—La ha liado usted parda señorita —y sonrió fugazmente. Miró el salón de mi casa y me dijo: — ¿Puedo sentarme? —señalando el sofá.

—Sí. — ¡Repetí como una imbécil!

—Habla usted poco, por lo que veo. Sin embargo, escribe demasiado, ¿no?

—Es que no sé qué decirle —mi mirada iba de sus ojos al suelo, parecía una niña a la que le están pegando una autentica bronca. Pero, ¿cómo me daba tanta vergüenza hablar con él? Estaba claro que no venía a arrestarme, pues por un lado venia solo y por otro, me lo habría hecho saber desde el principio.

—Quiero que sepa que Carlo, en realidad, me estaba ayudando a mí.

— ¿Cómo? —le dije sorprendidísima.

— Le explico: yo tengo la intuición de que estas muertes son producto de un ataque a nuestra población. Usted misma pudo escuchar mis explicaciones ayer en la sala de reuniones. No son accidentes, es más, está ocurriendo lo mismo en la mayoría de grandes ciudades de España. Pero sabía que no iban a tomárselo en serio si la cosa no saltaba a la prensa. Mire Lorena —me dijo poniendo su mano en mi muslo, por otro lado sin ninguna intención deshonesto por su parte, sino más bien en actitud de complicidad desesperada—, esto es mucho más gordo de lo que parece. Ahora mismo estoy fuera del caso, y suspendido de empleo y sueldo, pero lo importante es que el caso está en manos del ministerio de interior, del espionaje y del ejército. Yo sabía, desde que me hizo aquella llamada telefónica, que usted lo intentaría todo por una exclusiva —me dijo sonriéndome—. Y junto con Carlo, que es un gran amigo mío, y que realiza acciones de infiltración de todo tipo, me puse manos a la obra.

Al ver mi cara de estupor:

—Carlo no es un simple administrativo y usted no es una simple periodista. Tiene que ir a la televisión —dijo en tono de orden—, es el siguiente paso que tenemos que dar.

—Mire señor... Alfonso, yo no voy a ir a ninguna parte. Nos hemos hecho un mutuo favor. Por lo visto soy más estúpida de lo que creía, y Carlo es más inteligente de lo que yo podría imaginar. Pero yo no voy a arriesgar mi trabajo como usted lo ha hecho. Agradezco su visita, pero no puedo ayudarle... Pero déjeme decirle una cosa, creo que tiene razón y...

— ¿Tienes algo de beber? —me cortó en seco mirándome a los ojos de manera penetrante.

Yo pensé que quería convencerme y que estaba intentando alargar su visita hasta conseguir de mí lo que quería: mi colaboración. Me levanté y le pregunté qué deseaba para beber.

—Agua o algún zumo —me dijo mirando mis movimientos.

Me sentía traspasada y muy nerviosa. No encontraba ni los vasos. Abrí la nevera y me avergoncé, pues no tenía ni siquiera agua fresca.

Vivo en una especie de loft, y paso muy poco tiempo en él. Duermo y tomo café, pero nada más.

Alfonso, levantándose repentinamente, como si algo en su mente le hubiera hecho cambiar de opinión:

—Lorena, perdona por haberte involucrado en esto, olvídalo. Gracias por tu tiempo, y que te vaya todo lo mejor posible.

Se disponía a abrir la puerta sin mirar a atrás, y sin saber muy bien ni cómo, ni porqué, le dije:

— ¡No, no, no, no te vayas!

Pero no me hizo ya ningún caso. Salió por la puerta sin mirar atrás, dejándome a solas con su perfume.

Me acosté. No dormí ni un solo segundo. La visita del inspector me había dejado algo confusa. La excitación del trabajo frenético de la noche anterior, me tenía tan agotada que me era literalmente imposible conciliar el sueño.

Serían las cinco menos cuarto de la tarde y sonó de nuevo el timbre de mi puerta. Una esperanza pueril, de adolescente enamorada platónicamente, recorrió mi cuerpo y mi alma. “¡Alfonso!”, pensé.

Salí de la cama de un salto. Corrí hacia la puerta, y para mi propio asombro posterior, abrí la puerta sin preguntar y sin mirar por la mirilla. Estaba confundiendo deseo con realidad. Pero Jorge me despertó de aquel estado exacerbado, con solo verle la cara.

— ¡Ah! Eres tú. ¿Qué haces aquí?, ¿ha pasado algo?

—No me lo puedo creer —me dijo con la cara descompuesta—, ¿es que no has visto las noticias?

Y se metió en casa. Encendió la televisión. Todas las cadenas echaban humo. Jorge me explicó:

— ¡Nadie sabe qué pasa, Lorena! El ejército está tomando las calles. Las muertes son incontables en las últimas 4 horas. Los servicios médicos, los bomberos y la policía están colapsados, y se va a imponer el toque de queda. No se puede salir a la calle a partir de las ocho de la noche —y con ojos como de búho real, añadió acercando su cara a la mía—. ¡Mi padre me ha enviado a por ti! Quiere que vuelvas a la redacción. Pero yo no quiero que salgas de casa. Si quieres le llamo y le digo que te encuentras mal. ¡Su ambición es infinita, aún a riesgo de la vida de los demás!

Mientras él me hablaba yo veía las noticias. Calles desiertas y equipos de periodistas siguiendo los extraños sucesos en primicia. No podía quedarme en casa. Tenía que salir a pesar de mi completo agotamiento físico y mental. Entonces Jorge me dijo:

— ¿Qué olor es ese que hay aquí en el sofá?

Le miré impresionada.

— ¿A qué te parece que huele, Jorge? —le dije como si no oliera nada. En realidad aquel sutil perfume que dejaba Alfonso seguía pegado a mi sofá, como si parte de su alma quisiera estar allí todavía.

— ¡No sé, pero me gusta! ¿Es un ambientador nuevo?

Parecía un poco extasiado y cambié de tema de inmediato. Recogí todo lo que necesitaba. Me llevaba alguna muda. Pensé en no volver a casa hasta que supiera qué estaba pasando, al menos en León.

El último suceso había sido la muerte por congelación de quince personas en un pequeño supermercado en la zona norte. Un pequeño UDACO de toda la vida. El autoservicio había adquirido un nuevo congelador de gran capacidad. Lo pusieron en marcha esa noche. Y a las tres de la tarde, mientras yo pensaba en descansar y recibía la visita en mi casa de Alfonso, las puertas del autoservicio se cerraron de manera automática, y aquel artefacto del infierno congeló a menos 30°C al dueño del supermercado, a dos dependientas y a los doce clientes que se encontraban haciendo sus compras.

Jorge salió de su estupor cuando vio mi frenética actividad recogiendo las cosas necesarias para salir pitando de casa.

—Pero, ¿dónde vas? —me dijo asombrado.

— Jorge —le dije—, voy a investigar qué está ocurriendo.

— ¿Pero tú sola?

— ¡Un periodista debe estar donde está la noticia! —le dije, aunque yo, en realidad, estaba pensando en aceptar la oferta de Alfonso y colaborar con él en la investigación, al margen de los cauces oficiales—. ¡Cierra la puerta cuando te vayas y dile a tu padre que tendrá noticias más pronto! ¡Chau!

El pobre hombre se quedó allí pasmado. Sentado, mirando la televisión. A él no le hacía gracia la idea de que me fuera por ahí a arriesgarme, pero me conocía y sabía que daba igual todo lo que me dijera. Por otro lado, ni se le pasó por la cabeza acompañarme, por lo que vivió el Apocalipsis a cubierto y resguardado de los peligros.

Bajé las escaleras a toda prisa. Sacaba el móvil y llamaba al Inspector con el corazón latiéndome a tope.

— ¿Lorena? —dijo con su voz grave.

— ¡Eh... Si... sí... soy yo! —le contesté fatigada de la carrera que me estaba pegando para coger el coche que tenía aparcado a dos calles de mi casa— ¿Dónde estás?, voy donde estés. Tengo que hablar contigo. Quiero colaborar en tu investigación.

— ¡Noooo... no puede ser Lorena! Es muy peligroso. Además estoy en el aeropuerto. Me voy.

— ¿Cómo que te vas, a dónde te vas? ¿Te rindes?

—No Lorena, voy al origen del problema.

— ¡Voy contigo! ¡Tengo que ir contigo!

—Lorena, tu interés repentino por mí es normal, pero no deseo poner tu vida en peligro. Entiendo cómo te sientes, siempre me pasa lo mismo —se hizo un silencio—. Debo guardar las distancias y contigo no las he guardado. Por eso te encuentras así. Tenía la esperanza de que no te ocurriera nada, pero parece que no aprendo...

— ¡No puedes dejarme aquí! ¿Dónde vas?

—Lorena... — hizo un segundo silencio aún más largo que el anterior—. Piensa un poco... No me conoces de nada. Puedo estar loco de remate y puede que lo que sospecho que está ocurriendo, no sea ni siquiera una aproximación a la verdad. No puedes arriesgarte por alguien que no conoces. No es prudente. Te lo digo como policía.

— ¡Dónde vas! —a todo esto yo iba embalada al aeropuerto, con el
manos libre puesto y en un estado psicológico bastante alterado.

—Te espero y hablamos —y colgó.

— ¡Alfonsoo...! —dije gritándole al teléfono.

Yo sabía que este hombre iba a descubrir lo que estaba pasando. Mi
ambición era tal por estar en el ojo del huracán que aceleré a tope, y
llegué en cinco minutos al aeropuerto. Lo busqué por la sala principal.
Allí estaba mirando una cristalera de un escaparate de una tienda de
suenires. Me acerqué corriendo por detrás. Me puse a su lado jadeante.

—Voy contigo.

—Este es el problema —dijo él señalando las mercancías que se
exponían cara al público en un hermoso y reluciente escaparate—; da
igual que el ejército salga a la calle, da igual el estado de emergencia
nacional, y el toque de queda a partir de las ocho de la noche. Mientras la
gente siga comprando, seguirán muriendo.

— ¿Qué está pasando?

— ¡Nos atacan! Lo están haciendo desde hace años, poco a poco,
lenta y sigilosamente, nadie se daba cuenta hasta que han pasado a la
segunda fase de su ataque. Van a exterminar nuestra forma de vida, van a
acabar con el capitalismo a través de sus propias armas: las mercancías. Y
desde luego a mí no me importaría. No soy propenso a defender este
sistema de producción tan injusto, pero lo que no tolero es que paguen
justos por pecadores —¡La verdad es que decía todo aquello con tal
convicción!

—A dónde vas —le dije.

—China, tengo que ir a China.

Lo miré pasmada. No sabía qué hacer. Desperté como de un sueño. Me pasó por la cabeza la idea de que estaba como una cabra, pero luego le miraba y decía para mis adentros: ¡sabe lo que dice, sé que tiene razón!

El vuelo a Madrid salía en media hora. Había que embarcar. A partir de las ocho no había más vuelos...

—Compro el billete y voy contigo —le dije—; yo te creo.

Entonces sacó dos billetes de su bolsillo y me dijo con una leve sonrisa:

—Si has llegado hasta aquí debo darte la oportunidad de comprender, lo que no puedo darte es eso otro que buscas. Es mi única condición —me dijo mirándome a los ojos y cogiendo mi mentón con su gran mano.

Me quedé trastornada con sus palabras y, otra vez, me puse colorada como un tomate. Ese hombre me volvería loca porque yo, en realidad, no sabía el verdadero motivo por el que estaba allí cometiendo esa locura.

Ya no le pude decir nada más. Nos sentamos en el avión rumbo a Madrid. Estar a su lado era lo único que empezaba a importarme en realidad y comencé a mirarle, mientras sacaba su portátil. Ese hombre parecía de otro mundo. Su perfección, su gran belleza, y ese perfume que desprendía me tenían loca, obsesionada, diría yo.

En el portátil aparecían signos cifrados que yo, en aquel momento, no podía ni siquiera imaginar qué podían ser. Pero allí estaba yo, mirándole eternamente rumbo a mi destino.

De repente le hice una pregunta de lo más pueril:

—Alfonso, ¿qué perfume usas?

Él me miró y me sonrió, como si esperara la pregunta:

—No uso perfume, Lorena.

Me pareció ver en sus ojos un brillo extraño. Algo, desde su interior, sus ojos brillaban desde su interior y yo lo podía captar.

—Lo siento —le dije —, no quería ser impertinente. Si no lo quieres decir estás en tu derecho, ¡pero quiero que sepas que me encanta! —dije ruborizándome.

Me miró y me sonrió de nuevo. Acto seguido, mientras él seguía mirando aquellas cosas, que supuse eran códigos cifrados de la policía, me apoyé en su hombro y me dormí profundamente.

Soñé con él. Y no digo más.

III

Aterrizamos en Madrid. Ya era de noche. Aunque no hacía frío se notaba que el invierno estaba a punto de iniciarse como una ola sigilosa arrastrada por los vientos del norte de Europa.

Yo iba cargada con una mochila. Alfonso llevaba su portátil y nada más. Entonces fue cuando le pregunté:

— ¿Cuándo salimos hacia China?

—Pronto —dijo—, primero vamos a consultar. Quiero estar completamente seguro de cada uno de los pasos que voy a dar en esta guerra. Lorena, tienes que saber que formo parte de una sociedad secreta.

— ¡Joder! —le dije asustada— ¿No serás un Masón, no?

—Ha, Ha, Ha... —Rió a carcajada limpia como no lo había visto reír hasta ese momento— No te preocupes. No es nada de eso. Pero ya que estás conmigo, tienes derecho a saber que no estoy solo en esto. Hay otros como yo.

— ¿Cómo tú?, ¿qué quieres decir?

—Sabes lo que quiero decir, Lorena.

—Desde luego sé que eres distinto a cualquier persona que haya conocido en mi vida, pero no sé exactamente qué es lo que veo distinto en ti.

—Bien. Eso ya es algo. Quiero que sepas que vas a conocer a unos seres que vigilan a los hombres. Nos esforzamos para que todo vaya lo mejor posible para los hombres en esta “sociedad”. A pesar de que en “El Reino” de este mundo, estáis gobernados por el “Señor de la Muerte”. Mi comunidad es la comunidad de los NVL (Nuevos Vigilantes Leales). El Señor del Mal tiene cada vez más y más fuerza, y los buenos hombres tenéis cada vez menos posibilidades de enfrentaros a él. Quiero ayudar, he ayudado en todo lo que he podido hasta ahora... pero no es suficiente. Shemihaza ha vuelto. Ese es su nombre. Aunque se le ha llamado de otras muchas maneras: Moloch, Mammón, fetiche, demonio... y se ha adueñado del mundo. Aísla a los hombres, los hace solitarios, incapaces de vivir en comunión con otros... succiona la vida de los hombres a través de su trabajo, los vacía por completo y ahora además, va a producir el Gran Exterminio. Los hombres solo conocen el “mundo de las mercancías”, que son producidas por él mismo, pero le son arrebatadas de inmediato. Tiene que ir como un drogadicto a por su droga a los nuevos templos de la nueva religión: los centros comerciales. Y a todos les parece que es algo “natural”. Sin embargo nunca antes en toda la historia del hombre en la tierra, éste ha vivido más solo y aislado que ahora.

— ¡Dios mío, Alfonso! Esto es una locura. ¿A qué secta perteneces?! ¿Qué tiene que ver China en todo esto?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Pero sospecho que El Gran Dragón sabe cómo destruir este mundo. Y utiliza vuestras propias armas: las mercancías, que ellos fabrican para que vosotros las consumáis eternamente, matando lo poco de humanos que ya queda en vosotros.

— ¡Eso del Demonio y sus nombres... la verdad, no sé qué hago aquí! No me imaginaba que me ibas a salir con estas chaladuras, ¡pareces tan sensato cuando no hablas...! ¡Parecías tan sensato cuando estabas en la policía!

—Es normal. —Me replicó tiernamente, sonriéndome con una dulzura infinita— Sígueme, conócelos y si crees que soy un loco, te marcharás de nuevo a León. Pero si comienzas a creer, entonces tendrás que seguir adelante, con o sin mí.

Mientras me decía todas aquellas cosas tan raras y que sonaban a chifladuras de una secta salvífica, andábamos ya por las afueras del aeropuerto. Alfonso sacó el móvil, y mandó un mensaje. A los diez minutos había un pequeño y viejo coche blanco, que pasó a recogerarnos. Conducía un joven de ricitos muy rubio. Ambos se miraron a los ojos.

— ¡Buenas noches, soy Marcos! ¿Qué tal el viaje? —y miraba ahora a Alfonso, con cara de pillín, como si hubiera descubierto una relación inadecuada entre él y yo, y la cosa le hiciera mucha gracia.

— ¡Hola! —le dije. Y me paré a observarlo mientras conducía, con bastante velocidad, aquel Seat Mii, tan pequeño.

Llegamos en unos quince minutos a una calle bien iluminada, al primer piso de un edificio cualquiera, con una portería común y un vestíbulo normal. Desde luego no parecía la guarida de una secta de locos. Lo inquietante, para mí, era que me sentía completamente tranquila porque Alfonso estaba conmigo.

Marcos abrió la puerta. El primero A, y nos adentramos en un pequeño salón con una decoración algo antigua pero encantadora. Olía estupendamente, no había una mota de polvo, las paredes estaban repletas de estanterías con libros. En el centro había una mesa de cristal grande y redonda, y alrededor, sillas de bambú perfectamente distribuidas. La mesa estaba lista para siete personas. El salón daba a un pequeño pasillo que llevaba a la cocina y a una habitación. De la cocina salía ese estupendo olor a comida recién hecha, y se oía el trajinar en ella.

De repente, una mujer de portentosas dimensiones y de una belleza sin igual, salió de la cocina con unas fuentes repletas de comida. Ella y Alfonso se miraron, se sonrieron, se abrazaron... efusivamente. Casi me muero. Me entró un sentimiento malísimo que nunca había tenido en mi vida. No podía soportar aquel abrazo. Me sentí ultrajada, y además inferior a ella. Su belleza me dejó atónita... “¡Dios!... esto es lo que le ha traído hasta aquí”, pensé para mis adentros. Entonces Alfonso se giró, y cogiéndome la mano, me acercó a ella y me dijo:

—Te presento a Anna. Ella es una de nuestros miembros más relevantes. Nuestra Comunidad no sería nada sin ella.

Su mano estaba cálida, suave y fuerte a un mismo tiempo, y esa sensación me calmó al instante.

—Bien —me dijo Anna—. Así es que, tú eres Lorena... la joven periodista que hizo saltar la noticia, ¿eh? —Y miraba a Alfonso más que a mí, mientras hablaba—. ¡Vamos a cenar en cuanto lleguen los demás! Tendrás hambre, ¿no?

Entonces me percaté de que no había comido NADA en todo el día. Parecía que esa parte de mi organismo, que da señales para sentir hambre y comer, se había muerto dentro de mí. Pero ante aquella invitación, dije como para mí misma:

— ¡Me muero de hambre, necesito comer algo caliente!

Anna me cogió del brazo y me sentó a la mesa. Me puso delante un plato de caldo caliente, con arroz. Y acto seguido me dijo:

—Come Lorena, que la noche va a ser larga. Nosotros lo haremos cuando vengan los demás.

Marcos, el conductor ricitos de oro, miraba la escena divertido y me animaba muy atentamente:

—Come mujer, que llevas demasiadas impresiones en el cuerpo y no has pegado bocado durante horas.

Alfonso se metió en una habitación con Anna, mientras yo comenzaba a comer con la oreja puesta en las voces de ellos dos. Pero Marcos, de repente, y de manera jovial y tranquilizadora, me soltó:

—No es nada de lo que piensas. Esos dos son hermanos.

Me quedé muerta. ¿Pero de dónde salían todas aquellas personas capaces de adivinar mis pensamientos, mis sentimientos y mis emociones? A pesar del sobresalto que sentí al escuchar aquello, me alegré infinitamente. Lo que no entendía era porqué Alfonso no me había dicho nada de su hermana.

—¿Y tú... eres hijo de Anna?

—¿Eh? No... Ha, ha, ha... no, no... ¡Qué va, yo soy miembro del NVL, como ellos! Eso quiere decir que me ves joven, ¿no? —y sonreía con satisfacción.

—Pues no te echo más de dieciocho años —le dije mostrando agrado también.

—Eso está muy bien. De vez en cuando un halago no viene mal.

—No era un halago —le dije riendo maliciosamente—, ¿cuántos años tienes en realidad?

Pero Alfonso y Anna salían con más comida, y se interrumpió la trivial conversación con Marcos.

Yo no podía comprender qué hacía un chaval tan joven metido en un embolado así. Anna se sentó a mi lado y me preguntó sobre mi vida, mi profesión... etc. Yo, en mis adentros, pensaba que estaba descubriendo una secta de gente iluminada e incluso media loca, que creían que tenían la misión de salvar el mundo de los extraños ataques que estábamos sufriendo.

La puerta sonó. La reunión de los Nuevos Vigilantes Leales estaba a punto de comenzar. Y yo iba a ser testigo. Cogí mi bolso, pedí ir al aseo y preparé mi iPhone para grabar la reunión. De esta manera me aseguraba de que en el futuro tendría una prueba de todo aquello. Una prueba, un respaldo ante mi jefe, el Señor Camprubí.

IV

El Libro de Enoch

“Ellos devoraron todo el trabajo de los hombres hasta que estos ya no alcanzaron a alimentarlos más. Entonces los gigantes se volvieron contra los hombres y empezaron a devorarlos, y empezaron a pecar contra los pájaros, y contra las bestias y los peces y a devorar unos la carne de los otros, y se bebieron la sangre. Entonces la tierra acusó a los violentos por todo lo que se había hecho en ella”

Génesis 6: 1—7

Uno tras otro, comenzaron a llegar el resto de miembros de aquel grupo de “iluminados”, hasta completarse en número de siete. Tres mujeres: Anna, Isabel y Lucía. Cuatro hombres: Alfonso, Marcos, Miguel, Rafael.

Se sentaron alrededor de la mesa. Todos se presentaron ante mí, como si esperaran verme allí. Me di cuenta de que no era ninguna sorpresa para ellos. Sin embargo no me acomodaron a su lado en la mesa. En lugar de eso, Alfonso me cogió aparte y, con una mirada de comprensión, me dijo:

—Sé que vas a grabar la reunión. Tienes nuestro permiso para hacerlo. Queremos dar testimonio de lo que aquí se hable. Es posible que en el futuro sea de alguna utilidad a los hombres, pero si perdemos esta guerra, no importará si queda grabada una prueba pues los hombres no podrán ser testigos. La aniquilación puede ser completa. Lorena: escucha, mira y no interrumpas. Después marcharemos cada uno a cumplir nuestro destino.

— ¡De acuerdo! —le dije, dispuesta a grabar hasta el más mínimo detalle.

Yo no sabía si me había infiltrado en una secta de poderes del estado o en una secta de locos, pero en cualquier caso, aquello era digno de ser investigado. Desde luego el Inspector nunca, en toda su trayectoria profesional, había dado signos de desequilibrio mental, ni siquiera había tenido una baja por gripe en casi quince años de servicio ininterrumpido como policía en León. Desde que era Inspector de homicidios tenía un 100% de resolución de los casos que caían en sus manos, y eso era lo verdaderamente extraño. Nadie tiene tal porcentaje de éxito en nada. Eso no es humano, simplemente.

Miré los rostros de aquellas personas. Miré la perfección de todos ellos. Tal era su belleza que te perdías observando cada uno de los detalles de sus rostros. Ojos grandes y hermosos, narices griegas, mentones robustos en ellos, barbillas frágilmente esculpidas en ellas. Cuerpos proporcionados, atléticos pero sin exceso en ellos, y figuras muy femeninas en ellas, sin un átomo de grasa que afeara su escultural belleza. Y todos desprendían olores que embelesarían a cualquier persona. ¡Uff! Comencé a pensar repentinamente que me encontraba ante un cónclave de arcángeles, pero eliminé rápidamente esta idea de mis pensamientos, porque yo no creía en NADA de eso. Nunca he sido creyente, la verdad sea dicha. Aunque debo admitir que me quedaba flipada de ver a aquellas personas taaan perfectas delante de mis imperfectas narices.

Todos abrieron sus ordenadores. Todas las pantallas aparecían con unos símbolos horizontales, como si la información estuviera encriptada. La primera en hablar fue Lucía:

—Ha llegado el momento que estábamos esperando. Los ciclos han llegado a su fin, y esta vez tiene que ser nuestra la victoria definitiva. No podemos permitir que Shemihaza vuelva a extender su reino. Él está a la desesperada desde su refugio dentro del Gran Dragón. Ha corrompido sus entrañas, y la ofensiva es cada vez mayor. Los hombres no quieren entender, ¡vamos a perderlos a todos otra vez! —decía la joven y bella mujer con lágrimas en sus ojos.

—Para eso estamos aquí, Lucía —le decía Marcos en actitud tranquilizadora.

— ¡Bien! —Alzó la voz Alfonso, mientras los otros parecían consternados e indecisos—. Voy a marchar a sus entrañas. Creo que debemos hacerlo todos nosotros. Nos distribuiremos dentro de él, acabaremos desde dentro con su proyecto de destrucción de los hombres. De la vida humana propiamente dicha. ¿Alguien piensa que hay alternativa?

Se miraban unos a otros y negaban con la cabeza.

—De acuerdo —dijo Anna—, pues todos hemos visto cómo él ha derramado sangre e injusticia por la tierra y cómo la violencia se ha propagado a través de las generaciones, desde la última vez que tuvimos que intervenir en este mundo.

—La destrucción de los hombres está clamando en las puertas de los cielos, esta vez será la definitiva —exclamaba Rafael, un hombre algo mayor que los demás, pero igualmente hermoso. Rafael llevaba barbas largas y grises. Me recordó a alguien que yo había visto en alguna fotografía, y no era Papá Noel. Era otra persona, estaba segura de que era un rostro que había visto en alguna ocasión anterior.

Isabel no hablaba, solamente escribía en el ordenador. Era como una secretaria o algo así. Yo seguía grabando y me acerqué al ordenador de esta mujer. Entonces me quedé muerta: no era el alfabeto y los números latinos lo que tenía en el teclado. De hecho, no había teclado sino que, en sustitución del mismo, había una especie de placa negra, donde ella deslizaba los dedos con suavidad; parecía escribir con ellos unos extraños símbolos que se reflejaban en aquella pantalla de color azul claro. Al darse cuenta de que la enfocaba directamente con el móvil y que me sorprendía tanto, Isabel les hizo parar su conversación. Y mirando a Alfonso, le dijo:

—¿Ella es la elegida, estás seguro de ello? Parece no entender nada.

—Sí. Fue ella la que vino a mí. Al principio yo también dudé, pero su corazón es totalmente puro —y dijo mirándome y sonriéndome con amor—, aunque ella no lo cree aún, sintió un impulso irremediable por venir a mí —continuó—. Tranquila, Isabel, puede olerlos. Ella es una de las elegidas.

Vamos, como podréis imaginar, yo estaba contrariada completamente por aquellas palabras. ¡Yo podía olerlos! Y entonces me acordé. Jorge también le había podido oler. Jorge, mi compañero de trabajo, el hijo del señor Camprubí, también se había percatado de aquella fragancia sutilmente deliciosa que desprendía Alfonso.

Me senté en el sofá. Ya no podía más con toda aquella extravagante situación. Entonces les dije a todos parando, al mismo tiempo, la grabación:

— ¡Quiero pruebas!, todo esto que estáis haciendo y diciendo aquí suena a locura. ¡Así es que quiero pruebas! Tenéis que demostrarme lo que estáis insinuando todo el tiempo... ¿Sois Ángeles? ¿Ha comenzado el Apocalipsis...? ¡necesito que lo demostréis! No lo grabaré, lo prometo, pero debo saberlo o no podré seguir.

Se miraron unos a otros. Hicieron un gesto de afirmación con las cabezas. Todos estaban de acuerdo. Marcos me pidió que apagara las luces del salón. Me levanté y me dirigí hacia el interruptor. ¡Ojalá pudiera explicar lo que presencié a continuación!

Apagué la luz, la sala se quedó a oscuras, pues todavía era medianoche. Solamente entraba, a través de la cortina entreabierta del pequeño balcón, un pequeño haz de luz, proveniente de una farola que se situaba justo debajo del piso donde nos encontrábamos. Al mirar hacia la mesa, me quedé completamente paralizada. En lugar de ver a aquellas personas que había conocido hoy mismo, en lugar de ver la deseada silueta de mi adorado Alfonso, veía nítidamente siete figuras resplandecientes, siete figuras con enormes alas negras parecidas a las de las águilas, alrededor de la mesa. Cada uno de ellos emitía una luz de un color distinto. A su vez, estaban recitando unos salmos en una lengua arcaica y extraña para mí. Entonces me vine abajo, me desmoroné psicológicamente. Me habían echado algo en la comida. ¡Eso era! Estaba alucinando. ¡Eso era, había perdido el control de mis percepciones! Encendí la luz, y vi sus formas humanas. Apagué la luz, y de nuevo aquellas fantasmales siluetas se aparecieron ante mí. Encendí la luz otra vez, y entonces seguí viendo aquellos extraños seres de otra dimensión levantándose de sus sillas, y con alas y con todo, venir hacia mí. No sé con qué intenciones se me acercaban, pero abrí la puerta y salí corriendo a la calle. Allí vomité la cena, junto a la farola.

Alfonso bajó, en su forma humana, a consolarme. Después de llorar y vomitar varias veces, con él a mi lado esperando que me sosegara, me levanté, le miré a los ojos emocionada, lloré a cántaros y le abracé. Me fundí en un abrazo con él y a raíz de aquello, no dudé nunca más. Su misión era salvar a los hombres. La mía, al parecer, ayudarles a que lo logaran.

Subí con Alfonso. Los otros, ya en forma humana, seguían discutiendo sobre estrategias a seguir en la batalla que se nos presentaba por delante. Alfonso me hizo sentar en el sofá, me dio su portátil y me dijo:

Lee el Libro de Enoch, y comprenderás.

Sentada y derrotada ante aquella revelación, con un portátil en mis rodillas (en el que se me mostraban las escrituras sagradas y antiguas del Viejo Libro de Enoch), recibí la llamada de Jorge en mi móvil. Sentí tal alegría, me emocioné en tal grado, que casi hubiera llorado de no ser porque aquellos Arcángeles o Vigilantes o lo que quisiera que fuesen, estaban allí hablando del origen del mal que assolaba la tierra.

Cogí el teléfono, y la voz de Jorge me sonó a música celestial, a pesar de que me llamaba en un estado de alteración mental importante. Pero claro, en vista de que yo estaba reunida con las Milicias Celestiales, su relato me pareció casi infantil. Jorge me explicó que las muertes se sucedían cada vez en mayor cantidad.

—Lorena es el HOLOCAUSTO, la gente muere por familias enteras. Ya no me importa dar ninguna noticia, Lorena. ¡Mis padres han muerto! —y rompió a llorar desconsoladamente por teléfono—. ¡Necesito verte! —me repetía una y otra vez—, ¡estoy muy asustado!

—Jorge —le contesté intentando tranquilizarle—, no puedes marcharte de allí. Tienes que difundir la siguiente noticia: “para que las muertes cesen, debemos dejar de comprar nuevas mercancías, sobre todo las producidas en China, ya que TODAS las muertes se relacionan con este tipo de productos importados desde este país.” Hazlo público. Por favor, hazme caso y, por favor, no compres nada, por favor, Jorge. Estoy en un asunto muy gordo. No puedo explicártelo, además es muy complicado... Mira, si veo la posibilidad de que vengas conmigo, te llamaré. Siento mucho la muerte de tus padres, ¡lo siento de verdad!

— Lo sé —me dijo—, esto es una locura. Llevamos unas treinta mil muertes solamente en toda la provincia de León. Y es igual en toda España, Francia, Alemania... ¡Toda Europa! Comienzan a aparecer los primeros casos en Estados Unidos. Solo se libran las zonas rurales, las zonas más aisladas.

— ¿Y no te has preguntado por qué?

—Nadie lo sabe. Las autoridades dicen que es un ataque terrorista en masa. Pero nadie sabe cómo ejecutan sus asesinatos pues, cuando se examinan los objetos que han producido las muertes, no encuentran nada anormal, no están manipulados, no llevan ningún tipo de tecnología que active ninguna carga explosiva... Simplemente los objetos parecen cobrar vida propia... ¡es una pesadilla salida de una película de terror!

—Así es. Pero no es un ataque terrorista, como pensaba yo al principio, y como es lógico que piensen las autoridades. Es algo peor... —y me callé, porque no sabía si Jorge lo iba a poder entender. Igual me tomaba por loca, porque yo lo hubiera pensado de él si me hubiera dicho que todo esto era un ataque de Satán y los demás ángeles caídos, a través de nuestro propio sistema de producción y consumo. ¿Quién podía entender aquello?—. Jorge, estoy en Madrid. Me iré seguramente mañana de aquí. Te volveré a llamar. Difunde esta noticia en el periódico, la televisión, las redes sociales... ¡Debes confiar en mí, te volveré a llamar!

— ¡Lorena... Lorena, no cuelgues por favor!

Pero sin decir ni adiós, colgué. No podía sentir más su sufrimiento. El palo que se había llevado era muy gordo, y yo no quería liarle más la cabeza. El pobre Jorge ya tenía bastante. Muerto su padre, él era el Director del periódico, eso era terrorífico para él. Además del terror añadido de que toda la población sufría por no saber cuándo, algún objeto habitual e inofensivo hasta ahora, te iba a matar.

“Las mercancías estaban quitándoles la vida a los hombres, era el principio del fin de toda una forma de vida y de su civilización.”

Yo me había levantado del sofá, me había metido en la única habitación de la casa (mientras conversaba con Jorge) que estaba al fondo del pasillo, pasando la cocina. No había ninguna cama, solamente había una silla y una gran cantidad de ordenadores que recibían constantemente información actualizada de todo el mundo.

Por lo visto allí no vivía realmente nadie, sino que era como un Centro de Operaciones. Salí de aquella habitación al salón en cuanto terminé de hablar con Jorge. Para mi sorpresa se habían ido todos, menos Anna, Alfonso y de nuevo Marcos, que sonriente me dijo:

— ¡Lorena la atea, reunida con unos Ángeles! Debe ser duro.

— ¡Marcos, por favor, un poco de respeto! —le espetó, algo enfadado, Alfonso—. ¿Es que no recuerdas que es por ellos por lo que estamos aquí? No cometamos el mismo error que aquellos a los que hemos venido a combatir.

— Simplemente era una broma, pero debe saber que son ellos, la gente como ella, los que están idolatrando al Becerro de oro nuevamente. No creen en Jesucristo, ni en su mensaje redentor. Y sin embargo, adoran a esos ídolos falsos, a esos fetiches ridículos...

— ¡Cállate! —gritó Alfonso, creciendo en tamaño y convirtiéndose en un gigantesco ser de luz que, abalanzándose sobre Marcos, le amenazó con una espada de fuego dorado—. Una vez revelada nuestra naturaleza, ¡no tienes permitido hablarles así! ¡Te quedarás mudo a partir de ahora!

Ante mi atónita mirada vi cómo la boca de Marcos, era cosida por una aguja casi invisible, y con un hilo de sutil brillo plateado. Así, ante mi asombro, Alfonso le cosió la boca y le dejó mudo. Yo le supliqué que no lo hiciera y me arrodillé ante él. Le supliqué que le perdonara, pues en el fondo, tenía razón.

Marcos tenía cara de asustado, aquello le dolía...

Alfonso me levantó, cogiéndome de las manos, y con vehemencia en su voz:

— ¡No te arrodilles jamás ante uno de nosotros, pues vosotros, los hombres, sois superiores a nosotros para Dios! Fuimos creados para cuidaros, y no puedo consentir esta ignominia.

— ¡De acuerdo! —Le dije asustada—, pues entonces, como tengo la capacidad de perdonarle, ¡le perdono! Y te pido que le quites el castigo. Por favor... solo era una broma. Por favor...

Entonces Anna intervino, y sosegando a Alfonso, me dijo:

—Sí. Ahora estoy segura: eres una de las elegidas.

V

Comencé entonces a leer el Libro de Enoch. Mientras, Anna y Alfonso preparaban algo de equipaje para ir al aeropuerto pronto por la mañana, y tomar el primer vuelo hasta París. Desde allí tomaríamos el avión que nos llevaría hasta Pekín.

Las noticias que nos llegaban a través de los informativos televisivos o de internet, comenzaban a hablar de un ataque de origen desconocido. Todo el gobierno español: ministerio del interior, de defensa, de exteriores... estaban trabajando a toda máquina con el objetivo de unificar criterios en la lucha contra aquel ataque indiscriminado a la población. En toda Europa había comenzado a ocurrir lo mismo. Las directrices preventivas del gobierno estaban enfocadas fundamentalmente a cerrar el tráfico de mercancías desde los países productores del este de Europa: China, India, Rusia, Corea, Taiwán... porque se comenzaba a relacionar las muertes con mercancías producidas en China, pero la prohibición se generalizó a todos estos países.

Las bolsas del mundo entero se habían colapsado. El mercado mundial se paró de forma inmediata y el apocalipsis de nuestra forma de vida se comenzaba propagar en forma de un temor insondable entre la población. Había miedo, terror, pavor al consumo tras décadas de consumo desenfrenado y sin control. ¿Pero quienes podían desear que esto se colapsara de esta manera? ¿No se supone que China es la primera interesada en que consumamos su elevada producción? ¿Es el comienzo del final de una época histórica? ¡Y qué tiene todo esto que ver con una “supuesta” guerra entre ángeles y demonios?

La primera postura de nuestro gobierno fue la de cerrar todos los centros comerciales, tiendas de electrodomésticos, pequeños comercios que no fueran de alimentación y productos básicos. Mucha gente se quedó sin trabajar. Los directivos de estas empresas forzaron a una reunión de urgencia con el gobierno en España, y otra en Europa.

Mientras todo esto sucedía, nosotros esperábamos a que amaneciera. Y yo leía, en aquel ordenador portátil, aquellas viejas escrituras con la esperanza (quizás vana) de entender “algo” de todo lo que me estaba ocurriendo. Ahora estaba convencida de que Alfonso y los demás “personajes” que había conocido en aquella casa de Madrid, eran —como mínimo— seres de otro mundo. Desde luego no eran humanos. Aquella terrible imagen de Alfonso desprendiendo luz propia, con una altura de más de dos metros, con alas negras saliendo de su etéreo cuerpo, con unos ojos negros sin córnea ni pupilas humanas... aquello me producía flashbacks de miedo y aversión. Y sin embargo, ahora lo volvía a mirar con su aspecto humano y no podía resistirme a la irrefrenable atracción que producía en mí. No podía hacer nada. Ángel o demonio, mi destino estaba ligado al suyo.

El Libro de Enoch narra la traición cometida por unos ángeles llamados Los Vigilantes, cuyo deber era vigilar el mundo de los hombres, para que todo funcionara correctamente. Pero unos cuantos de ellos, cuyo cabecilla tenía el nombre de Shemihaza, les dijo:

“Vayamos y escojamos mujeres de entre las hijas de los hombres y engendremos hijos”

(Gen 6:1—4)

Y como los demás no se atrevían a cometer ese gran pecado, Shemihaza les propuso hacer un gran juramento y todos lo aprobaron. Fueron más de doscientos ángeles los que cometieron este gran pecado, llevados y arrastrados por la envidia a los hombres, la codicia, la lujuria, el odio al amor incondicional y superior de Dios por los hombres... y se unieron a las mujeres. Entonces comenzaron a enseñar las malas artes a los hombres... la brujería, la magia y toda la maldad que, hasta entonces, los hombres no conocían en tal grado. Las mujeres engendraron hijos de los Vigilantes. Eran los Gigantes, que se volvieron contra los hombres y los asesinaban y los devoraban, por todo el mundo.

Estos Vigilantes enseñaron muchas cosas a los hombres, y la impiedad llenó el mundo. Los hombres aprendieron de los Demonios a trabajar el hierro, a extraer minerales preciosos de la tierra y trabajarlos, a convertirlos en joyas, a las mujeres les enseñaron a codiciar las piedras preciosas, el oro, a utilizar los adornos y maquillajes en sus cuerpos y rostros... Los hombres y mujeres llegaron a corromperse de muchas formas. La más generalizada, la codicia.

Los hombres “buenos” eran aniquilados, pero su grito subió a los cielos. Entonces Dios fue advertido por los cuatro arcángeles llamados: Miguel, Sariel, Rafael y Gabriel. Y Dios los escuchó y los envió en distintas misiones: a Sariel lo envió a advertir a Noé, y el resto no hace falta que os lo explique porque es historia conocida: el diluvio Universal.

Me sorprendí, porque no conocía todo esto, solamente conocía la historia de Noé. La historia del diluvio universal...

Cuando levanté la cabeza del ordenador, Alfonso estaba delante de mí observándome:

—Por lo visto, cada período de la historia tiene su propio Apocalipsis —me dijo—, y ahora nos toca actuar de nuevo contra los mismos de siempre, aunque hayan tomado otras formas distintas. Este mundo siempre se deja gobernar por los demonios. Los hombres sois débiles, y muchos os dejáis influir por las diversas tentaciones. Como vuestra forma de vida actual, la ganancia, reina en este mundo, el mundo de los hombres se ha reducido al valor económico. Ponme delante al hombre más vil, más corrupto, más deforme... pero el dinero lo convierte, ante los ojos de sus semejantes, en un hombre valeroso, honrado y bello. Todo lo puede el dinero. Tener las mujeres más bellas, comprar las mansiones más lujosas y los mejores amigos. Nada escapa al valor económico. La vida humana no tiene valor en sí misma. Solo se tienen hijos si hay dinero. Solo se puede amar si hay dinero. Solo se cuida de los ancianos si hay dinero... Pues bien: es justamente a través del dinero como se propaga su poder, el de Shemihaza. Sin embargo, la esperanza siempre está en nosotros, porque siempre hay hombres buenos (que se acercan a Dios) y es por ellos, por los que es digno seguir luchando.

—Sigo sin entender qué tiene que ver China en todo esto Alfonso. ¿Por qué nos atacan de esta forma? ¿Por qué asesinan a inocentes?

—Al igual que en la edad antigua se produjo el colapso de toda una civilización debido a sus propios vicios, ahora el colapso se produce de nuevo, sin embargo, el Mundo moderno, está poblado por miles de millones de personas. Millones de ellas mueren de hambre, de sed, de enfermedades terribles para las que los hombres conocéis curación, mueren por guerras cuyo origen es siempre la codicia de otros congéneres. Y esto lo habéis hecho vosotros mismos, pero no solos, ayudados por la presencia del Señor de la Oscuridad en forma de dinero, de ganancia, de poder financiero... Esta es la nueva magia, la nueva brujería... Estos son los nuevos vampiros que asolan el mundo. Vamos pues al corazón de la producción mundial, vamos a la fábrica de vuestro mundo... Vamos a meternos en el corazón del Gran Dragón. Recuerda que Smaug dormía sobre el oro y las piedras preciosas de los Enanos, y todo este tesoro era trabajo de sus propias manos, era el producto de su propio trabajo. ¿Recuerdas esta bella historia de Tolkien?

— ¡Ya lo creo! —le dije atónita, pues no me esperaba esta explicación.

— ¿Y crees que este buen hombre hablaba por hablar? ¿Que escribía cuentos de hadas?, O más bien quería hacer llegar a sus hermanos cuáles eran los verdaderos peligros a los que nos enfrentamos. Las metáforas no son invenciones de mentes calenturientas, Lorena. Hay hombres enviados con el fin de enseñar a los demás el Verdadero camino. Pero sois libres de escogerlo o de seguir la senda más fácil. Cada sociedad lleva su propia cruz.

—No sé qué decir Alfonso.

—No digas nada. Solamente acompáñame en la lucha.

—Alfonso —le contesté algo abatida—, no sé si estoy preparada para todo esto. Soy una simple periodista de provincias. Mi única ambición era, hasta ayer, dar una noticia que me hiciera mejorar mi posición laboral en el Diario de León. No me considero especial. No sé por qué estoy aquí... no creo... —y entonces puso su dedo índice sobre mis labios para que callara.

—Nadie sabe. Nadie está preparado, ni siquiera yo —me contestó, y se acercaba a mi despacio.

Él era un hombre fornido y grande, yo una mujer menuda... poquita cosa. Me rodeó con sus brazos y me abrazó. Casi me muero de placer. Aquel abrazo era como estar fundida con una fuente de calor suave, confortable. Me sentía segura en sus brazos y le amaba profundamente. Le amaba más que a nadie que hubiera conocido jamás en mi vida. De manera directa, total y absolutamente, le amaba con toda mi alma.

Anna apareció como un duendecillo, y asiendo a Alfonso del brazo, le dijo:

—Es la hora. Todo está preparado. Podéis marchar. Marcos va con vosotros.

—¿Y ese cambio de planes?

—Hazme caso. Es mejor que vaya con vosotros.

Entonces separó a Alfonso de mí y le pidió hablar con él a solas. Supuse que era sobre la misión que íbamos a llevar a cabo, pero después me enteraría de las verdaderas razones de aquella conversación, y de por qué Marcos nos acompañaría al Gran Dragón.

Y él, Marcos, se sentó a mi lado y me dijo:

—Gracias por perdonarme y por hacer que Alfonso me perdonara a su vez. Nosotros también cometemos estupideces.

—De nada, de todas formas no estabas diciendo ninguna mentira.

—No, no... No digas eso.

Y acercándose a mí, me habló al oído, con una suavidad y dulzura infinitas:

—A partir de hoy, he sido nombrado tu protector, tu Ángel de la Guarda. Vigilaré que nada, ni nadie te haga daño.

— ¡Ha, ha, ha...! —reí yo, creyendo que aquello era una tontería—. ¡Pero si eso ya lo hace Alfonso! —le dije sonriendo.

—No. Él no es tu protector. Tiene demasiado poder. Además —añadió con cara picarona—, sabemos lo que sientes por él. Pero no sabemos lo que él siente por ti. Es peligroso. Anna me ha nombrado tu protector. Y te protegeré de él, si fuera necesario.

En ese momento, Anna y Alfonso, salieron de la habitación de los ordenadores, donde habían mantenido su propia conversación. Él me miró intensamente a los ojos. Por supuesto me ruboricé como un fresón. Después le sonrió a Marcos y nos dijo:

— ¡Adelante!

Marcos condujo hasta el aeropuerto Adolfo Suárez. Previamente, Anna nos despidió con un fuerte abrazo. Me dejó algo conmocionada, pues me dirigió unas palabras enigmáticas ante las cuales no supe qué decir:

—Lorena —me dijo en un tono enérgico acompañado de una extraña expresión en su bello rostro. Parecía más compungida que confiada—. Tendrás que “ofrecer algo” en sacrificio al Absoluto, a Dios, a lo divino. Solo así podrás hacer que el Gran Dragón deje de vampirizar nuestro mundo. Todo va a depender de ti.

— ¿De mí...? —le contesté asustadísima—. Pero si yo no soy nadie... Yo solamente acompaño a...

—Acompañas a Alfonso, lo sé —me cortó—, pero debes saber que él, Marcos, y yo misma... solamente estamos aquí para ayudaros. No es nuestra guerra. Es la tuya.

— ¿Me estás diciendo que yo debo enfrentarme al mismísimo Shemihaza? —y temblé de pies a cabeza, mirando asustada a Alfonso.

Éste negó con la cabeza. Me hizo una pequeña señal con sus labios y soltó, enfadado hacia aquel ser angelical llamado Anna, lo siguiente:

—Cuando sea el momento, yo estaré contigo.

Me cogió la mano, y de manera inmediata me calmé. Sentí de nuevo ese espléndido calor recorriendo mi cuerpo. Y como si de un barbitúrico se tratara, sin quitarle ojo a Alfonso, le dije:

—Confío en ti más que en mí misma. Estoy segura de que estarás siempre a mi lado.

Marcos miró enfadado a Alfonso. No parecía que a los demás Miembros de los Nuevos Vigilantes Leales, les hiciera ninguna gracia la influencia que Alfonso ejercía sobre mí, sobre una humana. Les recordaba demasiado al influjo seductor que, en tiempos arcaicos, ejerció Satán sobre las mujeres de la Tierra. A sus mentes acudían las catastróficas consecuencias de aquel atrevimiento. Aquella intervención de los ángeles en el mundo tuvo consecuencias apocalípticas para una época entera de la historia humana. Por eso, Marcos debía protegerme. Alfonso comenzaba, quizás, a perder la perspectiva. Pero era el líder de todos ellos y le debían obediencia. Solamente Anna era capaz de ver más allá. Por otro lado, los Ángeles son seres libres. Como nosotros. Por ese mismo motivo, y aunque estaban completamente seguros de su juramento de lealtad hacia su misión en la Tierra, nunca podían prever si alguno de ellos tendría una tentación lo suficientemente poderosa como para dejarse llevar por ella. Y yo parecía ser la “tentación” de Alfonso. Por supuesto, todos sabían que yo no podría hacerle frente, yo (una simple muchacha de provincias) no tendría “voluntad” para escapar de él, si decidía cohabitar conmigo.

Anna nos despidió algo turbada con Alfonso. Pero la misión ya no dependía de ella. Debía confiar en él y en mí.

De viaje al aeropuerto, Alfonso iba sentado a mi lado. Yo le cogía la mano, me abrazaba a él. Y él se dejaba abrazar. Comencé a estar confusa, comencé a sentir que Marcos estaba de más aquí, me sobraba el mundo entero, y le dije:

—Marcos, si quieres puedes dejarnos en el aeropuerto y quedarte. No creo que haga falta que nos acompañes.

—Mira Lorena. Esto no es ningún capricho. Estoy aquí por un mandato. Y él está de acuerdo, ¿no es así? —dijo Marcos.

—Así es —contestó Alfonso muy serio.

— ¡Bien, pues no se hable más del asunto!

Les pregunté por qué no habíamos ido en vuelo directo hasta Pekín, si había vuelos directos (con escalas claro) desde Madrid. Y la respuesta me dejó un tanto perpleja:

—Debemos recoger a “alguien” en París. Falta un miembro para cumplir esta misión. Alguien que nos ayudará enormemente en China —contestó Alfonso.

—Ah... vale.

— ¿Satisfecha? —me dijo con un poco de cachondeo, como si yo fuera excesivamente desconfiada.

—Sí... bueno. No sé qué decir. No creo que puedas quejarte sobre mí, la verdad. Confío al cien por cien en esto, en ti. Pero deberías tener en cuenta que solamente por mi fe en ti esto cobra sentido porque, la verdad, si se piensa bien, si lo pienso bien, todo esto parece sacado de una película delirante. Nada tiene sentido. Si no fuera porque la gente está muriendo a millares, yo no estaría aquí. Ni siquiera estaría aquí solamente por ti Alfonso. No te confundas conmigo.

Marcos me miró orgulloso. De repente vio en mí lo que necesitaba ver en una persona que iba a enfrentarse al mismísimo Shemihaza en su propia guarida. Mi personalidad comenzaba a aflorar. Pero yo misma me sorprendí al oírme decirle esto, con toda la rotundidad de la que fui capaz, a aquel magnífico ser.

—Vamos a recoger a nuestro interlocutor, a nuestro nexo con la gran China. Y perdóname, tienes toda la razón —me dijo muy serio—, tienes todo el derecho a saber cada uno de los pasos que vayamos a dar. Lo siento Lorena.

— ¡Vaya! —le contesté emocionada— ¿Y este interlocutor es otro ángel?

—No —me dijo—, es un hombre. Un elegido. Como tú.

—Bien. Así no me sentiré sola... supongo.

Se hizo un silencio. Llegamos. Aparcamos. Y Marcos salió del coche. Alfonso se disponía a abrir la puerta para salir. Le cogí fuertemente del brazo. Me puse de rodillas en el asiento del coche y le cogí la cabeza con mis dos manos. Apreté su cara, su bellísimo rostro con unos ojos inmensos, con una nariz perfecta... y con su boca. La boca de Alfonso. Le besé. Se dejó besar. Entonces le dije:

—Sé que no debo hacer esto. Y no lo volveré a hacer. Sé que me deseas. Y no sabes lo mucho que me muero por ti. Daría todo por ti. Pero me doy cuenta de lo imposible que es esto. Me doy cuenta de la situación en la que estoy. Sé quién eres y te amo igualmente. Y si fueras hombre, te amaría del mismo modo. Quiero que sepas que no debes preocuparte. Necesitaba hacerlo para quitarme esta pesadumbre que tenía desde que te vi, desde que te olí por primera vez, desde que escuché tu voz. Ahora estoy preparada. Te amaré siempre.

Alfonso se quedó paralizado. No podía ni siquiera contestarme, en sus ojos asomaban una especie de lágrimas que no llegaron a caer. Sus ojos brillaban como diamantes. Entonces me dijo:

—Mi destino es estar solo. Siempre he estado solo. La soledad es mi pasado. Cuando todo esto termine, volveré a estar solo. Al conocerte y ver que eras la persona elegida, sentí una unión contigo como nunca la había sentido por ningún humano. Y ahora me demuestras, una vez más, que no me equivocaba.

Mientras, Marcos nos miraba nervioso afuera del coche. Incapaz de interrumpirnos, pero deseando que dejáramos ya tanta cháchara sentimentalista. Después de todo, él era un joven ángel que jamás se había sentido atraído por nadie. Era un ángel perfecto. De buen corazón, pero aséptico.

—Ya veremos —le dije—, cuando todo esto termine... Si sigo viva. Si tú sigues aquí.

—No. Ni siquiera te lo plantees. No puede ser. Pecado Mortal. Ni lo pienses. ¡Vamos!

Y me dejó en el coche sola. Salió y ayudó a Marcos con la pequeña maleta. Salí del coche llorando, pero convencida de lo que iba a hacer con mi vida. Sin embargo, no sabía nada. En aquel momento no sabía nada.

Cogimos el avión a París. Marcos se sentó a mi lado. Me hablaba dicharachosamente de muchas cosas. Alfonso iba callado. Pude entender lo que pensaba, su cara me lo decía todo. Rememoraba el beso. En su mente ese beso comenzaba a pesar. El beso prohibido del amor. El beso que él me hubiera dado de buena gana, pero que era un pecado mortal. Sin embargo, las comisuras de sus labios habían cambiado. Una leve sonrisa de satisfacción y placer asomaba en su rostro y eso le hacía, si cabe, más hermoso de lo que era ya de por sí.

La gente en el avión hablaba de la catástrofe que se estaba produciendo en el mundo. Había miedo y pronto se cancelarían todos los vuelos hacia el este. En poco tiempo, me daría cuenta de que el viaje era sin retorno.

En el Aeropuerto de París tuvimos que esperar a que llegara nuestro contacto, el Interlocutor, la persona que nos adentraría en los oscuros entresijos de la hermética sociedad China. Yo no estaba segura de que ese hombre supiera todo lo que yo sabía. Esperaba que, al menos, supiera a lo que nos enfrentábamos. Y esperaba hablar con una persona de carne y hueso, como yo. Quizás de esta forma podía alejar, al menos un poco, mi pensamiento de aquel ángel llamado Alfonso.

Me acordé entonces de Jorge. Mi amigo, olvidado siempre por mí. El hombre que hubiera hecho cualquier cosa por mí. Al que había dejado tirado en León. Miré mi móvil. Tenía más de 50 WhatsApp sin leer desde la noche anterior. Jorge quería saber dónde estaba, con quién estaba y cómo era posible que no fuera a estar en el entierro de sus padres. El entierro había sido esta misma mañana.

Me sentí como un perro abandonado. Yo era quién había abandonado mi propia vida, sin embargo, mis sentimientos eran de haber sido objeto de algún ultraje por parte de todos mis seres queridos, incluidos Jorge y sus padres. Me di cuenta de que les tenía afecto, cariño... A todos ellos, y que no estaba allí para demostrarlo. ¿Cómo me presentaría en el futuro ante Jorge? En esos instantes no era consciente de que quizás no podría volver jamás a mi vida, no con mi gente.

Mientras leía, uno tras otro, los mensajes del móvil, llegó nuestro contacto de París. Un chino.

Un chino, chino, chino. Es decir, un hombre delgado, menudo, con ojos extremadamente cerrados cuando los tenía abiertos y, definitivamente, sin ojos cuando los cerraba. Pelo negro y tieso. Este pelo que llevaba Epi, el de barrio Sésamo. Un hombre a primera vista corriente, como miles de hombres. Vestía vaqueros azul oscuro, camisa blanca y suéter gris. Mochila marrón, chaqueta negra de polipiel. Llevaba un móvil grande, de esos que parecen una Tablet.

Alfonso le llamó en su propio idioma, es decir, en chino:

—賢! (¡Xián!)

Y Xián levantó la cabeza de su móvil, sonrió abiertamente y al hacerlo cerró, aún más si cabe, sus ya de por sí lineales y cerrados ojos. Saludó desde lo lejos levantando la mano derecha. Nos acercamos a él, mientras venía hacia donde estábamos. Todavía nos daba tiempo a comer. El avión salía a las seis de la tarde. Eran las doce y media.

Xián me saludó con un apretón de manos e inclinando levemente su cuerpo hacia adelante. Sonreía a la par que me decía:

— ¡Señorita Lorena! ¡Mucho gusto! Yo soy Xián.

—Hola Xián —le contesté, y le di dos besos. Cosa que le sorprendió.

Alfonso y Marcos le abrazaron. Y Xián se dejó abrazar. Aunque se le veía incómodo ante tanta efusividad.

Xián nos dijo a los tres:

—Ha llegado la hora. Sheremetyevo, Moscú, a las doce y media de la noche. Pasaremos allí la noche. A las once y media de mañana salimos para Pekín. Llegaremos a las doce de la noche ¡El camino es largo amigos!

Hablaba un perfecto español y, por lo que pude comprobar, un perfecto francés. Y sonreía continuamente. Fuimos a comer unos sándwiches a un restaurante de comida rápida del aeropuerto. Xián se sentó en frente mía y me pidió que le hablara de mí. Yo le conté un poco de mi vida. Su cara era muy expresiva, se notaba que estaba esperando a que le explicara alguna “cosa” extraordinaria, algo que me hiciera digna de estar en esta increíble misión.

—Yo soy físico, señorita —me decía orgulloso—, yo he trabajado en Estados Unidos. Durante cinco años. Colaboración del gobierno Chino. Soy físico cuántico. Ha, ha, ha... —reía el chico como si eso fuera lo máximo, y continuó—. Ahora, en Francia, sigo con mis investigaciones. Estudié la materia negra, la energía oscura del universo. Y descubrí que estos seres están entre nosotros, señorita. Hi, hi hi... —reía de nuevo.

— ¿Quieres decir que te diste cuenta de que los ángeles existen de verdad?

—Sí, sí, sí, claro —me dijo poniéndose serio—, pero mejor no hablar esto aquí. Cuando llegemos a China le explicaré todo. Parece que usted es muy importante en todo este asunto, señorita.

— ¿Por...? —le contesté sorprendida.

—Hemos estado esperando unos cuantos años para saber quién sería la persona con la que Dios pondría en contacto a Sariel —y señalaba a Alfonso mientras me guiñaba un ojo—. Y es usted, señorita.

—Por favor, llámame Lorena.

—Sí, Señorita Lorena. Nuestros mundos interaccionan con muchos mundos paralelos. Pero no se pueden ver a simple vista. Solo a veces ocurre este contacto. La última vez, se produjo antes del diluvio universal. Y ahora está ocurriendo otra vez. Su mundo —y señalaba a Alfonso y Marcos— es un mundo completo, aunque muuuy distinto al nuestro. ¿Verdad, Sariel?

Y Alfonso sonriéndole le decía:

—Así es, Xián. Así es —y me miraba sonriente.

— ¿Entonces tú eres Sariel? —le pregunté a Alfonso directamente sin prestar ninguna atención a Xián, ni a Marcos— ¿Tú eres quién avisó a Noé? ¿Eres un ser que puede tener más de cinco mil, diez mil, un millón de años? ¿O quizás eres un ser con la misma edad que la Tierra, o...?

—Cálmate —me dijo suavemente Alfonso tocando mi muslo derecho, pues estaba sentado a mi lado, y enfrente de la mesa del restaurante estaban Marcos y Xián—. Respira hondo, Lorena. Cálmate —me repitió, al ver que me estaba entrando un estado de shock nervioso.

Xián y Marcos intervinieron porque yo no podía calmarme. Xián se disculpaba por haber hablado más de la cuenta y Marcos me cogía de la mano, mientras yo me revolví y salía corriendo. Necesitaba pensar todo aquello detenidamente. Me sobrepasaba. Me había enamorado de un Arcángel, de Sariel. (Nada más y nada menos) Yo era la persona que tenía que enfrentarse al mismísimo Señor del Mal, tenía que alejarme de mi vida, de la gente a la que quería... Y además en el Mundo estaban muriendo personas por miles. No era algo como para tomárselo a broma. Salí corriendo. Me fui de su lado. Me metí en unos aseos del aeropuerto. Los tres hombres me esperaban fuera, con paciencia. El vuelo estaba a punto de salir. No podíamos perderlo.

Yo, dentro del baño, lloraba y releía los mensajes de Jorge. Me ahogaba el llanto. Pero mi destino estaba decidido. Era inexorable. Era inevitable. No había marcha atrás.

Aun así, le envié un mensaje a mi querido amigo de León. Necesitaba contacto con alguien conocido.

Este fue mi mensaje:

Jorge, viajo a China con el Inspector Sánchez Quijada. Te quiero. Siento no haber podido estar contigo en estos momentos tan difíciles para ti, espero poder explicártelo algún día.

Salí del baño, algo más calmada. Mandar ese mensaje me mantenía asida a la realidad, porque estos tres hombres que me estaban esperando allí, en el aeropuerto Charles de Gaulle de París, fueran lo que fueran cada uno de ellos, habían aparecido en mi vida 48 horas antes. Dos ángeles y un físico chino.

Subimos al avión sin hablar del tema. Los cuatro sentados en la misma fila del avión. Marcos, yo, Alfonso y Xián. Al observar el móvil del físico pude ver que estaba codificado en el mismo tipo de signos cifrados que los ordenadores de la casa de Madrid y el portátil de Alfonso.

Alfonso, al cual Xián llamaba Sariel directamente, me explicó que él, o

sea Xián, era el creador de ese lenguaje cifrado. Era él, el que les pasaba información relevante, y era él, Xián, el que había alertado de los nuevos planes de Shemihaza en el mundo. Así es que Xián no era un “cualquiera”. Era un hombre capaz de conocer cosas que ni siquiera muchos gobiernos sabían sobre el destino del mundo. Ese era Xián.

VI

Sheremetyevo, Moscú.

Eran seis horas de viaje hasta el aeropuerto de Sheremetyevo, en Moscú. Yo me dediqué un largo rato a mirar mi móvil. Esperaba una respuesta a mi mensaje de disculpas que le había enviado en el aseo, envuelta en un ataque de ansiedad, a mi querido Jorge. La respuesta no llegaba. Si no me contestaba pronto, le llamaría. No podía dejar así las cosas.

Pobre Jorge. Debía estar pasándolo realmente mal. Los sentimientos de culpa retorcían mis pensamientos. No me sentía mal por haberle dejado. Pero era una necesidad, debía ir detrás de la noticia, debía saber qué ocurría y debía estar con Sarel, y sin embargo, un pensamiento insidioso y dañino comenzaba a espolear mi corazón. Algo iba mal con Jorge.

Comenzaron a invadir mi imaginación imágenes en las que veía a Jorge quemado y asfixiado, en la casa de sus padres. El humo, que llenaba todas y cada una de las grandes habitaciones y salones de la casa de campo donde veraneaban, era espeso, negro y pesado. De repente me vi envuelta por esa densa niebla negra. Yo quería respirar con fuerza, haciendo que aquellas pesadas partículas se introdujeran por mi nariz, por mi boca, y me irritaban los ojos. El sabor era herrumbroso, pastoso, sabor a madera y plástico quemado. Ya no podía ver. Me ahogaba... me ahogaba y perdía el sentido. Cerré los ojos y me dispuse a morir. Estaba perdiendo la consciencia...

Entonces comencé a escuchar una voz de ultratumba. Detrás de mi cabeza, parecía provenir de las profundidades del humo negro que rodeaba y envolvía ya todo mi cuerpo. Entreabrí los ojos, tumbada, caída y dejándome morir, asfixiada en el suelo. El horror se apoderó de mí en tal grado, ante aquella descomunal imagen, que llegó a espabilarme un poco de mi estado de seminconsciencia. Un enorme ser, de fieros ojos rojos, parecido a un gran cocodrilo gigantesco se estaba dirigiendo hacia mí. De la boca salía espuma y saliva, de su nariz se desprendía el humo que envolvía la casa entera. Humo negro de muerte. Ante mí, se irguió aquella mastodóntica mole tomando reposo en sus patas traseras, gruesas y escamosas. Su cuerpo, a pesar de que tenía forma de reptil, era baboso y supuraba alguna suerte de líquido pegamentoso que aportaba un brillo opaco al cuerpo del espécimen maligno. Alzó de nuevo su voz, en una lengua antigua, pero que milagrosamente podía entender:

DRAGÓN: **מה אתה בא להטריד אותי באישה שלי** — ¿A qué vienes a molestarme en mi propia guarida MUJER?

Lo de Mujer, era una especie de insulto que dirigió hacia mí. Como si despreciara el hecho de que siendo una mujer hubiera cometido el atrevimiento de presentarme ante él.

LORENA: **מה אם אתה לא יודע והגעת** Semyaza **כובע** — ¿Acaso no sabes ya a qué he venido, Shemihaza?

Le contesté en su propia lengua mientras me ahogaba por el humo tóxico.

Entonces, el monstruoso dragón, sonrió con risa fría y maligna, pasando su lengua de serpiente por sus abultados labios carnosos y acercando su boca de pútrido aliento me dijo:

DRAGÓN: האם זה כל מה שאתה הכין הפעם? זזונת שריאל. חה, חה, חה חה חה — ¿Esto es todo lo que tiene esta vez? Una PUTA de Sariel. Ha, ha, ha, ha.

Y reía con desprecio, con burla, ultrajándome, mientras pasaba su asquerosa lengua por mi cara y mi cuerpo inerte.

— ¡Lorena, despierta, estás agitada! —me decía Marcos, su voz era suave y se acompañaba de un leve movimiento de mi cuerpo, para despertarme.

Me había quedado dormida. Soñé con una horrible pesadilla. Jorge se asfixiaba en casa de sus padres. Yo entraba en el caserón de campo en llamas para intentar sacarle. No podía. Aparecía un Dragón y se enfrentaba a mí, burlándose e insultándome. Yo moría antes de llegar siquiera al salón principal.

Marcos consiguió despertarme. Estaba tan agotada, que no me había dado siquiera cuenta de que me había quedado roque.

La afable y angelical cara de Marcos mostraba signos de preocupación.

—Creo que tienes fiebre —me dijo—. Voy a pedir una taza de café y te tomas un paracetamol, ¿ok?

— Sí. Gracias Marcos. Me duele muchísimo la cabeza. ¿Cuánto falta para llegar?

—Un par de horas. Has dormido tres horas seguidas. Estabas soñando. Tienes sudor frío en todo tu cuerpo —me dijo Marcos limpiándomelo de la frente con un pañuelo blanco.

Miré hacia el otro lado. Sariel (Alfonso) y Xián, seguían adorando aquella pantalla de ordenador de signos incomprensibles para mí. Ambos me miraron desconcertados. Xián me soltó:

— ¡Se te ha presentado antes de llegar!

— ¿Pero cómo sabes...? —le quise preguntar, pero Xián me señalaba al ordenador.

— Aquí sale todo lo que piensas, experimentas y sientes. Está programado con tu propia conciencia. Sabremos lo que te pasa en todo momento, lo que no sabemos es si son sueños o realidad.

— ¿Pero cómo es posible? ¿Cómo puedes programar un ordenador con la conciencia de una persona...?

—Xián es un genio —me dijo Sariel—, por eso es de gran ayuda. En esta época de la historia será más difícil vencer a Shemihaza. Antes todo era más sencillo. Ahora él utiliza las mercancías, sobre todo la tecnología más avanzada, para introducirse en la vida y el mundo de los hombres. Nosotros no podemos entrar en vuestro mundo y simplemente deciros “luchad contra Satán” y no proporcionaros las “armas necesarias para lograrlo”. No solo utilizamos estas inteligencias de anfibología, sino muchas otras formas de conocer lo que, hasta ahora, no había podido ser detectado por el hombre. La cuestión es que Shemihaza se te ha presentado y te ha visto. Ahora sabe quién eres. Tenemos por tanto poco tiempo para desarmarle.

—Es un monstruo terrible. ¿Cómo podría yo luchar contra él? ¿Quién soy yo en realidad Alfonso? —le pregunté casi llorando.

—Eres descendiente de Enoch. Él escribió, por mandato divino, a través de visiones y ensoñaciones, lo que les habría de acontecer a los Vigilantes soberbios que quisieron ser dioses para los hombres. Y pecaron contra sí mismos. Los Vigilantes se asustaron al ver que, por sus pecados, iban a ser castigados, y le pidieron a tu antepasado que le rogara a Dios por ellos, por su salvación. Enoch lo intentó, pero se le reveló que no había perdón. Enoch les advirtió:

ENOCH: Vigilantes: yo escribí vuestra petición y en una visión se me reveló que no será concedida nunca y que habrá juicio por decisión y decreto contra vosotros, que a partir de ahora no volveréis al cielo y por todas las épocas no subiréis, porque ha sido decretada la sentencia para encadenaros en las prisiones de la tierra por toda la eternidad.

—Y he aquí que los Vigilantes han logrado desencadenarse, y maldecir a los hombres de nuevo, ya que su envidia hacia vosotros es infinita y les hace odiaros. Quieren destruirlos, aniquilarlos y para ello utilizan vuestras propias debilidades. Disfrutaban cuando naciones enteras aniquilan a otras más débiles. Así ha sido y será, siglo tras siglo, hasta el Juicio Final.

—Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Cómo puedo parar esta masacre de inocentes?

—Otra época ha de venir. Otro mundo debe lograrse. Deberás utilizar su propio impulso destructor y volverlo contra él mismo. Sin embargo, ni siquiera yo sé cómo. Xián está investigando la nueva forma que tiene el Gran Dragón de aniquilar a los hombres. A través de este sistema de producción de mercancías asesinas que ha impuesto en el mundo.

En ese momento la azafata me trajo un café y me tomé un paracetamol. El calor de aquella bebida calentita me reconfortó.

—Me ha dicho que soy tu puta, Alfonso —y mi semblante se ensombreció.

Los tres hombres se quedaron atónitos. Proseguí:

— ¡En cierto modo, le he creído! —y abrazándole añadí— Dios mío, ¿qué es lo que he hecho? ¡Me sentí avergonzada ante él! Me miró con lujuria: como si por amarte a ti, Sariel, fuera yo capaz de amarle a él también.

—No te atormentes Lorena. Esta es su forma de hacerte daño. Hará que dudes de ti misma, hará que dudes de mí, de tus mejores amigos, de tu fe. Así es él. Sin embargo, tu amor debe superar esos miedos. Está de más que yo te diga que no me amas de manera lujuriosa. Y aunque eres humana, tus deseos no están por encima del BIEN. Porque eres una elegida, provienes de una saga de hombres y mujeres santos... Pero hasta Jesucristo tuvo tentaciones. No son las tentaciones el problema, sino sucumbir a ellas.

—Pero yo... no soy santa ni nada parecido —y le miré con amor—, no puedo decir nada más.

Xián intervino:

—Señorita Lorena, pronto llegaremos al aeropuerto. Vamos a un hotel hasta mañana a las once de la mañana. Llegaremos a Pekín sobre las doce y media de la noche. Si se duerme otra vez, puedo saber dónde se encuentra el dragón. Usted puede conectar con él en sus sueños. Pero debe ser en un lugar tranquilo. No podemos armar escándalos. Usted puede ir enfermando en cada contacto con la energía negra de Satán. Eso mata, señorita. Su fuerza vital ha descendido mucho en este primer enfrentamiento. Mejor descansar en un hotel.

—De acuerdo Xián. De acuerdo —le repetí sonriente.

—No se asuste —me dijo Xián—, él no puede vencer. Nunca lo hace Señorita. Nunca lo hace. Gana pequeñas batallas, pero No la guerra. Hay que ser firmes. Tener mucha Fe. Eso le debilita.

Y todos nos callamos al instante. ¿Qué significaba aquel silencio repentino? Las caras de preocupación de mis compañeros eran un verdadero poema. Menos la eternamente sonriente cara de Xián, los demás parecíamos desanimados. Aterrizamos.

Fuimos a un hotel de las cercanías del aeropuerto Sheremetyevo. Me dieron una habitación para mi sola. Marcos y Xián se acomodaron en una doble, y Sariel pidió una habitación algo alejada de las nuestras. La noche moscovita estaba a punto de empezar.

No recordaba lo que, el siempre alegre Xián, me había dicho en el avión. Aquello de que cuando llegáramos al hotel, en Moscú, íbamos a probar su tecnología anfibiológica para detectar dónde se encontraba Shemihaza (el Dragón, Satán...) a través de mis sueños. Y al llegar a mi habitación, sola y sin apenas equipaje, me decidí a ducharme. Pensé en meterme a la cama para estar despejada a la mañana siguiente. Solamente eran unas horas de descanso, pero necesitaba una cama. Hasta ahora solo había dormido unas cuantas horas en el hombro de Alfonso, en el avión. El resto habían sido pesadillas nada reparadoras. Además, tenía que llamar a Jorge. Ahora sí, no podía escapar a mi obligación, aunque sabía que, en realidad, podía olvidarme de Jorge pues mi vida había dado un giro de 180 grados y seguramente ya, jamás volvería a ser la misma.

También comencé a preguntarme (mientras tomaba una ducha caliente, y que tampoco nadie había podido explicarme aún) qué era todo aquello de husmear en mi mente: ¿quiénes habían proporcionado los materiales para que aquel físico iluminado, Xíán, hubiera sido capaz de crear una tecnología de ese nivel? ¿De qué modo actuaba aquella energía oscura u oculta en mi cerebro? ¿Desde cuándo estaban interviniendo en mi cerebro para que asumiera que esta “misión”, era realmente una obligación ética y moral para mí? Estaba claro que “Los Vigilantes” podían saber TODO de mí. Podían conocer quiénes eran mis antepasados. Desde luego yo no tenía esa información. Nadie sabe quiénes fueron sus antepasados remotos, más allá de una cuantas generaciones, en el árbol genealógico de las propias familias. Pero Xíán era humano, era un ciudadano Chino, su nación estaba realizando un ataque genocida contra el mundo y él... ¿Estaba con nosotros? ¿Por qué?

Saliendo de la ducha seguía pensando todas estas cosas, miré el móvil y sin haberme siquiera puesto una toalla, salí hacia la habitación llamando a Jorge. Se escuchaba el tono de llamada. Pero el móvil se me cayó de las manos. Escuché la voz de mi estimadísimo Jorge desde el teléfono, en el suelo... Porque mi deseado Sariel estaba sentado en mi cama.

Su mirada era tan potente y tan dura, que me asusté. Aquellos ojos me hicieron temblar. Yo estaba desnuda, y él repasaba mi cuerpo mostrando en su gesto un placer mucho tiempo reprimido. Me sentí algo avergonzada en un principio, sin embargo, era lo que deseaba. Mis deseos más ocultos estaban realizándose. Alfonso tenía que amarme. En realidad, quizás, era lo único o lo más importante, lo que verdaderamente deseaba, lo que se había convertido en una verdadera obsesión. Comenzó a sonreír, me hacía un gesto con las manos para que me acercara a él.

—Ven Lorena. Acércate a mí. Ven, siéntate sobre mí. Solamente quiero acariciarte, eso no es pecado.

— Alfonso —le dije yendo hacia él sin ninguna inhibición, con el corazón saliéndome por la boca — ¡Alfonso! —Yo no era capaz de decir nada más que su nombre.

Me senté sobre sus rodillas. Estaba aún mojada. En el suelo se escuchaba la voz de Jorge diciendo mi nombre:

— ¡Lorena, Lorena....! ¿Dónde estás, Lorena?

Pero ninguno de los dos hacíamos caso a aquellas llamadas. Alfonso comenzó a acariciar mi cuerpo. Me miraba con un deseo animal. Su corpulencia podría intimidar a cualquiera, pero a mí me producía una sensación de seguridad infinita. Me magreó completamente. Y yo estaba tan entregada que creí morirme de placer. Me levantó a peso, me tumbó en la cama y le ayudé a quitarse la ropa. Su cuerpo estaba completamente tatuado pero con la mortecina luz de la lamparilla de mesa, no podía distinguir qué dibujos exhibía. Musculoso, fuerte y poderoso se puso encima de mí, lamió todo mi cuerpo de arriba abajo. Creí que aquello era algo de otro mundo.

Yo había estado con muchos novietes fogosos. Claro que era una mujer activa sexualmente, aunque no en el último año. Pero lo de Alfonso era brutal, me manejaba como si fuera un juguete en sus manos y fui cayendo en una situación de sometimiento tal, que perdí la noción de dónde me encontraba. Iba a comenzar la orgía tan deseada por mí. Aquel musculoso hombre, aquel ser de otro mundo, me haría suya para siempre, y las consecuencias de aquello no me importaban en absoluto. Mientras me penetraba con su gran miembro viril comencé a escuchar a lo lejos mi nombre:

— ¡Lorena! ¡Lorenaaaaaa! ¡Lorena, por Diooos!

¡Era la voz de Alfonso! ¿Cómo podía ser?

Entonces miré a mi amante. ¿Pero qué era aquello? El horror más infinito que he podido sentir en mi vida, la muerte en vida, el abandono de toda razón, la desesperación y a su vez el comprender que había sido, de nuevo, el objeto de un engaño macabro.

Aquella bestia que tenía echada encima mía era un ser repulsivo, horrible, terriblemente deforme. Su cuerpo entre reptil y gran cerdo, se relamía de placer en el coito conmigo. Pasé del placer al dolor en un instante. Su olor nauseabundo a pocilga me revolvió el estómago. No podía zafarme de él. Era poderoso y estaba en plena faena amoratoria. Emitía un sonido gutural entre el del cerdo y el gruñir de un lobo hambriento. Le caía baba espesa de la boca maloliente y sucia, llena de dientes deformes, sobre mi pequeño cuerpo, que aguantaba las embestidas de toro como podía. Y lloré. Grité y luché.

— ¡Lorenaaaa! ¡Despierta, despierta! —Oía a lo lejos.

Mientras, seguía en mi lucha contra aquella ultrajante violación. La Bestia me miró a los ojos, babeando y terriblemente excitado. Con su negra lengua afuera me dijo, riéndose de mí:

— Esto es lo que tú y todas queréis. Y esto es lo que yo te doy. Buen sexo. Sexo de verdad. Conmigo tendrás lo que quieres, zorra. No me ha hecho falta nada más que insinuarme un poquito y te has lanzado como la perra que eres. ¿Ya tienes lo que tanto has deseado? ¿A esto vienes? Pues disfrútalo. Yo puedo estar horas y horas... dándotelo —su voz era como un gruñido. Le salía de la garganta. Mientras, seguía dañando mis entrañas.

Reía mientras seguía, sin dejar que yo pudiera moverme y liberarme de él. Me cogía los brazos y volvía a abrir mis piernas. Miré sus antebrazos. Los tatuajes eran de grandes dragones, demonios fornicando con mujeres llenaban toda la piel de aquel aberrante monstruo. El fuego comenzaba a llenar la habitación, el calor me oprimía. Comenzaba a asfixiarme del peso de aquel mastodonte. Me dolía su penetración, como si en lugar de un miembro viril se tratara de una perforadora con la que estuvieran barrenando la tierra.

La voz de Alfonso se hacía más y más potente en mis oídos. Y entonces fui yo la que le llamé:

— ¡Sariel! —grité a todo pulmón— ¡Ayúdame, por el amor de Dios! ¡Sariel!

Sentí cómo alguien me zarandeaba potentemente. Desperté en la cama. Desnuda. Aquella cama estaba llena de sangre. ¡Mi sangre! Alfonso me cubría con las sábanas llenas de una especie de líquido pastoso. Xián estaba enfrente con su ordenador, sentado en una silla: su cara era de terror. Estaba verdaderamente asustado. Marcos cogía mi cabeza, porque yo no podía ni siquiera moverme. No podía levantarme, incorporarme, todavía la debilidad de la lucha me impedía moverme.

— Lorena —me decía Marcos—, le has dejado entrar. ¡Le has dejado entrar! Fue un error dejarte sola. Tienes mucho que aprender. Debemos llevarte a un médico.

— ¡No, no! —le dije—. Si me lleváis a un médico abrirán una investigación por violación.

Alfonso, sentado al borde de la cama, estaba cabizbajo. No hablaba. Miraba el suelo, su mirada perdida se encontró con el móvil tirado en la moqueta.

—Esto es responsabilidad mía —dijo furioso, sus ojos rezumaban odio y violencia. Sus fuertes manos estaban apretadas.

—No, Alfonso. No es así. Yo le dejé actuar —le dije para consolarle—. Yo te deseaba tanto que me dejé llevar. Había prometido que no lo haría. Y no he podido cumplirlo. Debo volver a casa.

Pero Xián, que nos observaba a todos con asombro dijo:

— ¡No, no y mil veces no!

— ¿Qué? —le dije incorporándome y acercándome a Alfonso, le di un abrazo así, desnuda como estaba. Le volví el bello rostro y le dije mirando sus ojos— ¡No entiendo cómo no me di cuenta!

— ¡Que sé dónde está! —dijo Xián—. Sé el lugar concreto. Ha, ha, ha, ha... ¡Bien hecho Lorena. ¡Le tengo, le tengoooooo! —gritaba emocionado levantando ese extraño objeto que se parecía a un ordenador.

Alfonso y Marcos se miraron. La escena era tremenda.

Yo en pelotas. Abrazada a aquel ángel. El otro tapándome con las sábanas destrozadas por Shemihaza. Enfrente, Xián riendo entusiasmado y gritando “¡lo tengo!”. Más surrealismo no cabía en la escena.

— ¿Quieres decir que sabes dónde se encuentra el Dragón? —dijo Sariel completamente atónito.

— ¡Sí, sí, sí...! Ha, ha, hi, hi —seguía diciendo—, además señorita Lorena, no ha perdido nada de energía vital. Sin embargo, él ha tenido que hacer un esfuerzo muy grande para trasladarse hasta aquí y volver a su guarida. Ha perdido fuerza, como si dijéramos.

— ¿Entonces no ha sido un error? —dije.

— Bueno, no para el Plan contra Satán, Lorena —dijo Xián mirando a Alfonso—. No sé si para sus planes personales, claro —y el tontorrón se reía un poco de nosotros—, pero no para el Plan...

Alfonso se levantó y sin mirarme, se acercó a la puerta. Desde allí dijo, volviendo su rostro hacia Xián:

—Bien... Eso es, en realidad, lo único que importa. Vístete Lorena. Vayamos todos a mi habitación. No podemos separarnos, podrían intentar asesinarlos. Estamos cerca, y por tanto puede haber secuaces que intenten deshacerse de nosotros. Esto ha sido un intento de asustarte. No deberías dejarlo Lorena. Ahora vístete y hablemos de cómo llegar hasta él.

— Pero, ¿cómo podría alguien asesinarlos? ¿No sois ángeles? —le dije preocupada de repente.

—Pero nuestros cuerpos humanos son reales —dijo Marcos—. La única diferencia es que somos inmortales. Cuando terminamos las Misiones, abandonamos los cuerpos, para volver a nuestro mundo, un mundo entre la Tierra y el Cielo.

Aquello me dejó muerta. Me quedé mirando a Alfonso, él rehuía mi mirada desde la puerta. Entonces cogí fuerzas de no sé dónde. Mis músculos temblaban. Pero me levanté. Me envolví en las sábanas. Cogí el teléfono del suelo, entré al baño. Me duché, ahora de verdad. Me vestí. Salí del baño.

Allí estaban mis tres ángeles para cuidar de mí.

Algo había cambiado definitivamente en mi interior. Ahora conocía la maldad muy de cerca. Ahora sabía lo que era el odio en mis propias carnes. Porque no solo odia a los hombres, el Dragón odia también todo lo que para los hombres es sagrado. Lo animaliza, lo bestializa. Y de esta manera, el amor más puro pasa a ser una mera satisfacción egoísta. Yo seguía amando a Alfonso, eso no iba a cambiar... Sin embargo ahora, ese Demonio que me había mancillado, había conseguido que no solo le amara a él, sino que amara el amor que los hombres son capaces de dar al mundo. Esto debía acabar. Y estaba dispuesta, ahora sí, a dar mi vida por ello.

Como si nada me hubiera pasado les acompañé a la otra habitación. Alfonso me miró mientras íbamos por el pasillo, tiernamente se acercó y me dijo, con lágrimas en aquellos ojos inmensos:

— ¿Cómo estás? ¿Te duele?

—Estoy feliz —le dije alegre—, estoy feliz por haberte conocido. Estoy feliz por haberos conocido a los tres. Estoy feliz, porque ese monstruo del mundo está acabado. Estoy feliz porque solo puede hacerme daño en sueños. En verdad, no podrá tocarme ni un pelo cuando me lo encuentre cara a cara. Y entonces, Alfonso, entonces seré yo la que ría. He tocado el infierno, y mucha gente está muriendo por culpa del mal que nos asola. Si he sido designada por Dios... ¿¡Quién soy yo para negarme a cumplir con mi obligación!?

— Así es —sonreía mi amado Alfonso—. Sabemos dónde está. Debemos organizar su aniquilamiento. Para ello te necesitamos a ti. Por ese motivo me amas.

—Ahora lo sé. Soy un cebo. Sé que no puede soportarlo. Te odia a muerte. Como odia a Dios y como odia a los hombres.

Entramos en la arreglada habitación de Alfonso. Por lo visto no le había dado tiempo ni a entrar en ella. Xián se sentó alrededor de la mesa. Abrió el artefacto y mostrando una especie de mapa-radar, en el que aparecía un punto caliente en una remota zona de la China, dijo:

—Aquí está, amigos.

Todos nos quedamos mudos mirando la pantalla azul del ordenador.

VII

“Y los espíritus de los gigantes, de los Nefilim, que afligen, oprimen, invaden, combaten y destruyen sobre la Tierra y causan penalidades, ellos, aunque no comen, tienen hambre y sed y causan daños. Estos espíritus se levantarán contra los hijos de los hombres y contra las mujeres, porque de ellos proceden”

El Libro de Enoch. Cap. 15. 11—12

Alrededor de la mesa de la habitación de Alfonso nos disponíamos a localizar el área donde Shemihaza tenía su guarida, en la gran China. Apareció una mancha en el mapa del territorio, y creía Xián que allí estaba localizado el Dragón pero, ante nuestro asombro y sorpresa, progresivamente comenzaron a mancharse de color rojo, más o menos intenso, cincuenta y tres áreas distintas simultáneamente. Por supuesto aparecía Pekín, pero además, Shanghai, Wuxi, Nanjing, Shenzheng, Suzhou, Xi an, Changchun, Tianjin, Guangzhou, Qingdao, Shenyang, Wuhan, Hangzhou Chengdu, Jilin, y Changsha... y así hasta más de cincuenta lugares distintos.

Mi pobre Xián estaba desconcertado, sin embargo, ni Alfonso ni Marcos se extrañaron en absoluto. Para ellos las cifras se quedaban cortas.

—Lo normal es que fueran, como mínimo, doscientas áreas distintas. Podrían ser miles, pues los hijos de los Vigilantes, Los Nefilim, han renacido para destruir a los hombres —comentó Marcos—. Tras más de diez mil años de condena, han roto sus antiguas cadenas. Sus cuerpos y sus espíritus caminan al unísono por el mundo.

—Desde luego, Shemihaza es el Jefe de todos ellos, sin embargo, fueron más de doscientos demonios, los que quedaron encadenados bajo la Tierra. Más los hijos de ellos y de las mujeres. Si no están todos en China, es que debemos buscar en más lugares por el mundo. Avisaré a Rafael y a Ada. Debemos realizar la búsqueda de los demás. De nada serviría acabar con estos pocos, si el resto de ellos no corre la misma suerte.

— ¿Y qué es exactamente lo que vamos a hacer? —les pregunté desconcertada, pues nadie me había explicado cuál era el Plan—. Al menos a Enoch y a Noé les dijiste lo que tenían que hacer, de modo que —le dije en un tono algo imperioso—. Se me ha dicho que tendré que hacer un sacrificio. Y eso me aterra.

—No hay nada que te pueda decir. Tendrás que verlo por ti misma. Tus sueños te guiarán. No tengas miedo, estaremos aquí contigo hasta que el fin de estos días nos obligue a volver a nuestro mundo. Los Nefilim han tomado la Tierra de nuevo. Su poder va en aumento y todavía no puedo conocer qué maleficios han extendido, y de qué manera están influyendo sobre los hombres. Cómo han realizado su magia negra y con qué energías han impregnado las mercancías que os están aniquilando.

—¿Cómo? —dije completamente trastornada— Pero... yo creía que...

—Esta vez va en serio —dijo— no se trata de un castigo divino. Han pasado ya los diez mil años como te ha dicho Marcos, y los hijos de Shemihaza dominan de nuevo en la Tierra. Porque hasta el día del Juicio Final, no hay condena eterna. Ahora tenéis que ser los hombres los que os deshagáis de ellos, voluntariamente, sin desear revancha y sin odio. Solo así habréis tomado una “Libre Decisión” y por tanto, nada de todo esto se repetirá para las generaciones futuras. Así como el pecado original de Adán y Eva supuso la condenación de toda la humanidad, así mismo ahora hay una nueva oportunidad. El eterno retorno del pecado original puede ser eliminado del mundo.

— ¡Dios! ¡No tengo idea de cómo puedo luchar contra todo esto! —y mientras decía esto, miraba asustada la pantalla del ordenador. Aquel mapa de China estaba lleno de circulitos rojos—. ¿Por qué están los círculos donde están y no en otros lugares? —les pregunté.

—No lo sé —dijo Xíán, quedándose pensativo—, pero estoy seguro de que hay una explicación. Debemos hacernos las preguntas adecuadas: dónde están y por qué han elegido estas zonas y no otras. Cómo han conseguido instalarse en ellas y desde cuándo, qué personas están a su servicio, qué personas no...

—Sabemos, quienes no —dijo Alfonso.

—¿Sí? —Contesté extrañada— ¡Uff, menos mall, algo es algo.

—Si os fijáis —dijo Alfonso señalando con su dedo índice los círculos del mapa de China—, todas las zonas marcadas son zonas de crecimiento e implantación industrial. Allí la gente estará trabajando para ellos. Sometidos a régimen de esclavitud. Seguramente a escondidas del mundo. Sin embargo, si os fijáis, estas otras zonas —y señalaba ahora las partes del mapa donde no aparecían circulitos rojos— están limpias de su influjo. Seguramente zonas rurales, alejadas de la vida moderna. Dedicadas al cultivo y con economía preindustrial.

—Bien —dije cansada—, necesito comer algo. Pero no pienso dormir. ¿Y vosotros? Yo tengo terror a dormir. Después de haber sido torturada por Shemihaza... ¡no puedo dormir! Casi me mata esta vez —y me sentí tan sumamente sola y abandonada que comencé a temblar simplemente ante el recuerdo de aquellos ojos monstruosos, aquel aliento pútrido—. Me asfixiaba con su peso. Me estaba perforando y desgarrando por dentro con un miembro viril que parecía de acero, frío, grande... demasiado grande—y mirando a mi deseado Sariel continué diciendo—. ¿Cómo pude no darme cuenta de que ese no eras tú?

Alfonso miraba el suelo, su expresión de desolación era inmensa.

—No te martirices, Lorena. Él sabe engañar y embaucar muy bien. Es algo que lleva haciendo milenios. No podías saber que no era yo. Además, todos los Vigilantes, por nuestras propias cualidades, ejercemos en vosotros, los hombres, una atracción irremediable. El mismo deseo que sientes por mí, es muy posible que lo sintieras por él.

—No digas eso, no vuelvas a decir eso jamás, ¿me oyes? Acepto el engaño. Pero no me digas que tú me estás manipulando y que es por eso por lo que te amo.

—Muchas mujeres me han amado, Lorena. Y aunque siempre he rehusado de los placeres de la carne, he tenido que vivir escondido y solitario, desde que hago uso de este cuerpo.

— ¿Pero entonces, estoy simplemente embrujada por ti? —Le grité rabiosa— ¡Después de lo que me ha pasado, puedes decirme esto!

Los tres me miraron estupefactos. Xíán, queriendo romper la dinámica perversa de aquella conversación sin sentido en la que me había enfrascado, le dijo a Marcos que deberían subir algo de comida. Y acto seguido se levantó poniéndose la chaqueta, y me dijo:

— ¿Tienes hambre? —totalmente sonriente, a la par que señalaba con carita de pillo a Marcos y Alfonso diciendo: —. Estos son Vigilantes, no necesitan comer, dormir... dime qué puedo traerte de comer y enseguida te lo subo.

En aquel momento me quedé mirándolo un tanto anonadada, pues sentía hambre pero no me había dado cuenta de que Marcos y Alfonso no habían comido, bebido, ni dormido desde que les había conocido. Todavía estaba enfadada con Alfonso. No podía soportar no haberme dado cuenta de que aquel que me había seducido no era él. Porque yo quería que fuera él. Tenía que ser él.

De repente sonó mi móvil. Se hizo silencio en la habitación del hotel.

Me quedé paralizada, suponía que sería Jorge y me moría de ganas por saber de él. Pero las caras de los tres hombres que me acompañaban lo decía todo. El teléfono sonaba. Los tres me miraban esperando mi respuesta.

Cogí el móvil y descolgué sabiendo que, efectivamente, era Jorge. Me senté en un cómodo sofá que había en la habitación, cerca de la puerta del baño.

— ¿Lorena? ¿Estás ahí? —decía gritando un poco.

Tardé unos segundos en contestar. Su voz sonaba extraña. Supuse que era por la lejanía a la que se encontraba. Era un sonido algo metalizado, distorsionado. Un eco reverberaba en la lejanía como si la voz de mi amigo sonara desde las profundidades de un pozo.

— ¡Jorge...! ¡¿Cómo estás Jorge?! — y comencé a llorar como una niña. No podía más.

— ¡Lorena, dónde estás! Tengo que reunirme contigo —me dijo, sin ni siquiera preguntarme cómo estaba.

Los tres hombres me negaban con las cabezas. No querían que le dijera dónde estaba. ¿Por qué no querían que le dijera nada a Jorge? Me asusté un poco.

—Jorge, no puedo decírtelo. Es algo que no puedo...

—Estás en peligro —me dijo bajando el volumen de su voz, como si supiera que alguien nos escuchaba—, esos que están contigo son gente peligrosa. Pertenecen a una organización criminal. Ese Sánchez Quijada fue expulsado de la policía. No es de fiar. Y el chino menos, ese es un tipo catalogado como sádico, criminal y sufre un trastorno mental grave. Pertenecen a una secta.

Mientras me decía todo aquello, con aquella voz, yo miraba a mis compañeros. Miré a Marcos, miré a Xián y miré a Alfonso. La voz de Jorge era persuasiva. Muy persuasiva.

—Son una secta mesiánica. Creen que el fin del mundo está cerca —y su voz era más y más persuasiva.

Entonces le dije:

— ¿Pero quién eres?

Al escuchar que decía esto, Alfonso se echó encima mía gritándome:

— ¡Suelta el teléfono, no es Jorge, es Él! —y quería dar un manotazo al artefacto para arrancármelo de las manos.

Pero yo se lo impedí, me agaché y salí corriendo. Me encerré en el baño y seguía pegada al teléfono escuchando aquella voz que me decía imperiosamente:

— ¡Sal de ahí Lorena! Acabarás muerta con ellos —y su voz era como la de Jorge pero cada vez más metálica y profunda.

Mientras me encerraba en el baño bajo llave, Alfonso, Marcos y Xián gritaban desesperados desde el otro lado de la puerta. Escuchaba los gritos de Sariel, me decía:

— ¡Es Él, es Shemihaza, no le escuches! —estaba chillando desesperado, completamente desesperado. Golpeaba la puerta y me llamaba...

La voz del teléfono parecía escuchar sus gritos y entonces me dijo:

—Lorena, no escuches a ese hijo de la gran puta. Quiere que me abandones por él. Dime, ¿dónde estás? Si me dices dónde estás puedo ir a por ti y te traeré de nuevo a casa.

— ¿Quién eres? —le dije.

—Jorge —contestó en tono seco.

—No. Tú no eres Jorge. Ahora quiero que me digas quién eres.

—Tu amante. El amante que ya, jamás, podrás sacar de tu cabeza ni de tus entrañas.

— ¿Cómo puedes saber que Jorge es mi amigo? ¿Cómo puedes imitar su voz?

—Sencillo, Lorena. Lo tengo aquí, bajo mis pezuñas. Suplicándome que le deje de torturar —decía con voz dulce como si me hablara de algo bueno.

— ¿Está muerto? ¿Está Muerto? —le grité.

—Lo estará si no me obedeces, PUTA — me dijo con desprecio.

Los gritos y golpes de mis compañeros habían cesado. Las luces se apagaron. Me quedé completamente a oscuras. Aquel demonio seguía diciéndome burradas. Al fondo se escuchaba la voz de Jorge, la de verdad.

¡¡Pedía socorro, pedía auxilio y yo no podía hacer NADA!!

La puerta del baño se iluminó. Un resplandor blanco sobresalía a través de los quicios. Se perfilaba como si un fuego frío resplandeciera desde el otro lado. De repente la puerta se abrió, y dos figuras luminosas, con ojos negros y alas negras se me acercaron. Eran grandes y hermosos, cada uno de un color algo distinto, uno más azulado, el otro dorado. El primero me tendió la mano, le di el móvil. Cuando éste se posó en su mano, se deshizo como si fuera polvo. Yo los miraba atontada. Desde la habitación comencé a escuchar una voz familiar, era Xián.

—Lorena, ya pasó todo. Nos ha vuelto a atacar.

Las dos figuras luminosas se fueron apagando, menguaban en tamaño y desaparecía su luz, mientras tomaban de nuevo forma humana, yo los miraba asombrada.

—Ha matado a Jorge —les dije.

—Puede ser un engaño —dijo Sariel ya como hombre—. No creas nada de lo que dice. Lorena, debes comprender que nos acecha. Busca triquiñuelas. Necesita encontrarte para enviar a alguien que te mate. A ti y a Xián. Sin vosotros dos, no podríamos hacer nada contra ellos.

—Entonces —le dije—, ¿Jorge no está muerto?

—No puedo saberlo —contestó cabizbajo—, yo...

— ¡Está muerto! ¿Estaba allí con él? ¡DÍMELOOO! —le grité y le pegué fuertemente en el pecho, a la vez que reclamaba su consuelo con un abrazo.

—No lo puedo saber aún. Lo que sé es que ÉL, no sabe dónde estamos. Nos busca a la desesperada. Y si nos encuentra, si nos localiza, entonces cualquiera de los miles de personas a sus órdenes podría matarte, o podría matar a Xián. Tiene miles de sicarios por el mundo.

—Tengo que saberlo —y le abracé fuertemente. El móvil había quedado reducido a cenizas. Era una montañita de polvo carbonizado en el suelo del baño.

—Ven, siéntate en la cama y descansa, estaré contigo —me dio por respuesta.

Me cogió en brazos y me acostó. Marcos y Xián se sentaron de nuevo en la mesa. Xián comenzó a hablar:

—Esta vez no puedo detectarlo. No puedo detectar su energía. Si no es a través de los sueños, no se puede detectar. ¡Es listo el cabrón! Ha cambiado de estrategia. Utilizando una forma de contacto material, mi dispositivo no puede detectarlo...

Me quedé pasmada. Shemihaza había contactado conmigo a través del móvil. ¿Cómo podría escapar de aquella persecución? Solo había una respuesta. Convirtiéndome yo, en el cazador.

Xián, el simpático, alegre y educado compañero de batallas, me trajo la cena. Él y yo compartimos un poco de arroz basmati, verduras y ternera guisada, que llenaron el vacío que mi cuerpo comenzaba a sentir. Alfonso había salido a dar una vuelta. Necesitaba airearse. Marcos se quedó pegado a mí. Era mi protector.

— ¿Por qué sales Alfonso? —le pregunté. No podía entender que estuviera agobiado. Creía que un ser espiritual, como es un ángel, no tenía este tipo de problemas emocionales, más propio de los humanos.

—Tengo que caminar un poco. Necesito pensar sobre todo lo que está ocurriendo. Y sí. Tengo dudas sobre muchísimas cosas —dijo claramente refiriéndose a sus sentimientos por mí, o eso deseaba creer yo—. Debo pensar bien los siguientes pasos a dar. Una vez lleguemos a su guarida es posible que ataque aún con mayor virulencia. Mañana hablamos. Descansad vosotros dos —sus ojos me miraban con la intensidad de una persona agobiada. ¿Qué era lo que le agobiaba? ¿Era solamente la misión?—. Marcos, quédate a su cargo —añadió saliendo de la habitación.

—Ya —Fue toda la respuesta que le dio éste, sin ni siquiera mirarle.

— ¿Me he perdido algo, Marcos? —le pregunté a éste cuando Alfonso se hubo marchado.

—Sí. Ya lo creo. Te lo estás perdiendo todo —contestó riendo, con su tono jocoso habitual.

— ¡Ya estamos, no tienes remedio! —le contesté medio en broma.

Xián comió poco y rápido. Se fue a su “ordenador”, no pasaba ni un minuto separado de él. Cuando terminé de comer, me acerqué a ver qué información relevante había conseguido.

—Dime, ¿qué tipo de tecnología es capaz de meterse en mi cabeza y saber que Shemihaza o cualquier otro está influyendo sobre mí? ¿De dónde proviene, quién ha financiado esto? ¿Además de tus trabajos para agencias estatales de América y Francia de física cuántica y cosmología, para quién trabajas?

— ¡Ahhh! Esa periodista que tienes en tu interior resurge continuamente, ¿no? —me dijo riendo—. Empezaré por el final, si te parece... Trabajo para el Gobierno Chino, he colaborado para el Gobierno Chino en Estados Unidos y Francia, financia el Gobierno Chino, y esta tecnología proviene de estas investigaciones. Inicialmente militares, claro, para defensa de gobiernos ante ataques de terroristas de cualquier índole. Ahora, ante ataque extraterrestre o de fuerzas superiores... o lo que sea , que se ha apoderado de la industria mundial... pues...

— ¿Me estás diciendo que el gobierno Chino no es el responsable de los ataques a Europa y América? —me estaba quedando atónita—. Pero yo creía que esto era una especie de guerra de civilizaciones... antagónicas por así decir.

—Muy equivocada, Lorena. No te das cuenta. ¿Cómo va el Gobierno Chino a atacar a sus compradores? La economía mundial se hunde por esto que pasa. Es una ¡CATÁSTROFE PARA CHINA! ¿Pero es que no piensas? No sabemos cómo han comenzado, nuestras mercancías, a comportarse de manera autónoma. No sabemos cómo se activan sus capacidades asesinas. Yo estoy de acuerdo con la hipótesis de que es por culpa de Satán y los Nefilim; han vuelto a la Tierra, están ejerciendo poderes y fuerzas oscuras sobre la producción. Por eso yo, que soy máxima autoridad en conocimiento mundial de la Energía Oscura cosmológica, estoy aquí con vosotros. Creía que lo sabías.

— ¡Joder, Xíán! Yo no sé nada.

Marcos se mantenía al margen de la conversación, como si no fuera la cosa con él.

— ¡Marcos! —le dije—, ¿tú sabías todo esto no?

—Evidente —dijo.

—Pero entonces, ¿por qué no me explicasteis desde el principio lo que pasaba?

— ¿Nos hubieras creído? —dijo Marcos—. Creíste cuando viste nuestra transformación, en casa de nuestra hermana Anna. Si te hubiéramos explicado todo desde el principio, te hubieras marchado. Era necesario que te enamoras, era necesario que nos pidieras pruebas, era necesario que soñaras, era necesario que Xíán te explicara.

— ¿Y que me violaran? ¿Era necesario? —le reproché enfadada como una mona.

—No, eso no. Eso es algo que ha pasado porque Él está más fuerte de lo que pensábamos. Nos busca desde hace tiempo y sin embargo, nosotros creíamos que no sabía de nuestra misión. Alguien le ha contado algo. Y creo que ha sido Jorge.

—Pero Jorge es mi amigo y él no sabía que...

—Hablaste con él en Madrid —me cortó— y me temo que ya estaba en manos de sus secuaces. Estaba intentando localizarte. Su alma está perdida.

Xián miraba a uno y a otro. Yo me di cuenta de que esto era lo que Alfonso no quería decirme.

—Sí. Es cierto —me confirmó Marcos adivinando mis pensamientos—. Sariel no sabía cómo decírtelo. Él te ama demasiado.

—Entonces su amor por mí, no es fingido, ¿verdad? —le dije mirándole y esperando ansiosa una respuesta afirmativa por su parte—. Sariel me ama. Lo sé, lo he sabido siempre. Y también sé que es un amor imposible. Pero para mí lo cambia todo. Una cosa es haberme utilizado y engañado, aunque sea para un fin justo... Otra muy distinta sería haberme seducido para que aceptara la misión, eso os igualaría con Shemihaza.

—En efecto —me contestó—. Es justamente al contrario. Sabemos que eres la elegida porque fuiste capaz de encontrarle. Capaz de olerle. Los demás humanos no pueden.

—Pero hay algo que no sabéis. Jorge le olió, cuando vino a mi casa después de que Alfonso saliera, me dijo que olía un perfume especial. Me preguntó por él. Quería saber si era un perfume mío o un ambientador nuevo...

—Entonces, Jorge ya estaba captado por Shemihaza. Y no te asesinó en aquel momento, para seguirte la pista hasta nosotros —dijo Marcos—, ahora sabemos por qué nos ha estado encontrando sistemáticamente. Tu móvil era su señal de seguimiento.

— ¡Dios mío! —dije hecha polvo, estaba impactada por aquellas revelaciones sobre mi querido Jorge—. ¡Dios mío!

—Duerme y descansa.

— ¿Pero sabe hacia dónde vamos? ¿Sabe que estamos en el aeropuerto? ¿Cómo podremos despistarle?

—Eso es lo que Sariel está pensando —me contestó—, dormid un rato. Yo vigilaré. Cuando vuelva Alfonso, hablaremos sobre qué hacer.

Dicho y hecho. Había que dormir. Xián se acostó en la cama, como si no hubiera una mujer a la que ceder ese puesto privilegiado.

—Supongo que no vas a poder pegar ojo. —Me dijo el oriental con aire cansado.

—Supones bien —le dije.

Entonces se metió en la cama con ropa y todo. Me miraba desde ella tumbado. Y de repente se sintió en la obligación de darme explicaciones por aquella conducta. Supongo que al ver mi cara pasmada observándole, creyó que no aprobaba lo que acababa de hacer. Sin embargo, más bien estaba ensimismada. No pensaba en nada, mente en blanco y seguimiento de sus movimientos sin juzgarle en absoluto.

—No me desvisto por si acaso, Lorena —me dijo tumbado ya en la cama—, visto lo visto, más vale estar preparado para cualquier eventualidad.

— ¿Qué? —le contesté saliendo de mi estado amnésico—. No, no... Si no esperaba que me lo explicaras. Seguramente me sentaré en el sofá un rato. Ni siquiera quiero dormir. Prefiero esperar a que vuelva Alfonso despierta.

—Bien —dijo Xián poniéndose en posición fetal y cerrando tranquilamente sus ojillos.

—Duerme, Lorena —me recomendó Marcos—, si descansas será mejor. No sabemos cuándo podrás volver a tener una cama confortable.

— ¿Pero cuándo volverá...?

No me dejó terminar. Me dijo que me acostara un rato. Me fui al lado de Xián y me tumbé. Me dormí de inmediato, adentrándome en un sueño insípido, oscuro, sin formas o imágenes que pudiera recordar al despertar.

Me desperté por sus caricias en mi rostro. Su aroma me envolvía y me hacía sentir de buen humor. Abrí los ojos y allí estaba Sariel. Sentado a mi lado. Xián ya estaba mirando su ordenador. Hacía cálculos. No despegaba sus ojos del aparato. Debíamos irnos. Eran las ocho de la mañana. El avión hasta Pekín salía a las once.

— ¡Buenos días! —le dije feliz de verle—. ¿Vamos a desayunar? Tengo hambre.

—Parece que has descansado, ¿no? —me sonrió.

—Si. Por fin no he tenido pesadillas.

—Deduzco, por tanto, que el móvil era el mecanismo a través del cual contactaba contigo. Aunque seamos seres espirituales, necesitamos un vector material para contactar con vosotros. Hemos sido imprudentes al no darnos cuenta... Debemos irnos ya. Hay cambio de planes.

— ¿Por? —le dije algo intranquila.

—Vamos a coger un tren. Tenemos que ir a la estación de trenes Yaroslavsky. Cogeremos un taxi. No podemos arriesgarnos con el avión, podría ser peligroso.

— ¡Madre mía! Pero entonces, tardaremos mucho más. Si la gente muere continuamente... no podemos permitirnoslo.

—Lo que no podemos permitirnos es no llegar, porque entonces ya no habrá nadie a quién salvar —dijo con rotundidad.

—Ya... pero...

—Bien. El transiberiano sale en una hora. A las nueve. Tenemos que recorrer seis mil kilómetros hasta coger el enlace con el Transmanchuriano, en Chitá. Que está en la frontera con China.

— ¡Joder! —no se me ocurría qué decir ¿Me iba a pasar los siguientes tres días metida en un tren?

—Ahora hay que cogerlo. No se me ocurre otra forma de escapar a un atentado, o un intento de asesinato por algún sicario. Los Nefilim no se imaginan que vamos a cambiar los planes de llegar cuanto antes a China.

—Xián —dije—, si tu gobierno está enterado de todo esto, ¿cómo es posible que no tengamos ayuda de ningún tipo?

— ¿De dónde te piensas que sale el dinero? Los ángeles no tienen dinero —dijo Xián con suspicacia—, pero esto es secreto, solo se sabe por el jefe de los servicios secretos de mi gobierno. Si se hiciera público, estaríamos perdidos.

— ¡Vamos! —nos arengó Marcos como si estuviéramos perdiendo el tiempo con tanta cháchara.

Salimos del hotel. Xián nos repartió pasaportes falsos, cosa que hasta ahora no habíamos usado. No debíamos dejar rastro. A partir de ahora cambiábamos de identidad. Cogimos taxis por separado. Yo con Marcos. Xián y Alfonso salieron en otro vehículo.

La estación de trenes era grandísima, preciosa. Marcos y yo éramos matrimonio. Y supuestamente yo era procedente de Argentina. De esta manera nadie sospecharía de que yo solamente hablara el español. Él pasaba por moscovita. De repente, hablaba un ruso perfecto con las personas que nos atendían en las ventanillas. Íbamos de luna de miel hasta Pekín. Un tren de ensueño. Teníamos camarotes con camas confortables.

Alfonso y Xián eran dos hombres de negocios. Su coartada era algo más débil. Sin embargo de momento colaría, pues Xián estaba convencido de que nos buscarían en el avión que teníamos reservado para el vuelo de las once.

Marcos y yo fuimos a una zona del tren en la que había unas mesitas adorables. Servían deliciosos tentempiés y nos sentamos alrededor de una que aparentaba ser una auténtica antigüedad, con su único pie formando la figura de una mujer que sostiene el mundo, sobre sus manos alzadas a modo de atlas. Alfonso y Xián nos encontraron al poco tiempo de haberse puesto en marcha el tren. Al las dos horas aproximadamente, unos lejanos destellos y una leve vibración en los cristales de las ventanas atrajeron mi atención al paisaje del exterior. No sabía qué era lo que había creído ver por el rabillo del ojo, pero comencé a examinar todo el paisaje.

En la lejanía, y mientras atravesábamos el Volga (río de oscuras y profundas aguas cuya inmensidad era magnífica), observé una tormenta de negros nubarrones. Me quedé boquiabierta al observar las figuras que se formaban en aquellas nubes oscuras. Eran inmensas figuras de gárgolas aladas. Su batir de alas ejercía en la tormenta de nubes una especie de tornado. Señalé a mis compañeros hacia más allá de aquellas bellas ventanas, adornadas con delicadas cortinas de colores pastel.

Todos se quedaron atónitos. Mudos.

—El avión ha estallado. No nos equivocábamos, iban a por nosotros —dijo Alfonso con tristeza.

Se tapó la cara con sus fuertes y grandes manos. No quería mostrar su alteración emocional. Sus ojos se estaban tornando negros. Las córneas se le oscurecían por momentos.

Cogí su mano por debajo de la mesa y la apreté fuertemente en señal de apoyo.

“¿Cómo es posible que Dios permita esto?”, me preguntaba a mí misma, sin expresarlo verbalmente a los demás.

—La culpa es nuestra —dijo Alfonso mirándome con sus ojos negros, sin fondo—. Los Vigilantes deseamos a las mujeres y odiamos a los hombres. Los hombres son responsables por haber aceptado el pecado de querer ser como dioses. Ambos hemos sido LIBRES para decidir lo que hacíamos. Dolorosamente libres...

Todos mirábamos aquellos nubarrones, fruto de una tormenta provocada para aniquilarnos. Doscientas treinta personas muertas en aquel avión no eran ni un daño colateral: habían muerto sin razón.

—Lo pagarán caro —dijo Marcos cabizbajo.

El silencio se apoderó de nosotros. Pasaron dos horas hasta que volvimos a atravesar un puente que cruzaba un bello afluente del Volga. Paisajes bellísimos se movían en dirección contraria a la marcha del tren. Grandes y boscosas montañas se nos acercaban lentamente.

Mientras dejábamos correr la distancia y el tiempo con un nuevo ambiente de pesadumbre sobre nosotros, me dí cuenta de que éramos vigilados con no poco descaro. Un hombre de torva mirada, de piel cetrina, cara algo animalizada y enfundado en una negra gabardina, nos observaba atentamente mientras disfrutaba de un café, y deslizaba las hojas de un grueso libro de tapas negras.

VIII

Cualquier cosa era posible. Ya nada de lo que ocurriera me iba a impresionar. Mi intuición me decía que aquel sujeto oscuro, con rasgos asiáticos pero que no correspondían al prototipo chino, estaba allí por nosotros.

Sorbía café, ojeaba el libro, levantaba la vista hacia la ventana que quedaba a su derecha y, tras unos segundos, miraba hacia donde nos encontrábamos nosotros. De esta manera pasaba el tiempo. Parecía muy interesado en aquel libro, pues sus ojos se movían ávidos por las páginas, como cuando se está leyendo “algo” que te está impactando emocionalmente. Marcos me pidió ir a la zona del tren donde te podías sentar en unos sillones mucho más confortables.

—Cariño —me dijo—, ¿nos acomodamos en el otro vagón?

Yo le miré con afecto, y le contesté que sí. Nos despedimos de Alfonso y de Xián. Ambos se irían al camarote. Iban a desaparecer de la vista de los demás pasajeros, debíamos aparentar estar solos, debíamos fingir no conocernos, simplemente personas que se encuentran en un tren, y conversan de las banalidades de la vida. Pasamos cerca de aquel hombre, y me di cuenta de que ninguno de mis acompañantes se fijaba en aquel ser extraño y amenazante.

—Marcos —le comenté en voz baja mientras pasábamos al lado del sombrío viajero—, ¿ves a ese hombre?

—¿Qué? —me contestó.

Entonces me di cuenta de que Marcos no se había percatado de la presencia del tipejo. Estábamos terminando de pasar al vagón contiguo al de la cafetería, y después de habernos sentado al lado de una ventana amplia, desde donde se divisaban los espectaculares paisajes de la estepa rusa, y antes de que pudiera describirle con más calma a nuestro extraño observador, escuchamos un zumbido que provenía de la cafetería.

Todos los pasajeros empezaron a taparse los oídos. Era un grito como de águila pero continuado, permanente y agudo. Penetraba taladrando nuestros oídos y cerebros con tal intensidad que la gente se caía al suelo retorciéndose de dolor. Marcos tapó con sus manos mis oídos, y supongo que eso impidió que me pasara lo mismo que al resto de los pasajeros. Todos cayeron a suelo inconscientes, sus oídos sangrando profusamente. Nos levantamos de nuestros recién estrenados asientos para acudir a la cafetería a toda prisa. Cuando entramos vimos a los clientes tirados por los suelos, con los oídos reventados e inconscientes. El hombre del libro no se veía por ningún lado, y Alfonso no estaba. Xián, también inconsciente en el pasillo del vagón, se había desplomado golpeándose fuertemente la cabeza contra una de las mesas de la cafetería.

De repente, el tren comenzó a pararse. Conforme se iba deteniendo en mitad de ninguna parte, se comenzaban a escuchar terribles golpes de lucha en la parte superior del vagón. Mi prioridad, sin embargo, era Xián. Me agaché a su lado y le cogí rodeándole los hombros con mis brazos. Sus oídos sangraban y su frente presentaba un hematoma debido al golpe que había recibido al caer al suelo.

El techo se hundía sobre nuestras cabezas, parecía que se iba a desplomar sobre nosotros. Miré llorando a Marcos. No podría describir la enorme tristeza que sentí al ver al pobre Xián en aquellas condiciones, entonces dije:

— ¡Haz algo!

Pero Marcos ya no era Marcos. Había abandonado su cuerpo humano para transformarse en aquel ser descomunal, alado y brillante que era realmente. Se acercó a nosotros dos, nos cubrió completamente con su cuerpo y sus alas, como hacen las aves con sus polluelos. Entonces el techo del tren, cayó sobre nosotros. La mayoría de los pedazos rebotaron sobre el escudo que nos hacía Marcos con sus alas, y el resto se los sacudió él mismo sacudiendo con furia las alas y a manotazo limpio.

Mientras, seguían aquellos golpes, que pude ver, asustada y maravillada a un tiempo, eran fruto de una lucha sin cuartel entre Sariel y un demonio en forma de gárgola, cuya composición era como la del granito. Se movía con agilidad, a pesar de que en cada uno de sus pasos retorció y hacía saltar en añicos todo aquello que pisaba con las toneladas que tenía sin duda que pesar. Nosotros estábamos a salvo, de momento, bajo la cúpula que el angelical cuerpo de Marcos mantenía para salvarnos de toda aquella devastación.

Mientras parecía que el fin del mundo había llegado, Xián abrió sus ojos. Al ver que despertaba me armé de valor y le dije a Marcos:

— ¡Está vivo, tenemos que sacarle de aquí!

No recibía respuesta, y miré por un resquicio que una de las oscuras alas de Marcos dejaba casi a ras de suelo. Unas botas negras se acercaban hacia nosotros. De repente escuché una voz que parecía provenir de lo alto:

— ¡Seguidme! No hay tiempo que perder. Si os encuentra acabará con vosotros.

—De acuerdo —dijo Marcos contestando a aquella propuesta de salvación.

Entonces Marcos se levantó. Y pude ver al Señor del Libro que me había llamado la atención en el tren. Aquel extraño tipo que parecía sacado de otro tiempo. Marcos, todavía en forma angelical, cogió en brazos a Xián. El hombre nos sonrió:

—No hay tiempo que perder. Salgamos de esta ratonera. Sariel se hará cargo de la Gárgola.

— ¿Quién es usted? ¿Por qué tendríamos que fiarnos...?

—No te queda otra, Lorena. ¡Seguidme! —repitió con contundencia.

Y tenía razón. Sobre nuestras cabezas se desplomaba el techo del tren. Sariel luchaba contra aquel demonio que había llegado hasta nosotros por el aire, la tormenta oscura que había derribado el avión había continuado su viaje destructor hasta llegar a nosotros. Más tarde sabría que a su paso había ido sembrado desolación en la Tierra. Creí que era el fin. Nuestro viaje estaba a punto de terminar y el mundo iba a ser devastado. Shemihaza estaba ganando la guerra. Nuestro mundo se había paralizado progresivamente y nosotros, en la perdida estepa rusa, atacados por los Nefilim en forma de gárgolas, teníamos pocas posibilidades de seguir adelante. Si no llegábamos a la guarida del Dragón, no podríamos acabar con él.

El hombre de negro, inesperadamente para mí, encontró una salida. Marcos, con Xián en brazos, daba grandes zancadas tras él.

— ¡Rápido... rápido! —decía el hombre oscuro guiando nuestros pasos hacia unas leves elevaciones del terreno donde pudimos parapetarnos.

Cuando volví la vista, me quedé paralizada ante el espectáculo que se estaba produciendo sobre el tren, que yacía, destruidos varios de sus vagones, sobre las inertes vías de la estepa rusa.

Una gran tormenta negra, como un pequeño huracán, giraba rodeada por varias figuras de gárgolas oscuras, acercándose cada vez más hacia el tren, como si fuera a engullirlo para darle vueltas y acabar vomitándolo por los aires desde cientos de metros. Frente a la tormenta y las gárgolas de piedra viviente, y con una espada de luz, Sariel recibía los ataques de aquellas bestias enloquecidas que bramaban frenéticamente. La espada refulgía en sus acertados movimientos y rasgaba el espeso humo que se interponía entre más gárgolas, que se cubrían dentro de la tormenta, y el Ángel. Varios de aquellos monstruos caían descuartizados por Sariel pero, del huracán que se posaba sobre ellos, parecían brotar, a millares, aquellas bestias del infierno.

Sariel luchaba desde lo que quedaba de los techos de los vagones, saltando con su gran y brillante volumen como si no tuviera peso, y soltándoles puñetazos en sus cornudas cabezas de piedra a algunas de las gárgolas que le intentaban rodear y agarrar, mientras con su espada de fuego convertía en grandes y pesados escombros de piedra ardiente a la mayoría. Sariel parecía un segador de malas hierbas que alguien le arrojaba desde todas partes. La densidad del humo de la tormenta, que les envolvía mientras peleaban, y el agobiante número de las gárgolas, hacían que apenas pudiera ver ya la luz de su cuerpo ni de su espada ardiente. Me estaba quedando sin aliento solo de verlo, como si el peso de todas aquellas criaturas de piedra estuviera sobre mí, y como si aquel humo que rodeaba a Sariel fuera una alienígena atmósfera de dióxido de carbono que llenara mis pulmones.

Pero hubo un momento en que sentí recuperar mi aliento, tan concentrada y sugestionada como estaba por la surrealista batalla. Cuando, acompañado de un sonido como de terrible trueno, Sariel echó a volar por los aires, saliendo de la tormenta y sobrevolando su contorno en el sentido de las agujas del reloj, arrojando a las grandes gárgolas por efecto de la velocidad de su vuelo y con sus continuos espadazos. Se movía por el aire como por efecto de una levitación mágica, y aprovechaba sus negras alas para golpear y empujar con ellas a cuantas gárgolas se le cruzaban en su camino de destrucción. “El poder de los Ángeles... es... ¡maravilloso y terrible!”, pensé para mí con más horror que asombro.

Entonces el hombre de negro, me dijo:

—Toma este libro. Acércate al tren. Cuando estés lo más cerca que puedas de ellos, debes leer en voz alta los salmos que están escritos en su última página.

Y me entregó aquel libro negro, que pesaba lo suyo, abierto por la última página. Lo tomé con mis manos temblorosas. Miré a Marcos, que recogía al pobre Xián entre sus brazos, abrigándolo de la muerte que podría sobrevenirle en cualquier momento, dado su estado de debilidad. Marcos me hizo un gesto de aprobación.

—Solo tú puedes hacer esto. Ve y cumple tu misión.

Le miré y afirmé con mi cabeza. Tenía que hacer algo. Sariel no podía vencer a tantos demonios juntos, pues eran legiones. Miré el libro abierto; en el lado izquierdo se veía representada la batalla que, sobre el tren, se estaba manteniendo allí mismo, delante de mis propios ojos. A todo color, se mostraba a Sariel, luchando con los demonios. En la página siguiente había unas letras escritas. Pero yo desconocía el idioma.

El hombre oscuro me dijo:

— ¡Ve y lee las palabras! No tengas miedo, cuando las leas podrás entender...

Y sin pensarlo más, me di la vuelta y me acerqué lentamente, paso a paso, hacia el lugar donde una espesa niebla negra repleta de gárgolas y demonios atacaban a Sariel sin descanso. La visión era estremecedora. Digna del infierno. Yo sentía un miedo terrible, pero mi deseo de ayudar a Sariel era inconmensurablemente superior a aquel miedo por morir. Si había que morir, moriría luchando. Conforme me acercaba, escuchaba un horrendo sonido de graznidos y gruñidos animales. Todos estos aullidos y gritos bestiales salían de aquella tormenta. Miré hacia arriba. Pude ver desde mi posición el ojo del huracán. Un torbellino de aire con olores fétidos invadía la zona. Me quedé un tanto paralizada al observar cómo una gran cantidad de aquellos seres odiosos observaban desde lo alto, como esperando su turno para lanzarse en picado. Pero nada de eso.

Más y más de ellos se arremolinaban allí arriba, y se detenían unos alrededor de otros como si intentaran sincronizarse. Y antes de que pudiera comprender qué pasaba, acabé por ver que todos ellos formaban una suerte de gran cara. Un rostro de ovaladas cuencas sin ojos, y que se hinchaba como en una respiración agitada sacudiendo su larguísima quijada... Sariel seguía girando con la tormenta, destrozando gárgolas vivientes, pero yo ya no le veía. Me había olvidado por completo de él, en ese momento. Sólo miraba esa cara, la negra cara que volaba desde cientos de metros, sobre mí, al final de aquel inmenso túnel hacia el cielo negro. Y que me miraba. Como ya había hecho antes, porque aunque ahora era diferente, le reconocí. Era el mismo Shemihaza... Mirándome de nuevo con lujuria, y gozando de sentirme sometida, pequeña y aterrada debajo de él, como en su ataque de mi pesadilla... Lo único que me permitió escapar al hechizo de desesperación de la vacía mirada de su cara formada por gárgolas de piedra, fue el ataque de Sariel, que se izó en un rápido vuelo desde el centro del huracán y hacia la enorme frente de la cara de Shemihaza. Con su espada por delante, impactó de lleno contra la masa de diablos pétreos, produciéndose un estallido de llamas y rocas al rojo vivo en todas direcciones, como si de la erupción de un volcán vuelto boca abajo se tratara. Pese al peligro, pese a ver caer las gárgolas muertas como meteoritos y sentir los temblores de los impactos a mi alrededor, todo mi terror desapareció de golpe, y con lágrimas en los ojos vi a Sariel alzarse más allá de la explosión, por encima, siendo ya perseguido en el aire por legiones de demonios. Sentía un amor y agradecimiento absolutos hacia él.

Entonces, decidida, miré el Libro y repetí las palabras en voz alta. Al principio me costaba elevar la voz, pero acabé gritando a todo pulmón, pues aquella jauría armaba tal escándalo que era muy difícil hacerme notar para mis propios oídos, siquiera. Un viento huracanado me envolvía y parecía querer arrancarme el Libro de las manos. Pero con todas mis fuerzas lo agarré y proseguí mi lectura:

זה מפותח את הבורות העמוקות ביותרשידע העולם מעודו. הערוץ.
הארור הזה הוא למי שקלל לנצח ; יהיה התאספתי כל לעזאזל עם הפה שלו
לומר את דבריהם יאות נגד לורדולפגוע בכבודו , יש ייאסף ולא יהיה המקום
משפטו .

Entonces, una gran fosa se abrió en el terreno. Debajo de aquellas vías de tren, el suelo se resquebrajaba desde un epicentro hacia el exterior y un gran terremoto convulsionó la tierra. El tren, con sus pasajeros. Las gárgolas y la nube negra de demonios. Sariel. Todo empezó a ser engullido por la tierra, que se abría y succionaba como una monstruosa boca que hubiera estado conteniendo la respiración demasiado tiempo. Los rieles y los vagones cayeron por su propio peso, lentamente y a trompicones, pero la tormenta de gárgolas, y Sariel con todo ello, se precipitaron a imposible velocidad, como si una fuerza tractora propia de un agujero negro los arrastrara. Incluso el aspecto de todo se distorsionó durante el par de segundos que tardó en desaparecer hacia aquel abismo. Y de pronto, en completo silencio, las entrañas abiertas se cicatrizaron. El temblor desapareció. El cielo se hizo azul. El fétido olor que llenaba el aire, se esfumó. Me quedé absorta con el Libro Negro abierto en mis manos, habiendo visto cómo Sariel desaparecía delante de mí, junto con aquella nube siniestra.

Tras unos minutos paralizada, mirando aquel terreno agrietado, escuché la voz de Marcos. Me llamaba convertido de nuevo en hombre, había dejado a Xián con aquel hombre de negro, detrás del montículo que nos había resguardado de los demonios. El desconocido le ponía las manos sobre las heridas de la cabeza y sorprendentemente éstas desaparecían. Puso después sus manos sobre sus oídos, y éstos dejaron de sangrar. Xián abrió los ojos y lo primero que dijo fue:

— ¿Dónde está mi ordenador?

IX

Aquellas palabras de Xián me sacaron de mi estado cataléptico. Todavía mi cuerpo y mi alma estaban esperando ver salir, de alguna forma, a Sariel desde debajo de la tierra. No podía creer que su viaje terminara aquí. ¿Cómo iba a ser ésta la forma en la que un ángel, como él, terminaría sus días en la tierra? Más bien; ¿cómo podría yo soportarlo?

Estábamos vencidos.

¿Cómo podríamos seguir sin él? ¿Cómo continuar sin la fuerza que me proporcionaba?

Miré a mi alrededor. Estaba llorando y ni siquiera yo misma me daba cuenta. La parálisis de mi cuerpo era casi total. No era por el miedo, era desolación. Vacío. El libro era muy pesado. Lo dejé caer. El ruido fue un golpe seco y sordo. Levantó algo de polvo. Se cubrió un poco de tierra. Miré la página abierta por la que había quedado tendido sobre aquel suelo terroso. Las imágenes que se podían entrever revelaban a un ángel con forma de haz de luz, cayendo por una fosa inmensamente negra, rodeado de gárgolas y Nefilims. Éstos tendían sus garras hacia él.

Caí de rodillas, ojeé el libro más de cerca. Sus dibujos eran estáticos. No había movimiento en ellos. ¿Cómo era posible que reflejaran lo que estaba pasando? Pasé a la página siguiente, el libro estaba en blanco. Busqué desesperadamente, pasé las páginas. Necesitaba saber qué le iba a ocurrir a Alfonso... Pero no había respuesta. Páginas en blanco.

Xián era atendido por Marcos. Se recuperaba de las heridas producidas en su cerebro por el letal graznido de las gárgolas, además del tremendo golpe que recibió al caer desplomado contra una mesa de la cafetería del tren. El aire comenzaba a soplar y era frío. Era un frío nuevo, algo que hasta el momento no habíamos podido percibir. Rondábamos las cuatro de la tarde. No habíamos recorrido más que 940 kilómetros. No era nada. Y ya estábamos con un miembro menos: un herido, un tipo siniestro ayudándonos, un ángel desamparado y una mujer paralizada por la pérdida. Menuda cuadrilla de anti satánicos estábamos hechos. Una ruina. Mientras, medio mundo seguía siendo atacado (aunque en menor medida) por las “mercancías diabólicas” que habían sido distribuidas por todo el mundo desde la gran China (nuestro destino final). El avión, destruido, con doscientos treinta muertos. El tren engullido por la tierra, otros tantos fallecidos que, para más inri, se dirigieron directamente al infierno. Un desastre total.

Mientras me derrumbaba psicológicamente reflexionando sobre todo esto, y pensando en cómo salvar a Sariel, seguía buscando respuestas en las páginas de aquel extraño libro. Vi aquellos zapatones negros del viejo hombre oscuro, que se me acercaba de nuevo. Tocó mi hombro.

—Todo parece perdido, ¿verdad?

Le miré con tantas lágrimas en mis ojos que no podía siquiera verle bien. Su imagen bailaba en mi húmeda retina, y parecía que su rostro no tenía forma definida. Llevaba su sombrero negro calado en la cabeza. Y esperaba pacientemente a mi lado.

—El Libro tiene respuestas para algunas cosas. Pero no tiene el don de la predestinación. Lo que está pasando ahora mismo, es que has perdido toda fe, toda esperanza en ti misma. ¿Es así, no?

Entonces me enjuagué las lágrimas con mis mangas del jersey gris que llevaba puesto, desde no sé cuándo, y le dije:

—¿Quién es Usted? ¿Por qué nos ayuda?

—Estoy de paso. Mi nombre, como ya deberías saber, es Enoch. Y tú eres, en este mundo, la única descendiente directa de mi estirpe. Necesitabas mi ayuda, creo haber venido por ese motivo. Y aquí me tienes.

Él estaba de pie a mi lado, me cogía suavemente el mentón con su arrugada mano. Yo, incrédula, le miré desconfiada.

—¿Pero por qué todo el mundo se empeña en meterme en todo este lío? ¡No puedo más! ¿Cómo es posible que se me aparezca un hombre muerto hace miles de años? ¡¡Es casi más increíble que un par de Ángeles te lleven de misión secreta, o que un chino superdotado te lea la mente con un ordenador!! ¡O que te viole un demonio! O que el hombre del que me he enamorado locamente, sea engullido por la tierra... O que...

—Sí —me cortó en seco—. Y si, además, te digo que nunca he muerto, pues la cosa se pone más increíble para una persona racional como tú... pero así es.

— ¿Qué no has muerto?

—No. Fui al cielo vivo. Y eso ha hecho posible que haya vuelto en tu ayuda. De ninguna otra manera se puede volver. Hay que poseer un cuerpo en condiciones, claro.

Aquel tipo era verdaderamente increíble. Decía todo aquello como el que habla del tiempo, y prosiguió.

—Ya debes dejar de lamentarte. Os llevaré a un lugar seguro. Xián está bien. Le ayudé a recuperarse, pero aún tardará unas horas en sentirse bien del todo. Levanta —y me daba la mano para ayudarme—. Levanta, mujer. Que tenemos mucho por hacer. Yo te contaré todo. Vamos con tus compañeros.

—Ya veo —dije completamente dispuesta a putear a ese señor, que decía ser familiar mío, y que por tanto estaba obligado a aguantar el chaparrón—. Un tipo que ha estado en el cielo en cuerpo y alma. Vaya, es usted muy ingenioso. Pero no me la pega.

Me levanté y le salté a la cara dándole arañazos por todo el rostro.

— ¡Puto demonio! ¡Te sacaré los ojos! —gritaba en un puro ataque de histeria.

— ¡Calmateeee...! —me decía con la mayor tranquilidad del mundo, cogiéndome por los antebrazos para retirar mis manos del rostro, a pesar de todo lo que le estaba haciendo.

Marcos, al ver aquello, se acercó poco a poco, me cogió de los hombros y me abrazó con cariño. Me separó del pobre Enoch, aunque a decir verdad, no se le veía nada afectado por lo sucedido. En cuanto renuncié a desahogarme con el supuesto Enoch, Marcos empezó a empujarme suavemente, y así los tres nos acercamos hasta donde estaba Xián.

—Hola Xián —le dije—. ¿Cómo estás?

—Mejor... me duele la cabeza, pero mejor. Estoy muy preocupado. En la caída alguien debió robarme mi ordenador. Ahora no puedo saber dónde se encuentran las guaridas. Recuerdo las zonas donde aparecían señaladas las coordenadas de las mismas, pero, ¿y si las cambian de lugar?

— ¡Madre mía, Xián! Esto se ha ido al traste... Sin Sariel.

— ¿Cómo? ¿Es que Sariel no está? —gritó nervioso mirando a Marcos.

—No —Le dije—. Estamos completamente vencidos.

Y mientras empezaba a derrumbarme otra vez, presa del desánimo, por haber perdido a Sariel, contándole al pobre Xián aquella tragedia, Enoch, el hombre de negro, comenzó a silbar una melodía ligera, como burlona.

—No todo está perdido. Yo recogí tu ordenador —dijo riendo, sacándose de debajo del abrigo el portátil negro de Xián. Acto seguido continuó silbando aquella melodía.

Hasta Marcos estaba impresionado. Entonces le dije:

—Gracias Enoch. Has curado a Xián. Tienes el portátil... ¿Cómo es posible que estés vivo tras miles de años?

—De nada... es mi obligación jovencita. Y tranquila, más adelante sabrás cómo es posible que todo esto te esté ocurriendo. Ahora hay que ir a un lugar seguro y pasar la noche. La estepa rusa tiene cambios muy fuertes y bruscos de temperatura, podríamos morir de frío... Y no esperarás que me vaya a arriesgar, después de haber sobrevivido miles de años, ¿no?

Y comenzó a reírse de su propio chiste. A mí me dejaba descolocada aquel sujeto. No se sabía si iba en serio. Pero en ese momento, al verle reír tan espontáneamente, comencé a ablandarme un poco. Era un tipo simpaticón, bonachón. Me sentí un poco aliviada. Nos había salvado. Había salvado a Xián.

El hombre se dio la vuelta y silbó hacia el horizonte. Había unas grandes montañas al fondo de la estepa. En la cima podía verse la nieve. Sin embargo, donde nosotros estábamos, aunque había vegetación, más bien el paisaje recordaba a un semidesierto de Almería.

Marcos se acercó a mí. Mientras, el hombre seguía con su silbido, y se ponía una mano sobre la frente para que el sol no le impidiera la visión del horizonte. Entonces me explicó:

—Enoch fue llevado con su cuerpo al cielo. Es el único hombre que ha tenido este privilegio, por este mismo motivo es el único que puede realizar milagros. Ni siquiera nosotros, los Ángeles o Vigilantes, podemos alterar el orden de la naturaleza. Enoch habló con Yahvé, caminó con él, se le mostró el infierno y el purgatorio, y tiene el mandato de escribirlo todo en su libro.

—Sí —le dije—. Me parece que es un tipo importante. Y cuidadito, que es mi ta-ta-ta-tatarabuelo.

Y los dos comenzamos a reír a carcajada limpia. Xíán sonreía al vernos, pero no paraba de mirar su ordenador. De repente, en la lejanía, apareció una mancha oscura que se acercaba hacia nosotros.

Marcos se puso en guardia y se acercó a Enoch. Ambos hombres, uno al lado del otro, se hablaron en aquella lengua que yo misma había utilizado al leer los salmos contra los demonios y gárgolas que nos acababan de atacar en el tren.

La mancha negra se fue convirtiendo en un carro remolcado por un caballo. Una mujer ataviada con unas ropas tradicionales, coloridas pero abrigadas, paró delante de nosotros. Saludó en un idioma extraño a Enoch, como si le conociera e hiciera tiempo que no supiera del viejo.

—Өг лөө сайн Енох, таны байгаа нь надад таатай байна. Би чиний дуудлагыг сонссон. Хэн нэгэн нь энэ биш юм, энэ гунигтай үед тусламж хэрэгтэй байна уу?

Lo cual sonaba más o menos así:

—Öglöö sain Yenokh, tany baigaa ni nadad taatai baina. Bi chinii duudlagyg sonsson. Khen negen ni ene bish yum, ene gunigtai üyed tuslamj kheregtei baina uu?

Y según nos traducía el propio Enoch, quería decir:

—Buenos días Enoch, tu presencia me es muy grata. Escuché tu llamada. ¿Necesitáis alivio en estos tiempos sombríos, no es cierto?

La hermosa mujer madura, de rasgos mongoles, aunque muy morena de tez, era bajita y se movía con gran agilidad. Bajó de su carro tirado por un caballo grueso, peludo y negro, cuyo color provocaba que el poderoso animal resaltara en aquel triste paisaje. Abrazó a Enoch. A Marcos. Y acto seguido se dirigió hacia nosotros, animándonos a levantarnos del suelo donde Xián aún estaba recostado. Nos pegó dos apretones fuertes y nos saludaba en su difícilísima lengua nativa. Sus ojos negros y profundos se me clavaron en el alma. Llevaba adornos dorados en sus orejas y nariz. Belleza ancestral.

Subimos los cuatro en su carro. El carruaje era muy bello. Maderas nobles labradas y trabajadas a mano. Forma de medio círculo. Ancho en su base y con un par de ruedas grandes que soportaban el peso de los cuatro. El carro estaba ideado para ir de pie sobre él. La mujer arreó al noble percherón y, con más velocidad de la que se podría esperar, nos alejó del lugar donde la tierra se había tragado a Sariel. Yo dudaba si debía irme. Marcos me dijo que Alfonso ya no estaba allí. No tenía sentido quedarse en aquel desierto inhóspito. No iba a regresar. Subidos en el carro le tuve que preguntar si Alfonso había muerto.

—Los ángeles somos inmortales, Lorena. Sin embargo, su forma humana es real. Somos de carne y hueso. Si este cuerpo muere, él solamente podrá aparecerse en el mundo en su forma espiritual y, por tanto, no podrá intervenir en él.

Y mientras me contaba estas cosas, yo rezaba en mi interior por la supervivencia de Sariel. La mujer tenía por nombre Bolormaa, que para ellos, los de su pueblo, significa madre de cristal.

Bolormaa nos llevó a un lugar maravilloso. Una casa que se encontraba a los pies de una montaña no muy alta, pero frondosa. No eran árboles sino arbustillos pequeños, los que poblaban las inmediaciones de aquella casona que se asemejaba a una pequeña iglesia. Estaba recogida por la propia montaña, que abría un par de laderas a su alrededor, albergándola de la intemperie y de los curiosos que pasaran por aquellas tierras.

Al entrar, el calor del fuego que había encendido en su interior rústico y de madera, me hizo sentir reconfortada. Creo que todos nosotros nos sentimos aliviados, un poco. Un rayito de esperanza comenzaba a vislumbrarse en mi corazón. Bolormaa, nos acomodó en unos grandes pufs que tenía alrededor de una mesa. Estaban forrados con pieles de animales. Eran suaves al tacto y calientes. La mujer se dispuso con nosotros. Iba a hablarnos, y Enoch traduciría sus palabras de bienvenida.

Aquella casa en medio de ninguna parte mostraba las características de su dueña. Sintonizaba con ella, con su piel, con los colores terrosos y anaranjados de su ropa. Aquella casa estaba hecha a imagen y semejanza de la mujer que la habitaba. La madera, aunque vieja, estaba cuidada y el ambiente olía a bosque tras la lluvia redentora. Los miedos desaparecieron de mi mente. La cara de Xián dejó de estar fijada sobre aquel ordenador de tecnología anfibológica que detectaba mi estado de conexión con Shemihaza. Los tres mirábamos nuestro alrededor, pues la ornamentación del lugar, aunque austera, mostraba un buen gusto estético, simple y elegante a la par que tradicional. El suelo de madera estaba cubierto por gruesas alfombras que abrigaban el entorno como si de un nido mullido se tratara. Las paredes con tapices elaborados artesanalmente, cuyas temáticas rememoraban acciones cotidianas de gentes sencillas y rurales: siembra de la tierra, mujeres y hombres que junto a sus caballos se muestran bailando, cantando y comiendo en comunidad... Y el tapiz más grande de todos, mostraba una representación mitológica de Adán y Eva en el paraíso. Éste, presidía el salón del acogedor hogar de Bolormaa.

Mientras nosotros escudriñábamos distraídos su casa, ella nos ofrecía tazas de finísima porcelana china, con una bebida caliente, parecida al té rojo. Acto seguido se sentó junto a Enoch alrededor de la mesa. La comodidad de aquel lugar y la sensación de relajación, me produjeron un poco de amnesia. No pensaba en Sariel ni en el mundo que se destruía allí afuera. Me invadió el deseo de permanecer en este lugar y olvidarme de la Misión que tenía encomendada en esta vida. “Qué lugar tan maravilloso para olvidar”, pensé.

Bolormaa me miró con una sonrisa y ojos comprensivos. Comenzó a hablar en su bello idioma, y Enoch nos iba traduciendo lo que decía:

—Este alto en el camino, era necesario. Adentrarse en las entrañas del Dragón es una tarea muy arriesgada si no se tienen las herramientas adecuadas para hacerle frente —y me miraba fijamente a los ojos, aunque con una mirada comprensiva, como si adivinara mi abatimiento—. El viejo mundo que todos conocéis está llegando a su fin. Si vencéis, los hombres podréis vivir en paz. Si no, Shemihaza reinará hasta el fin de los tiempos, y el mundo será un lugar inhóspito para los hijos y las hijas de los hombres. —Hablaba despacio y media cada una de sus palabras.

Tomó en su mano El Libro de Enoch, y lo abrió por la última página de nuevo. Ya no se veía a Sariel cayendo en el abismo, ahora se podía observar a miles de personas muriendo en diversas circunstancias, asesinadas por las mercancías, pero lo relevante era que de cada uno de esos objetos, supuestamente inertes, surgía una forma espiritual y diabólica que manejaba los “bienes de consumo” para agredir hasta la muerte a sus compradores. El Libro circuló por la mesa y todos, incluido Marcos, pudimos ver aquellas terroríficas imágenes. A pesar de ello, yo me seguía sintiendo en paz. ¿Sería el ambiente o la bebida de Bolormaa?

Entonces ella siguió hablando:

—Shemihaza ya no es un ángel caído, es una “sociedad completa”, ha despertado a sus hijos y ha liberado a los demás Vigilantes Traidores de las cadenas que los ataban bajo el desierto. Todos ellos se han esparcido como el polen a través de un vector, las mercancías que producen los hombres con su trabajo, pero que les son arrebatadas de inmediato, vampirizando así su vida en esta terrible sociedad demoníaca. Y él reina en este mundo. El mundo de los muertos, donde se entierra a los muertos. Así, las fábricas, se convierten en los cementerios de los hombres, son los panteones, donde los hombres van a morir cada día. Él domina, desde el “pecado original”. Y domina justamente, porque le habéis dejado reinar, desde el principio de los tiempos. Vosotros estáis aquí para restablecer el orden de Cristo, que no es otra cosa más que la comunidad de los hombres. De los hombres como hermanos piadosos, generosos. Este debe ser el último Sacrificio...

—Es cierto, y hablas con sabiduría Madre de Cristal —añadió Marcos—, que es nuestra misión enfrentarnos a él. Pero ni siquiera yo, que vigilo el mundo de los hombres desde hace milenios, tengo el poder para enfrentarme a Shemihaza y su legión de Nefilims.

—Lo sé. Y no hay armas contra él. Solamente los hombres pueden negarle la capacidad de hacer el mal en este mundo. No pueden permitir tanto sacrificio humano. O es el final, o el principio de un nuevo mundo —le contestó la mujer algo apenada—. Sin embargo —añadió—, hay esperanza y por ello, a cada uno de vosotros, os daré algo valioso. Pero necesito hacerlo a solas, pues debo haceros llegar un mensaje especial y particular. Tú Marcos, ya eres poderoso. Tu espada de luz, abrirá caminos y enviará de nuevo al infierno de las profundidades a muchos Nefilim. Pero aun así no eres quien puede destruirle definitivamente, y lo sabes.

—Cierto. No es esa mi misión. Debo hacer llegar a esta mujer a su destino. Sana y salva, esa es mi misión. Pero ya veis, ¡me está costando lo mío! —dijo en su siempre tono jocoso, Marcos.

— ¿Y Sariel? —pregunté tímidamente, como si fuera una incorrección por mi parte recordarle.

Bolormaa me miró intensamente a los ojos. Su sonrisa me calmó de inmediato. Y sus palabras aún más:

—Querida mujer. Él ha cumplido su parte. Cuando la hora llegue, sabrás de nuevo de él. Ahora necesito hablar a solas contigo. Después hablaré con Xián. Sígueme hasta esa habitación.

Y se levantó, ofreciéndome su mano morena y robusta, en señal de acogimiento. Al fondo, frente al lugar donde nos encontrábamos sentados, había una puerta cerrada de madera labrada artesanalmente. Algún hábil ebanista había inscrito en ella gran cantidad de figuras. En la parte superior se veía el cielo, repleto de estrellas. Más abajo, un hermoso jardín repleto de plantas y animales de todo tipo, y debajo de esto nada... no había más que una puerta de madera lijada, sin figuras ornamentales en ella. Parecía que la obra había quedado sin terminar.

Yo la seguía con el corazón menos encogido, pues de sus palabras quise entrever que la vida de Alfonso no corría peligro alguno. Bolormaa abrió la puerta dándole un leve empujón, no había cerradura, simplemente estaba encajada en su marco de manera perfecta, milimétrica. Entramos. La puerta se cerró tras nosotras dos, sin hacer ningún ruido. Me volví para mirarla, pues me llamó la atención esa falta de sonoridad. Mi sorpresa fue que allí no se veía ninguna puerta. ¡Cielo azul sustituía aquella pared, donde hasta ahora yo creía haber visto una puerta!

Volví mi cuerpo hacia aquella mujer, que andaba unos pasos por delante. Y me quedé boquiabierta ante aquel espectáculo. Justo enfrente había un inmenso lago de aguas cristalinas. Al fondo, una cascada caía suavemente sobre él. Del lago salían nacimientos de ríos. Y en un recodo, sobre unas piedras, desde una fuente rústica, caía un pequeño chorrillo de agua, procedente de aquel manantial.

Alrededor había una especie de bosque frondoso pero extraño, ancestral diría yo. Los vegetales parecían sacados de otras épocas, eran bosques antiguos, de cuando la Tierra era virgen y acababa de acoger al reino vegetal en sus entrañas. Al otro lado, una cueva. De ella emanaba una luz pálida, tenue, casi imperceptible. La Madre de Cristal se adentró en ella sin decir ni una palabra. Me animó a seguirla. Yo hice caso.

Dentro había gran cantidad de objetos antiguos, distribuidos armoniosamente por las paredes de la cueva, que tenía, labradas en la piedra de sus paredes, una especie de estanterías. La mujer cogió un pequeño jarroncito, del tamaño de una mano. Parecía cristal de bohemia. Dorado, con unas flores blancas y rosas, con hojillas verdes muy delicadas resaltando su parte central. Había miles de objetos que no se podían apreciar a primera vista, pero que iban apareciendo ante mis ojos conforme me iba adaptando a la impalpable luz del lugar.

Bolormaa, con el abalorio en sus manos, salió de la cueva. Yo la seguía, pero eché un vistazo a aquel hermoso santuario que parecía repleto de joyas. Se acercó a la fuentecilla por la que salía el agua del manantial. Llenó la jarrita y la cerró con su pequeño tapón de cristal azul. Entonces me dijo:

—Aquí está tu arma contra Shemihaza. Deberás hacerle beber de esta agua sagrada. Solo entonces acabará su reinado en la Tierra.

— ¿Cómo hacerle beber, si es tan inteligente y yo solo una pobre mujer?

—Pues una mujer debe ser la que lo consiga. Sabes que sedujo a muchas mujeres, entró en su cuerpo, mancilló la unión sagrada de hombres y mujeres, alteró el orden del cosmos cohabitando con ellas y enseñándoles todo tipo de malas artes como la brujería, la hechicería... Esas mujeres tuvieron hijos del pecado. Los Gigantes o Nefilim. Bien, pues solo una mujer puede acabar con esto. Así está escrito. El cómo puedes hacerle beber, es cosa tuya. Libertad de acción.

—Bien —le dije aterrorizada, sabiendo que iba a morir.

—No tengas miedo. Y no malgastes el agua sagrada. Cuando consigas que él beba, debes dejar un poco para ti misma. Debes beber unas gotas.

— ¿Por qué? —pensé que era un suicidio.

—Debes confiar en mi palabra. No puedo decirte más. Ahora debo hablar con Xián.

Dejamos poco a poco aquel lugar, alejándonos del lago, del manantial y de la fuente. En el horizonte comenzaba a vislumbrarse una pared de madera, y en ella la puerta mágica. Madre de Cristal, abrió de nuevo aquel paso a nuestro mundo. Allí estaban sentados y callados, tomando su té, el resto de amigos. Bolormaa le hizo un gesto a Xián para que entrara con ella. Yo, con mi jarrito repleto de agua, me senté junto a Enoch. Necesitaba que me diera algunas explicaciones. Mientras, Xián se adentraba en la habitación mágica con aquella peculiar anfitriona que nos guarecía de los peligros, y nos armaba para la lucha.

X

Lo que Bolormaa hablara con Xián, no lo pude saber en aquel momento. Me dispuse a entablar la conversación más importante para mí hasta ahora. Tenía que pedirle explicaciones a Enoch. Si iba a morir, tendría que saber que esto merecía realmente la pena. Podría salir corriendo, alejarme de todo aquello, derramar el agua, coger aquel carro e intentar llegar al pueblecito más cercano. Una vez allí, podría ponerme en manos de las autoridades y que me repatriaran a España. Fin del trayecto. Fin de la historia. Vería a Jorge y, solo con mirarle a los ojos, sabría que no era ningún traidor. Volvería con él al periódico. Y que fuera lo que Dios quisiera.

Enoch me miraba mientras me sentaba a su lado, cavilando estos pensamientos, con mi jarroncillo de aguas misteriosas entre mis manos.

—Lorena —me dijo con voz autoritaria—, siéntate y déjalo estar.

—¿Qué? —le contesté un tanto turbada.

— ¡Enséñame! ¿Qué te ha entregado Bolormaa?

—Esto —y puse el jarroncito sobre la mesa.

Ambos, Marcos y Enoch, lo miraron, y después se echaron una mirada de complicidad entre ellos. Marcos me dijo:

—Bien, ya queda poco para que todo esto acabe.

—El final de los días ha llegado. Mira ahora el libro —y me acercó su libro negro.

Al abrirlo encontré que estaba lleno de nombres. Nombres de personas. Entonces le pregunté:

— ¿Quiénes son estas personas?

—Esta fue una de mis más duras tareas. Son los nombres de los pecadores. De todo lugar y de todo tiempo. Cuando todo esto pase... Si vencemos... Deberé borrar uno por uno sus nombres. Y así su semilla será destruida para siempre. Arderán bajo el desierto, por siempre jamás.

— ¿Tantos hay? Pero habrá quién se arrepienta —le contesté mirando tantos y tantos nombres como habían escritos en sus finísimas páginas.

—Sí. Pero esos deberán esperar al Juicio Final. Esto es solamente el prelude. Ni yo, ni tú, ni los mismísimos ángeles del cielo, podemos juzgar a los demás.

— ¿Y el agua de este recipiente? No sé cómo utilizarla.

—Eso lo sabrás en el momento oportuno. Nadie sabe el final de la historia. Solo lo sabremos si lo hacemos.

En ese momento salió Xián junto con Madre de Cristal. A él se le veía extasiado por la reciente experiencia. Ella nos dijo que su misión estaba cumplida.

—Esta noche dormiréis aquí. De madrugada partiréis a vuestro destino. Ahora os prepararé una cena reparadora y podremos hablar de lo que deseáis.

Enoch se levantó con ella, parecía que tenían cosas de las que ponerse al día. Entonces Xián me habló.

—Mira lo que me ha dado —me dijo en voz baja sentándose conmigo.

Llevaba un pequeño saquito, dentro unas gafas oscuras y dos artefactos en forma de linterna.

—Cuando he entrado —prosiguió—, había una gran habitación llena de superordenadores de alta tecnología. Algo nunca visto por mí hasta la fecha. En una pantalla con una definición extraordinaria, se podían observar, en directo, los lugares donde están fabricando los Nefilim todas esas mercancías satánicas. Las coordenadas, las imágenes geográficas y el interior de sus fábricas. Todo. Luego me ha hablado. Me ha dicho que yo debo ser tu guía. Con estas gafas veré dónde está Shemihaza, sus secuaces y sus hijos. Estas dos linternas me guiarán en las oscuridades de esas fábricas, debemos eliminarle a él. Todos los demás caerán cuando él sea aniquilado. El juramento que hicieron les obliga a retirarse, junto a su jefe, de nuevo a los infiernos. Nunca antes había visto una tecnología así.

Mientras me explicaba todo esto, el ingenioso físico cuántico, miraba y remiraba esos objetos. Al momento añadió:

—Quiero acabar con esto de una vez.

—Sí. Es el momento. ¿Sabes cómo iremos hasta China?

—No. Nadie me ha dicho nada.

Marcos nos escuchaba, pero no nos decía nada.

—Marcos —le dije—. ¿Tú sabes cómo iremos hasta nuestro destino?

—Según Enoch, mañana vienen a recogernos.

— ¿Quiénes? —le dije con preocupación.

—Los servicios secretos Chinos. Ellos nos llevarán hasta la principal zona industrial de su país. Es ahí donde se detecta la guarida de Shemihaza. ¿No, Xián?

—Sí. Así es. ¿Cómo os habéis puesto en contacto con ellos? —le preguntó Xián, sonriente. Parecía deseoso de ver a sus compatriotas.

—Ha sido Bolormaa. Ella les contó que estábamos aquí. Ella lo ha organizado todo —contestó Marcos.

Nosotros no llevábamos móviles desde que supimos con certeza que sus señales hacían posible nuestra localización. Dejamos todos los móviles en el aeropuerto, antes de coger el tren Transiberiano.

Cenando los cinco alrededor de aquella mesa comida casera deliciosa y caliente, estuvimos charlando sobre la vida ajetreadamente larga de mi tatatatatarabuelo Enoch. Nos contó muchísimas cosas ocurridas en la historia reciente, y también de épocas antiguas. Nadie quería hablar más de la misión. Simplemente nos enfrentaríamos al destino y nada más.

Marcos estaba algo cabizbajo, era el más serio. Él conocía la verdadera fuerza de su hermano Shemihaza, pues era de su misma especie. Además, se notaba que la ausencia de Sariel pesaba en su corazón.

Nos acostamos pronto, y todos pudimos dormir. No recuerdo nada más que una voz que, en aquella noche, me acompañó hablándome de bellos lugares y de momentos de felicidad de una vida, que yo no recordaba haber vivido, junto a Alfonso. La sensación que produjo en mí aquella voz, me hizo feliz.

A la mañana siguiente, no había amanecido todavía cuando escuchamos el sonido de un helicóptero. Éste aterrizó cerca de la casa de Bolormaa en una altiplanicie situada a unos cien metros de la casa. Nos preparamos. No había equipaje que hacer. Cada uno, nuestras armas.

Madre de Cristal, salió con nosotros. Enoch también. Saludaron a los militares que salieron de aquel helicóptero de guerra. El comandante habló en chino, nos saludó a cada uno de nosotros, y nos invitó a subir. El helicóptero despegó. Enoch no subió. Me quedé sorprendida por esto. Y le pregunté:

— ¿Cómo es que no vienes conmigo? —me sentí abandonada.

—Mi misión ha terminado Lorena. Comienza la tuya. Recuerda a Noé. Sé implacable en su cumplimiento. Pero no dejes de ser piadosa con los demás. ¡Ve!

Y me dio unos suaves empujoncitos hacia el helicóptero que ya movía sus aspas velozmente. Marcos y Xián, se habían despedido de él con un abrazo. Yo no pude, me había quedado paralizada ante aquella decisión. Desconocía que el final del viaje de Enoch fuera este. Mientras nos elevábamos, se observaban las dos figuras de aquellos ilustres personajes a los que nunca me hubiera imaginado conocer, y de los que nunca más sabría nada. Una nube tapó la visión. Aquel lugar desapareció de nuestra vista. Por fin, poníamos rumbo a la gran China.

Subir a un helicóptero no se parece, en nada, a ir en avión. El fuerte sonido del rotor que gira vertiginosamente. La forma de despegar, en vertical. El subsiguiente dolor de estómago que se te implanta, por falta de costumbre. La espectacular visión panorámica te produce la impresión de estar flotando en el aire. Yo miraba todo el tiempo hacia abajo, al despegar, pues no sabía si me acababa de despedir de gentes reales o había estado en un mundo fantástico, creado por mi mente alucinada.

Aquellos militares Chinos hablaban con Xián sobre el lugar exacto donde debían dejarnos. Sin vuelta atrás para ninguno de nosotros. El ordenador anficológico de Xián señalaba una zona determinada de Chin como la guarida principal del Dragón Shemihaza. Hacia allí nos dirigíamos. Inexorablemente.

Yo sacaba de mi mochila el frasco. Lo miraba por arriba y por abajo. Sus elaborados dibujos florales, su color dorado y azulado en el fino cristal. Su pequeño taponcito. No podía hablar con Marcos. El sonido de aquellas aspas girando como enloquecidas, me impedían siquiera abrir la boca.

El helicóptero es un medio de transporte rápido, y aquellos helicópteros militares, además, pueden recorrer grandes distancias sin repostar. Yo no quería llegar. No quería llegar a ese destino inefable. Mis ensoñaciones me hacían recordar tiempos pasados. Mi infancia. Mis padres. Mis amigos de colegio, instituto y universidad. Lo había dejado todo por una corazonada. No sabía nada de mi familia. Solamente llamé a mis padres para avisarles de que salía de León por trabajo. Seguramente ahora podrían estar muertos. Como hija única, nunca me faltó de nada. Siempre quise ser independiente, y en cuanto terminé mi carrera universitaria y tuve un pequeño trabajo de camarera, antes de entrar en el Diario de León, me fui de casa. Mis padres lo comprendían. Siempre me apoyaron en todo. No fui mala hija.

Estas cavilaciones y otras muchas, se paseaban por mi mente mientras el sonido me aturdiría hasta producirme dolor de cabeza. Estábamos llegando. El lugar era Chongqing. Desde lo alto se podía apreciar una grandiosa ciudad. Poderosos edificios parecían nacer como hongos desde las entrañas de la tierra. Nadie hubiera dicho que allí mismo, entre aquellas gentes, bajo su moderna ciudad, pudiera estar instalada toda una legión de arcaicos y satánicos seres. Sin embargo, la ciudad estaba rodeada por el ejército chino.

Ya no había guerra encubierta, al menos allí.

Batallones enteros, aviones de guerra que recorrían sus cielos con el afán de aniquilar a aquellos seres que habían ocupado cada una de las fábricas y centros tecnológicos neurálgicos de la gran ciudad. Xián hablaba sin parar con uno de los militares de mayor rango. Uniforme impecable, cara recia y gesto preocupado, ese hombre tenía una pesadumbre en su corazón tan grande como la nuestra. La lucha era constante.

Los Nefilim, en su forma de gárgolas de piedra, bajaban desde una nube negra que cubría el cielo como un mar de óleo, mientras los aviones de caza los perseguían sin dejar de ametrallarlos. Otros helicópteros de combate, como el que nos transportaba, ejecutaban rápidos vuelos rasantes para bombardear con intensivas oleadas de cohetes complejos industriales enteros, con sus probables esclavos humanos como víctimas colaterales, y recorrían las calles entre los edificios persiguiendo a más demonios, que no tardaban en emboscarlos y hacerlos caer derribados al engancharse con sus garras al fuselaje, aprovechando el peso de su infinito número. Pese a la altura, se oía a la gente gritar como a coro desde aquella debacle de cemento, metal, cristal y fuego. El ejército chino intentaba extirpar aquel cáncer que no entendían, sin importarles arrasar con toda su ciudadanía con tal de que no se propagara al resto del mundo; habían convertido la ciudad en un auténtico infierno donde decenas de miles de personas morían en llamas o aplastadas por los escombros de aquella descomunal y caótica batalla.

Xián nos habló, a Marcos y a mí, con gesto terriblemente preocupado:

—Me cuentan que todos los centros industriales de China están intervenidos por unas fuerzas sobrenaturales, desde hace al menos un mes. Inicialmente se ocultó al resto del mundo. No querían que estos extraños acontecimientos frenaran la prodigiosa producción y exportación china. Ahora que todo se ha hundido, ya nada les importa más que derrotar a estos seres extraños. Tienen a millones de personas encerradas en cada una de las fábricas del país. Trabajan incansablemente, noche y día, hasta que caen muertos. Después los arrastran afuera y los apilan en montones. Los incineran y sustituyen por otro trabajador. Dentro de cada mercancía, introducen una especie de chip que se activa cuando el comprador pone en funcionamiento su producto recientemente adquirido. Lo que hacen ya lo sabemos. Asesinar a la gente. Ahora el comercio se ha paralizado. Las bolsas han cerrado. El capitalismo ha sido destruido, y con él millones de seres humanos. China ya no quiere recuperar su supremacía productiva. China necesita acabar con esto. Necesitan terminar con esta monstruosidad, y están a nuestra entera disposición.

— ¿Cómo no se dieron cuenta antes? ¡Ha tenido que ocurrir esta catástrofe para que reaccionáramos! —le dije frustrada.

—Si, Así es. La ganancia es la culpable. El afán infinito de ganancia. Nadie es culpable y nadie es inocente. Cada uno es culpable, cada uno es inocente. Este absurdo sistema de producción funciona con independencia de la voluntad humana. No hay unos señores oscuros que rijan el sistema, porque Shemihaza ya no necesita hombres. Los hombres hemos sido transformados en piezas de un engranaje que funciona por sí mismo. Ahora debemos eliminar a Shemihaza. Su victoria en el mundo será su derrota. Esta ciudad fue la primera zona del mundo que fue infestada. Aquí está su guarida, ¿ves?

Y enseñándonos el ordenador, se podía observar un punto rojo, más luminoso que el del resto de zonas. Esto suponía que aquí estaba su guarida, el lugar desde donde se había extendido al resto del país. Y después, al resto del mundo.

—Bien —le contesté—, entonces que nos dejen a las afueras de esta fábrica de aquí —dije señalando el lugar indicado—. Si intentan acercarnos hasta ella, los Nefilim podrían derribarnos con facilidad. Debemos realizar el último trayecto a pie.

—Estoy totalmente de acuerdo —agregó Marcos.

—Bien —dijo Xián—, pues que así sea.

Y girándose hacia el militar, le explicó nuestra intención. El hombre nos miraba un poco escéptico. Creía que debía protegernos. Esas eran las órdenes que había recibido, y le costaba creer que tres enclenques sin armas pudieran con una legión de demonios, cuando ni su poderoso ejército podía contra ellos. Xián le dijo que no eran armas convencionales lo que neutralizaría a los demonios. Era la fe y la libertad de los hombres las únicas herramientas útiles. Aquel hombre no entendía nada, pero accedió. Y el helicóptero nos bajó a las afueras de la industria que realizaba la producción para un magnate norteamericano, multimillonario, de alta tecnología informática.

El lugar estaba rodeado de vallas metálicas, muy a las afueras del centro de producción. Unos kilómetros más allá, había otra industria, pero de productos químicos. Y así cientos de ellas, cada una especializada en un tipo de producción en cadena distinto. Había cámaras de seguridad. Xián se puso las gafas que Bolormaa le había regalado y encendió las dos linternas. Enfocó con una de ellas a las cámaras. Éstas se desconectaron. La luz de las linternas producía efectos neutralizadores en el objeto o ser sobre el que fueran enfocadas. Me quedé boquiabierto. Entonces Marcos se transformó en ángel, nos agarró fuertemente de las cinturas a ambos y traspasó en un pequeño vuelo las vallas de seguridad de la gran empresa tecnológica de teléfonos, tablets y ordenadores de alta tecnología.

Xián veía debajo de la fábrica, con aquellas gafas, la guarida. Debajo del núcleo central habían construido un profundo pozo. De él salían miríadas de Nefilim hacia el exterior. En el fondo, el Gran Dragón organizaba su sinfonía destructiva. Cuantos más hombres morían arriba, más almas tenía a su disposición para enviarlas a torturar a los hombres vivos.

Llegamos a las blancas paredes de hormigón de la fábrica. Eran imponentes edificios, difícilmente expugnables desde el exterior. Dentro, grandísimas naves, repletas de trabajadores uniformados, cada uno en su puesto de trabajo. Algunos de ellos, yacían muertos sobre las herramientas o las hileras infinitas de mesas de trabajo. La luz era artificial. Lámparas encendidas, eternamente.

Los tres nos miramos. Era la hora. Marcos se acercó a la puerta principal. Los demonios debían verle. Él era el señuelo. Las puertas se abrieron y Marcos entró. Xián veía lo que ocurría a través de las paredes, gracias a aquellas gafas. Una gran cantidad de Nefilim, comenzaron su ataque. Marcos con su espada luminosa, los hacía pedazos. ¡Era el momento!

Marcos, como un gran gólem brillante de enhiestas alas oscuras, se batió en retirada más allá de la puerta, y una vez al aire libre, salió despedido hacia el negro cielo, haciendo que los Nefilim de negra roca le siguieran en un movimiento fluido y coordinado, como una bandada. No podía dejar de mirar la increíble batalla, maravillada de tanto poder inimaginable. Las pesadas gárgolas le alcanzaban y rodeaban, anticipándose a su vuelo, y él las deshacía a decenas en cada golpe de su arma de llamas. Las criaturas estallaban como por efecto de explosiones internas que se propagaban de unas a otras, como si los ataques de Marcos fueran de una cualidad contagiosa al mero contacto. Era como ver un espectáculo orquestado de fuegos artificiales. Contra el fondo negro del mar de nubes del cielo, las explosiones se sucedían sin cesar, y se extendían del mismo modo que lo haría un intenso bombardeo de Napalm sobre la Tierra. Xián me sacó de mi estupor tirando de mi brazo para llevarme a un lado del edificio.

Ahora, por una puerta trasera de emergencia, nosotros iríamos directamente a la guarida de Shemihaza. Xián, con la linterna, abría puertas las puertas, desactivando sus cierres electrónicos. Las tinieblas reinaban en esta parte de la nave industrial. Estaba tan oscuro que me tropezaba con todo tipo de objetos amontonados por el suelo. Me dio la impresión de pisar algún que otro cuerpo humano, pero Xian iba delante de mí, guiándome con la visión que todo parecía traspasarle de sus extrañas gafas, y evitaba iluminar el suelo, como si ni él mismo quisiera ver lo que estaba pisoteando. Ocasionalmente, nos escondíamos de los Nefilim que pasaban en grupos hacia la puerta central, atraídos por la gran lucha que Marcos había iniciado y cuyos ecos nos llegaban desde el exterior. Alguno que otro llegó a fijar su atención en nosotros, pero Xián, apuntándoles con las linternas de la Madre de Cristal, los hacía ponerse al rojo vivo en sus pieles de roca, hasta el punto de que, el que no huía despavorido por el dolor, acababa despanzurrándose ante nosotros como si un pozo de lava estallara desde su pétreo interior. Olían a verdadera mierda, cuando pasaba eso.

Según Xián, el dragón daba órdenes desde su guarida. Estaba enfadado, tanto, que no se imaginaba que dos vulgares humanos pudieran estar a punto de acabar con él, en su propio refugio. Tardamos unos diez minutos en llegar al borde del pozo. Había silencio. Todos sus demonios habían sido lanzados contra Marcos, y no sabía si él podría aguantar mucho más. Recordaba la lucha de Sariel antes de ser engullido por la tierra abierta, y aquella también parecía una batalla sin final, en la que cada gárgola aniquilada parecía sustituida por una nueva como por arte de magia. No sabía si Marcos era capaz de sentir cansancio, pero si no seguíamos adelante acabaría antes o después siendo derrotado por los millares de demonios. Por otro lado, los hombres y mujeres con los que nos habíamos cruzado en algún momento al atravesar las cadenas de montaje, estaban como abducidos, no se levantaban de sus puestos de trabajo pese a la presencia de los Nefilim que pasaban entre ellos hacia el exterior, ansiosos de batalla, e ignorando los terribles golpes y violentas explosiones que hacían vibrar de los cimientos al techo todas las instalaciones.

Xián miró hacia abajo. Y me dijo:

—Es tu hora. Baja por esta pequeña senda de escalones mal labrados en la pared de este pozo. Debes convencer a Shemihaza. Debe beber.

Asentí con la cabeza, comprobé con un gesto de ambas manos las correas de la pequeña mochila donde llevaba protegido el frasquito de agua de Bolormaa, y comencé a bajar sin mirar atrás.

XI

Xián se fue a luchar con Marcos. Me dijo que le ayudaría con el poder de sus linternas, que ambos me protegerían haciéndose fuertes en una zona a la entrada de la fábrica, atrayéndolos en una constante lucha hasta que todo terminara. Los gritos desgarradores de los demonios asustaban tanto a los trabajadores que éstos no se veían capaces de moverse. A lo lejos, escuché un grito. La voz de Xián arengaba a aquellos hombres y mujeres.

— ¡Levantad! No sigáis parados. Ayudadnos. ¡No podéis acabar con ellos, pero podéis desobedecer! ¡Levantad, os digo!

Y mientras bajaba sigilosamente aquellas escaleras al infierno, escuché los gritos de los hombres alzándose en rebelión contra sus carceleros.

El miedo había desaparecido en la ecuación de mi mente. Ahora estaba calculando cada uno de los pasos que daba hacia mi enfrentamiento inevitable con el mal de este mundo. Me inquietó que no hiciera calor. Más al contrario, el frío seco era patente a cada paso. Tuve que lidiar con resbalones que me desequilibraron y me hicieron caer de culo sobre los mismos escalones. Un olor fétido y a muerte, aumentaba conforme ganaba en profundidad. En mis pensamientos solo Sariel. En mi corazón la fe en mis compañeros de allí arriba. Ellos se estaban jugando la vida por esta misión, por mí. En mi retina aquellos millares de individuos humanos en perpetuo e incesante trabajo en cadena. En mis oídos, los gritos de Xián intentando despertarles y el subsiguiente griterío de estos hombres y mujeres, rompiendo su silencio cómplice.

Sola.

Aquel descenso parecía no tener fin. De pronto, sin esperarlo, una voz me habló en susurros a la altura de mi hombro derecho, junto al muro del pozo.

— ¡Una puta! ¡Eres una puta, mujer!

— ¡¿Qué?! —casi grito espantada, y por poco no me caigo hacia el centro del pozo, de la impresión. Bajé dos o tres escalones más, a toda prisa, mirando hacia arriba, creyendo estar dejando atrás al dueño de la voz. Palpé el frío muro, buscando equilibrio. Algo carnoso se sacudió entre algunos de mis dedos, y acabó por pellizcarme— ¡Ayyy! ¡Joder! ¡¿Pero qué es esto...?!

— ¡Guarra! ¡Todas las mujeres sois unas zorras! —dijo la misma voz, esta vez desde donde acababa de hacerme daño. Y de repente, un poco más arriba, como delante de mí, en el muro— ¡Las preñadoras de los hombres! ¡Putas! ¡Os da igual ocho que ochenta! Hombres, ángeles, demonios, sois las perras de todos.

La misma voz hablaba desde el muro, desde varias bocas que ahora distinguía que se sacudían a lo largo de todo ello. La voz se solapaba desde unas bocas a otras sin dejar de soltar insultos y reproches absurdos. Otras bocas sólo parecían lanzar mordiscos, castañeteando los dientes con rabia. Seguí descendiendo los escalones, mucho más despacio ahora, limpiándome la sangre de mis dedos, mordisqueados antes, a la ropa, y evitando en todo momento volver a apoyarme en ese imposible muro de bocas amenazantes.

Hablaban todas a la vez. La voz múltiple estaba llena de lascivia y rencor. Sus palabras eran irracionales pero había tanto sentimiento en su discurso enajenado que me estaba afectando. De pronto sentía una tristeza terrible, y una culpabilidad que no sabía de dónde salía. No era capaz de entender otra cosa que apenas palabras sueltas de entre el coro disonante, mientras el castañeteo de dientes parecía irse haciendo más y más fuerte y numeroso. Cada vez más de esas bocas mordisqueaban el aire como esperando con ansia que me decidiera a buscar apoyo en el muro, y la voz múltiple del eterno reproche iba quedando cada vez más solitaria, para acabar perdiéndose poco a poco entre el rítmico repiquetear de dientes contra dientes. La tristeza y pesadumbre habían calado en mí, y a lo largo de aquel descenso que se me hacía eterno, sin ver el fondo, sin saber cuánto llevaba caminado, y con el esfuerzo constante de mantener el equilibrio en aquellos estrechos, irregulares y resbaladizos escalones de piedra, la desesperación que representaba el pozo parecía ir taladrándome al ritmo frenético de aquellos millares de bocas ansiosas. Ya me dolía la cabeza un horror por el pesado ruido constante cuando del muro empezaron a salir despedidas lo que al principio tomé por pequeñas piedritas.

Primero salieron despedidas una o dos, y ni siquiera le di mayor importancia, concentrada como estaba en seguir caminando. Pero al poco las proyecciones eran ya constantes y cada vez más violentas, y miré al muro para descubrir con horror que las bocas estaban mordiendo al aire con tanta fuerza que se estaban partiendo los dientes, o arrancándose los de cuajo con encías y todo. De muchas de las bocas se derramaba sangre oscura que fluía de las encías heridas, y al momento de descubrir que las proyecciones eran diminutos trozos de sus dientes, las bocas, como ofendidas, empezaron a escupírmelos con fuerza, incluso algunos dientes completos, con sus puntiagudas raíces. Sangre y dientes empezaron a derramarse como una auténtica ducha contra mí desde el maldito muro de bocas. ¡Me moría del asco! Sentía toda la cara empapada de la sangre sucia de sus encías, y cómo recorría los orificios de mi nariz y se derramaba sobre mi boca abierta, con la que respiraba con agitación. Sentía en la garganta el aroma metálico de toda la sangre, mientras los escupitajos me herían con la metralla dental en las manos y la cara.

Toda aquella humedad viscosa ya me empapaba casi por completo la ropa, y cuando ya apenas podía ver dónde pisaba y empezaba a perder pie ante lo resbaladizo de toda aquella sangre, fue que llegué al fondo. Las bocas dejaron de castañetear y escupir, y, al mirar hacia el muro junto a la escalera, simplemente no estaban allí, como si las hubiera imaginado... aunque yo seguía empapada en sangre y dolorida.

Aquel pozo estaba en penumbras. Mis ojos se habían habituado poco a poco a la falta de luz, de modo que algo veía. El suelo lo notaba como alfombrado de objetos que impedían pisarlo directamente. Los pies se hundían al dar cada uno de los pasos... Pero el ruido que se comenzaba a escuchar bajo mis pies, hizo que me detuviera de manera inmediata. Parecían bufidos o gruñidos. Aquello se movía bajo mis suelas, estaba segura, y sacudiendo los brazos a la altura de mis rodillas, seguí avanzando, esperando poder despejar aquella especie de bruma de cuatro palmos sobre el suelo.

¡Me llevé un susto de muerte! Apenas fui capaz de contenerme, y solté un grito ahogado. Una cara indudablemente humana se retorció desde ese suelo, como encajada a lo largo de una estirajada lona de carne. De pronto la baja bruma se retiró hacia la oscuridad de alrededor, como si un gran pulmón la hubiera inspirado. No debí empeñarme en ver lo que ocultaba.

Me horroricé. El suelo estaba alfombrado de una masa indivisible de piel que tenía que ser humana, y de ella asomaban por todos lados los apretados y estirajados rostros de decenas y decenas de seres humanos que imagino eran todos chinos. Sus caras estaban tan apretadas y deformadas que era difícil decirlo. Me quedé estupefacta de horror y asco. Por unos momentos creí estar viendo un gentío de personas muertas que debieran estar enterradas o apiladas, en realidad, y busqué aterrada el contorno de sus cuerpos, pero nada. Sólo eran caras, unas junto a otras, asomando de una masa carnosa que parecía común a todos... Algún brazo o pierna se sacudía con absurdo frenesí entre las caras, como si la argamasa viva que formaban hubiera salido defectuosa. De pronto me di cuenta de que con un pie estaba pisando una de las caras, de ahí los fuertes gruñidos. Miré debajo y le estaba aplastando frente, nariz, y boca al pobre desgraciado o desgraciada. Todos ellos apestaban. Exhalaban un aliento rancio, y sus cabellos sudorosos tampoco ayudaban a mejorar el olor. Intenté liberar el rostro que pisaba, pero, al moverme, una extremidad bajo mi otro pie empezó a sacudirse en protesta. De nuevo salté, intentando esquivar cualquier cara o trozo de cuerpo, pero resultaba imposible. No dejaba de pisar caras, e incluso de un par de ellas sentí (e incluso llegué a escuchar) el roto de sus narices al pisárselas de lleno. Me asusté, convencida de que el Gran Dragón habría hecho eso a aquellas personas por mera diversión, y aterrorizada como nunca antes, agobiada de ver y casi sentir la impotencia y el agobio de aquellos seres que no podía dejar de pisotear, intenté retroceder. Busqué el muro del pozo, ¡quería regresar a las escaleras y salir de allí! Pero no encontraba límite. Estaba llorando, con la visión borrosa, sin ver bien dónde pisaba... Y pasó lo que tenía que pasar.

Trastabillé, ya cansada, desesperada, sin saber a dónde iba y sin referencia visual alguna que me impidiera al menos no avanzar en círculo. Me volví para no caer de cara contra las del suelo, y acabé sentada de culo. Sentí un fuerte aliento y gemido que vibraba en mi entrepierna, y, al mirar debajo, una gorda cara de asiático me miraba abriendo mucho los ojos. ¡Su boca estaba justo bajo mi sexo! De pronto, un brazo (que imagino obedecía a la voluntad de esa cara) me abrazó por el muslo izquierdo, como queriendo evitar que me moviera, mientras la maldita cara sacaba la lengua y me lamía esa parte de los pantalones. Al tiempo, una pierna, a mis espaldas, empezó a soltarme patadas cerca del cuello, como si buscara echarme, o desnucarme a golpes.

Un fuerte calor como de vergüenza e ira se encendió en el interior de mi pecho. Aún me caían lágrimas de miedo y lástima cuando desaparecieron por completo ambos sentimientos. Miré a la lasciva y repugnante cara hinchada, y sólo en ese momento, atrapada contra ella, me di cuenta de que esos seres, fueran lo que fueran, no sufrían. Más bien no querían dejarme seguir adelante. Como fuera.

— ¡Ayyy! ¡Uahh! ¡Me cago en vuestra puta madre! ¡Suelta! —acabé por gritarle a la cara, soltándole varios golpes a puño cerrado sobre la frente. Sus ojos aún se abrieron más, tanto que pensé que se le iban a salir de las cuencas. El brazo me soltó la pierna—. ¡Joder, y tú... para de una puñetera veeeee!

Gritando eso, me puse en pie intentando detener los golpes de esa pierna furiosa, y al final yo misma me volví y me lié a patadas en ella. No sé qué se había apoderado de mí, pero estaba harta de esa burla, y de la ofensa del vacuo intento de violación de la gorda cara de chino del suelo. Le solté tantas patadas a la pierna esa, que acabó por quedar totalmente inútil, temblando como nerviosa en el suelo.

Perdí mi cuidado por aquellas caras que antes me parecía que sufrían. Ahora les tenía verdadero desprecio y asco, y empecé a odiarlas, incluso. Pisaba con decisión, buscando con la mirada un nuevo careto que pisotear, fijándome esta vez en seguir una línea lo más recta posible: quería al menos volver a alcanzar el muro del foso, y quizá así, recorriéndolo, llegar a algún sitio.

No sirvió de nada. No sabía cómo de grande era aquello. Cuando había empezado a descender, la abertura era como de un par de decenas de diámetro, pero... ¿se había ido ensanchando según había ido bajando los escalones? Porque no encontraba el muro por mucho que anduviera, y eso era irracional. No tenía ánimo ni modo de calcular el tiempo o la distancia que estaba recorriendo, pero era imposible que el diámetro del foso no tuviera límite. Pensando en ello, las caras vivas del suelo desaparecieron casi sin que ni me diera cuenta, y recobré el ánimo... Porque eso significaba que estaba avanzando... ¿No?

El intenso olor a bocas rancias había ido dejando paso muy paulatinamente a otro más penetrante, pero menos denso: un leve olor acre, como a putrefacción en último estadio.

Sin dejar de caminar a buen paso, enseguida noté que estaba empezando a pisar una nueva clase de material. “¡Por Dios, ¿qué nueva clase de mierda habrá aquí ahora?”, pensé con cansancio. Me detuve y le sacudí unos leves puntapiés a aquellas cosas amarillentas... Eran como astillas grandes, ligeras... ¿Huesos? Casi caí en la cuenta con alivio. Después de las bocas que escupían y el manto de rostros, unos huesos rotos no me parecían nada que diera miedo. Reanudé el paso con decisión, partiéndolos sin cuidado bajo mi peso.

El sonido de los huesos era seco. No se propagaba. No había eco, y yo misma lo escuchaba como si estuviera al aire libre. ¿Dónde estaba? Sólo tenía el suelo de huesos ante mis pies como referencia visual, y bastante era que podía verlo... Allí abajo, fuera lo que fuera ese lugar, no había luz, pero podía distinguir mi entorno como hasta unos cinco metros. Totalmente surrealista, aquello.

De pronto, los fragmentos de huesos fueron pasando a ser huesos enteros... Por su tamaño y formas... no había duda: ¡eran humanos!

Aquel foso estaba alfombrado por millares y millares de esqueletos humanos. Tantos eran, que no podía andar sin escuchar el crujir y crepitar de aquellos fémures, húmeros, coxis y cráneos, chocando o rompiéndose bajo mis suelas. Empecé a tener problemas para avanzar, pues ya se me enganchaban los pies en el interior de cajas torácicas completas, que aparecían amontonadas cada vez en mayor número y en montones más altos...

De pronto, al pisar el pecho de algunos de los esqueletos que parecían bastante enteros (con gran parte de su osamenta aún unida por cartílagos y delgadas tiras de carne podrida), sus cráneos, como por un oportuno efecto de palanca, empezaron a erguirse hacia mí con cada paso que daba. No me detuve, pero sin otra cosa que hacer, yo los vigilaba. Primero parecían levantarse por mera casualidad, pero según avanzaba, cada vez más esqueletos se levantaban. Y no sólo eso, ¡sus calaveras se volvían a mirarme!

De pronto, con cada pisotón empezaron a alzarse también algunas de sus manos. ¿Qué estaba pasando? Me detuve, nerviosa, y me restregué la cara y los ojos, convencida de que, pese a toda la locura de cuanto había visto, ahora era cuando me estaba volviendo loca. Aquello tenía que ser mi imaginación, una absurda paranoia.

Los miré. Esqueletos por todas partes, en todas las posturas posibles, tirados y retorcidos unos sobre otros, me llegaban hasta las rodillas. Pero estaban quietos... Muertos. Reanudé la marcha.

Al levantar la pierna derecha y bajarla para dar otro paso, siete esqueletos se alzaron de pronto con sus manos por delante y se lanzaron sobre mí. Con sus falanges desnudas se enganchaban a mi ropa y mi pelo. ¡Parecía una mera casualidad, pero aquello era todo un ataque! Los huesos me arañaban la cara mientras yo me los sacudía de encima a manotazos, intentando avanzar.

— ¡Dios, qué asco! ¿Terminará esto, alguna vez?! —gruñí acabando de quitármelos de encima y dando un nuevo paso con la pierna izquierda.

Esta vez, diez o doce, qué sé yo, saltaron desde el suelo para echárseme encima. El susto y el impacto fue tal que caí de lado, derribada, enterrada en huesos. Las caras de dos esqueletos quedaron cerca de la mía, y me pareció oír que sus dentaduras descarnadas castañeteaban mientras, con los ojos cerrados, los trataba de empujar. No pesaban mucho, pero todos ellos parecían agarrarse a mi ropa e incluso a mi carne. Descubrí que algunos de los esqueletos sobre los que había caído me abrazaban de la cintura, las piernas y alrededor del pecho, como si no quisieran que me incorporara. Yo los miraba, y ninguno parecía moverse con vida propia, ¡pero me estaban atacando!

Empecé a sacudirme, intentando desembarazarme de ellos golpeándolos con los codos hacia atrás. Lo conseguía a duras penas, pero cada esqueleto que tumbaba levantaba hacia mí dos más. Empecé a moverme empujando con las manos por delante el manto de huesos, esperando así evitar levantar a otros hacia mí, pero era inútil. Al hurgar con las manos entre ellos, parecía que no hacía más que meter mis dedos entre sus dientes, y de manera curiosa, muy inoportunamente, con el ajetreo, sus dentaduras se cerraban y me los herían.

Ya tenía varias uñas rotas y los dedos sangrando para cuando decidí dejar de empujar el mar de huesos con las manos, y sólo me dedicaba a darles patadas para hacerme sitio poder dar el siguiente paso. Pero aun así, esqueletos y esqueletos alzaban sus torsos y brazos hacia mí. Los fui apartando con manotazos y empujones, y poco a poco ellos fueron arrancándose trozos enteros de la ropa, hasta el punto de que mis pantalones estaban hechos jirones y de mi jersey sólo quedaba la mitad derecha, con medio sujetador al aire. “Puñeteros esqueletos lascivos”, pensé con rabia soltándoles patadas y más patadas. Me estaba cansando. Los ataques de sus garras de hueso y cabezazos eran tan continuos y fuertes que ya tenía el cuerpo sembrado de arañazos y contusiones. Aquello era absurdo, pero estaba empezando a asustarme. Me estaba empezando a dar cuenta de lo dolorida y herida que estaba quedando, de una manera tan tonta, con aquellos ataques leves pero ininterrumpidos.

Me volví a detener, con varias manos de esqueletos enganchadas a la cintura de mis pantalones y a mis muslos. Un cráneo había acertado a quedarse con sus dientes clavados en mi rodilla derecha, con la boca totalmente abierta. Ya no podía seguir así. Si seguía caminando, el mar de esqueletos me iba a matar, estaba segura. ¿Cuánto llevaba andando? ¿Media hora? ¿Dos horas? Me examiné, mientras me retiraba con mucho cuidado, muy despacio, cada mano y trozo de hueso enganchado a mí.

En fin, estaba llena de arañazos, y toda esa ropa la habría que tirar, pero no tenía nada de gravedad. No pensaba dar ni un paso más. Miré a mi alrededor, pensando qué hacer. El mismo volumen de esqueletos por todos lados. No había ninguna pista de a dónde tenía que ir. ¿Y si aquel lugar no era más que una trampa? Comencé a dudar de que fuera allí abajo donde la misión debiera verse cumplida...

Me quedé mirando el cráneo que me mordía la rodilla. Era lo último que tenía en ese momento enganchado a mí. Lo cogí por las sienes y tiré de él despacio, alejándolo. Luego lo alcé ante mí, a la altura de mis ojos. La mandíbula entreabierta parecía hacerle sonreír como con vergüenza, con aquella mirada triste en las cuencas.

— ¿Por qué hacéis esto? Erais hombres antes, ¿no? Necesito llegar a Shemihaza... —No sabía qué hacía hablándole a aquella calavera vacía, pero ya no me quedaba otra que tomarme a risa la situación, y no quería soltar eso de “ser o no ser”—. Ya os veo, y comprendo vuestras ganas de recuperar la carne, ¡que me la queréis arrancar a tiras a mí! Pero esta no es manera... Si queréis dejar de sufrir, debéis permitirme llegar hasta Shemihaza. Ese es su nombre, el nombre del que os ha hecho esto a todos. No sois sus esclavos. Nadie lo es... Si no quiere.

Obviamente no esperaba ninguna respuesta, divagaba conmigo misma, más que nada. Pero el esqueleto cerró la mandíbula de pronto, asustándome y haciéndome soltarlo del susto. Cayó hacia atrás, y aunque me preparé para ello, cubriéndome la cara, no saltó ningún otro hacia mí. Estaba tan acostumbrada a que el menor movimiento generara una avalancha de esqueletos que incluso me parecía algo imposible, aquello. Por si acaso, lo volví a levantar cogiéndolo del brazo con una sola mano, y dejándolo caer de nuevo. ¡Nada! Ni el menor movimiento de todos los demás.

Me decidí a probar a caminar. ¡No pasaba nada! Seguía siendo difícil avanzar entre tantos esqueletos, pero comparado con lo de minutos antes, aquello era un verdadero paseo por el césped. Poco a poco, el mar de esqueletos se fue haciendo menos denso, y acabaron por ser nada más que unos cuantos huesos desperdigados por el suelo. Crujían y se astillaban al ser pisoteados, pero nada que pudiera ser peligroso para mí. ¿Me habían escuchado aquellos muertos? No sabía con certeza qué era lo que había pasado. Yo había hablado con sinceridad, pero de manera retórica. Si eso era lo que me había permitido continuar... Había sido toda una “suerte”.

No tuve demasiado tiempo de tranquilidad. No mucho después, cuando ya recuperaba las fuerzas y el ánimo ante lo mucho que mejoraba el camino, sentí como si alguien suspirara exasperado a mis espaldas.

Miré hacia atrás y vi una figura oscura moviéndose. Parecía burlarse, manteniéndose en el límite de donde alcanzaba a ver, al intentar acercarme. Se escucharon unas risitas huecas. Entonces supe que Él estaba allí. Me tranquilicé, pues lo peor para mí, hubiera sido que Shemihaza no estuviera allí, después de todo...

—Shemihaza —le dije con tranquilidad—, tus juegos no van a poder librarte de mí. Ya no te temo.

— ¿Por qué me llamas así, Lorena?

Entonces el corazón me dio un vuelco ¡Era Jorge, la voz de Jorge la que salía de entre las sombras! Su figura se hacía más visible, pues se acercaba, poco a poco, hacia donde me encontraba.

— ¿Jorge? —y un nudo en la garganta denotó que mi estado emocional estaba viniéndose abajo—, ¿qué haces aquí?—le dije con lágrimas en los ojos, pensando que había sido forzado o raptado por algún Nefilim.

—Has venido para quedarte conmigo, ¿no es así? Tú y yo, juntos. Como debe ser. Como siempre debió de ser.

Era la voz de Jorge, el cuerpo de Jorge, su cara. Sin embargo, sus ojos delataban que era un impostor. Jorge era un tipo que no solía a mirar fijamente a la cara, lo suyo siempre eran esquivas miradas, como si no quisiera nunca que se le viera lo que pensaba, o le diera reparo descubrir lo que pensaban de él los demás. Jorge siempre me había parecido un buen tipo, pero de actitud más bien pusilánime, de presencia esquiva incluso cuando pretendía hacerse notar, como en los momentos en que había intentado seducirme en el pasado...

Aquel hombre que me miraba con fijeza, en cambio, era una presencia magnética. Tampoco Jorge era un hombre especialmente atractivo, como por ejemplo sí que lo había sido a simple vista la figura humana de Alfonso, pero en ese momento, hablándome y mirándome con tal intensidad, su personalidad parecía arrolladora. O definitivamente no era él, o su servidumbre al Gran Dragón le había vuelto muy seguro de sí mismo...

Era el engaño perfecto para mis sentidos. Él era una persona que yo estimaba muchísimo, un gran compañero, pero si tuviera que resumir mis sentimientos hacia él en una sola palabra dominante, sería... lástima. Era obvio, así actuaba Shemihaza, ¿verdad? Usaba cualquier clase de sentimiento negativo de las personas. Había aprovechado mi natural lujuria hacia la figura de carne de Sariel, antes. Y ahora pretendía manipularme con mi acostumbrada condescendencia hacia mi compañero de años y años en el periódico. Si me dejaba llevar por mis sentimientos tendría que intentar salvarle, llevándomelo de allí. Quizá Shemihaza esperaba que me uniera a ellos... o pretendía que yo le permitiera acercarse lo suficiente para atacarme. Me pensé mucho la respuesta.

—No. No he venido a quedarme contigo. He venido a visitar a tu amo. Shemihaza.

—Él está aquí con nosotros. Pero no creo que te guste enfrentarte a sus poderes. Lo mejor es, o que te unas a mí, o que te marches —empezó a decir, sin dejar de mirarme fijamente a los ojos—. Escucha, Lorena. La raza de los hombres, somos como somos, nuestra naturaleza, como la de muchos otros animales, es salvaje en el fondo. El mundo que la civilización ha construido es una farsa antinatural, una involución. Shemihaza... No es ningún demonio, querida compañera. Sólo otro ser que, por casualidad, ha quedado en el lado de abajo de la moneda

— ¿Qué? —exclamé confusa. Era increíble. Estaba muy cambiado, pero hablaba como él, con sus pequeños gestos e inflexiones, pero con una seguridad terrible. Puede que sí fuera Jorge, pero no debía escucharle. Muchos estaban muriendo arriba por esa absurda guerra. Sariel, había desaparecido luchando para permitirme llegar hasta aquí. Sentí indignación ante su obvio discurso de supervillano de película de espías—. Jorge, con los millones de personas que han venido muriendo desde que empezó el ataque de ese inmenso arsenal de mercancías, ¡con las horribles batallas que están sumiendo en llamas esta y otras ciudades! ¿Cómo puedes pretender hacerme creer que Shemihaza tiene razón? ¡Las alternativas, con él, son rendirse y sufrir, o directamente morir!

— ¿Pero y qué es el mundo, Lorena? —contestó él, muy tranquilo, tras una pequeña pausa con la que se aseguró de que yo había acabado de hablar; era algo que siempre había hecho, con todo el mundo—. Si a lo largo de toda la historia de la humanidad ha habido guerras por poder, codicia y a veces incluso por que sí. Simplemente por la grandeza de la victoria...

—Todos los horrores de la historia vienen del origen del mal, de la traición de los Vigilantes a Dios...

— ¿En serio lo crees? Me estás diciendo, Lorena, que si desapareciera Shemihaza, o nunca hubiera existido, ¿simplemente no habría sufrimiento? No es que yo pueda quejarme de cómo ha sido mi vida... pero... hasta ahora, no tenía nada. No tenía el cariño ni el favor de nadie. Ignoremos el hambre y las guerras del mundo, Lorena. Concedámosle a Shemihaza la autoría de todos los desastres, por efecto de la codicia y la soberbia humanas... ¿qué hay entonces de la gente como yo?

— ¿Qué quieres decir? —volví a preguntarle, confusa.

—Tú me conoces, Lorena, mejor que nadie. Mejor que mis propios padres, lo sabes bien. Ellos ni siquiera quieren conocerme, vamos. Toda mi vida he sido bueno. He sido cariñoso, educado, considerado, amable, trabajador, quizá no talentoso, pero trabajador, ¡tú lo sabes! ¿Y de qué sirve, Lorena? Sólo busco el aprecio y cariño de aquellos que yo aprecio y quiero, y lo mejor que he podido obtener, de todo el mundo, es una bonita condescendencia. ¡Incluso de ti, la mujer que he acabado amando!

—Jorge... —me sorprendí empezando a decirle. Sabía que aquello que decía era verdad. Yo misma sentía lástima de él, porque sabía que ni siquiera tenía amigos, nadie le apreciaba de verdad, era como un florero. Para mí, a pesar de los años, no había sido más que un compañero fiel y recurrente que me apoyaba en mis redacciones e investigaciones... Mi relación con él se limitaba a utilizarle.

—Intenta negarlo, vamos. Y dime que todo eso es por efecto del mal Satánico y atávico. Sí, dilo, Lorena. Discutamos como personas civilizadas. Mírame, no estoy enfadado. ¿Pero puedes culparme? ¿Puedes echarme en cara que, cuando pasó lo que pasó, cuando Shemihaza vino a mí y me incluyó en su plan para mantener vigilada a la descendiente de Enoch, no le rechazara? Él, que me tomó en la consideración en la que nunca nadie me habría tenido, ¡jamás! Tuviste varias oportunidades de confiar en mí y contarme lo que pasaba, Lorena, ¡y no lo hiciste!

—Espera, pero entonces, la muerte de tus padres... Sabías perfectamente que habían muerto por los demonios, ¿no?

—Fue lo que le pedí a cambio, Lorena. Verás, se acerca un nuevo mundo. Queráis o no. Y hay cierta clase de personas que yo no quiero ver en él. Y tú, como descendiente de Enoch, deberías desaparecer.

—Entonces, ¿por qué hablas conmigo? ¿Por qué no me mata ya tu amo demonio?

—Porque yo te quiero, Lorena. Y tenía la esperanza de que, al verme aquí, y a pesar de haberme querido tener al margen de lo que de verdad te pasaba todo este tiempo, reflexionaras y decidieras unirme a nosotros... Unirme a mí. El mundo debe cambiar, y Shemihaza nos liberará a todos. Liberará a los hombres de sí mismos...

— ¡La gente está muriendo! ¡Millones de inocentes!

— ¿Inocentes, Lorena? —repuso él, encogiéndose de hombros— ¿Quiénes mueren, Lorena? Los trabajadores que dedicaban días enteros a fabricar mercancías para alimentar el capitalismo que devoraba el mundo. La gente que consumía las mercancías inútiles que renovaban cada pocos años, o incluso cada pocos meses, para estar a la última, al día. Lo más moderno y nuevo. La codicia y la soberbia. ¿Quiénes mueren, Lorena, sino los pecadores? ¿Dónde está Dios, mientras tanto? ¿Quién, sino el mismo Shemihaza, está acabando con el orden que nos esclaviza a todos, Lorena? ¿Quién está trayendo la justicia? ¿Quién vuelve el pecado contra sus perpetradores? ¿A quién deberías llamar tu Dios, Lorena? Antes ni siquiera creías... ¿Por qué ahora estás tan segura de que estás en el lado correcto de esta lucha?

—Yo he sentido lo que es capaz de hacer ese horrible ser antidiluviano, Jorge...

—Me tiene al tanto de lo que te hizo, Lorena... Y no lo apruebo, pero... Dime, ¿qué hizo...? Volvió tu pecado contra ti. Tu deseo. Tu lujuria.

—Ya basta —le corté, sudando de vergüenza y dudas. No podía alargar más aquella conversación. Su único fin era confundirme, llenarme de reparos y remordimientos. Acababa de recorrer un infierno para llegar hasta allí. Sabía que no estaba en mi mejor momento para batallas dialécticas—. ¿Dónde está Shemihaza, Jorge? Tengo que darle algo.

—Te estás equivocando, Lorena —contestó Jorge con una voz desquiciada y profunda, como si estuviera perdiendo la cabeza—. ¡Esta será la última vez que nos veamos! ¿Y sabes qué, Lorena? Has hecho lo mismo que todos los demás... Me has abandonado. Y ahora mira...

— ¿Que mire qué? —le dije gritando un poco, algo asustada de su extraña voz.

Su cuerpo comenzó a metamorfosearse delante de mis propias narices. Su rostro se deformaba, los ojos se agrandaron y se separaron enormemente, la nariz se desdibujó y aparecieron en su lugar dos orificios en forma de murciélago, su boca se agrandó tanto, que las comisuras de los labios le llegaban a las orejas puntiagudas que comenzaban a despuntar en ambos lados de la cabeza. El cuerpo le creció y parecía un híbrido entre hombre y lagarto. Una cola le fue creciendo hasta alcanzar el suelo. Su piel era escamosa, roja y brillante. Iba desnudo. Ninguna ropa cubría su piel. Sus patas traseras más parecían de carnero que de humano, sin embargo, los brazos mantenían una forma humana evidente. Unas alas como de murciélago le crecían a ambos lados de su musculosa espalda. El engendro bien podía medir los tres metros de altura. Yo mantenía el ánfora sagrada en mi pequeña mochila. Debía esperar, no podía arriesgarme a que se me cayera y se derramara aquel precioso líquido redentor. Mientras se transformaba, me miraba fijamente a los ojos. Quería causarme terror. Quería que saliera corriendo, presa del pánico. Pero al ver que me mantenía impasible y le mantenía, desafiante, la mirada, pareció molestarse.

— ¿Si no me temes, qué es lo que vienes a buscar? Creo que ya te concedí tu más íntimo deseo... ¿No? ¿O es que acaso quieres ver las cenizas de Sariel? Su cuerpo ha sido desgarrado y destrozado. Jamás volverás a verle... ¡JAMAS! —y me sonreía sacando una lengua bífida y roja llena de babas pastosas.

—Hablemos de ti —le dije, dejándole un tanto confuso — ¿Qué es lo que te trae a ti a este mundo? Pues este mundo es de los hombres. Sabes que tienes prohibido romper tus cadenas hasta el día del Juicio Final. ¿Cómo te atreves entonces, a desafiar el mandato divino? ¿A caso crees que puedes vencer? —y comencé a reírme de él.

— ¡Mujerzuela! —Gritó, y me golpeó con su fuerte brazo lanzándome contra el suelo lleno de huesos humanos—. ¡Tú eres un ser despreciable! ¿Cómo te atreves ni tan siquiera a intentar oponerte a mi poder en este mundo? ¿Acaso no sois vosotros, los hombres, los que me abristeis las puertas de vuestros corazones? ¿Es que no fuiste tú, la que decidiste ofrecer a Adán la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal para ser como Dios mismo? ¡Si soy dueño del mundo, es porque vosotros me habéis preferido a mí, vuestra soberbia me ha abierto todas las puertas!

El golpetazo y el impacto contra el suelo me hicieron bastante daño. Me quedé un poco aturdida y los oídos me zumbaban, a la par que aquel lugar daba vueltas en torno a mí. Shemihaza se había encolerizado y había desvelado su verdadero ser. Ahora era la oportunidad. Me sacudí dolorida en el suelo, buscando la manera de incorporarme. Varios de los huesos de aquellos esqueletos se me clavaron a lo largo del muslo y el costado derechos. Era posible que incluso estuviera herida, pero no tenía tiempo para comprobarlo.

Me puse en pie, con las piernas temblando y la rodilla izquierda muy dolorida, quitándome la mochila y sacando con rapidez la pequeña ánfora, esperando que no se hubiera machacado con la caída. No, ahí estaba, ¡como nueva!

— ¡Ven aquí si te atreves bestia inmundada, traidor de los traidores, compendio de vicios y pecados capitales, asesino y violador, destructor de la inocencia y de la fe! —le grité.

La bestia, entre gruñidos ensordecedores, se lanzó a por mí. La intención era la de esquivarlo o despistarlo para buscar la manera luego de derramarle el contenido del jarroncito en la boca... pero su fuerza y velocidad eran incomparables. Y yo solo era una periodista de vida más bien sedentaria, no en mala forma, pero nadie con unos reflejos de película. De modo que pasó lo que tenía que pasar. Le vi llegar hasta mí a mayor velocidad que mi propio pensamiento, y sus garras me alcanzaron.

Su gran mano derecha, de seis largos dedos, se hundió en mi pecho, apuñalándome con sus afiladas y negras uñas. Estoy casi segura de que una de ellas me perforó un pulmón. Se cernió sobre mí, empujándome, y yo, asfixiada por el impacto y por el líquido que se me abotargaba en el pecho (o esa sensación tenía), me dejé caer de espaldas. Me sacudió con la gran garra hundida en mí entre los esqueletos, como si jugara, y entonces su boca se abrió al fin para devorarme. Con la visión borrosa, apreté el jarroncillo de Bolormaa en mi mano, empujé con el pulgar el pequeño taponcito, haciéndolo saltar, y le sacudí el contenido entre aquellas fauces a la bestia, que ya me estaban destrozando el cráneo. No sabía si lo había hecho bien. Había cerrado los ojos y vuelto la cabeza a un lado, y sólo oía su agitada respiración de placer mientras me apretaba la lengua contra la cara y notaba mi cabeza crujir con la presión de sus mandíbulas. Me apretaba el cráneo, y además empecé a sentir intensos tirones en el cuello: debía estar intentando arrancarme la cabeza de cuajo. El dolor fue tan intenso que perdí el conocimiento.

Desperté cuando un fuerte temblor estaba haciendo rugir la Tierra. Todo se desgarraba y parecía que las entrañas de aquella fábrica comenzaban a hundirse. Apenas sentía nada , pero con gran esfuerzo logré alzar la cabeza y echar un vistazo. Sólo veía por el ojo derecho, no tenía claro por qué. Pero me valía. Sobre mi cuerpo había una inmensa cantidad de cenizas calcinadas. ¿Eso era lo que quedaba de Shemihaza? ¿Había sido destruido? “Si”, pensé con alivio. “Aniquilado”.

Pero yo no podía apenas respirar. Mi cabeza estaba tan entumecida y el pecho me dolía tanto que me desmayaría otra vez, y sería engullida por la tierra que se hundía...

Entonces recordé las palabras de la Madre de Cristal. Debía beber un poco de aquella agua que había abrasado al Demonio. Con mis últimas fuerzas, intenté menear la mano con la que tenía que estar sosteniendo la pequeña ánfora. Giré la cara con intenso dolor en el cuello, hacia ese lado. Ahí estaba, envuelta por mis lánguidos dedos, blanquecinos por la ceniza. ¿Quedaría algo dentro? Intenté mover el brazo, y sin sentirlo como mío, el codo se me dobló y logré llevarme la mano sobre la cabeza. Volqué la boca del jarroncito y me eché el agua que quedaba en la boca. El dolor desapareció, una especie de anestesia general se apoderó de mí. Pero no sentía nada más. Nada milagroso parecía estar ocurriendo.

Los temblores se sucedían sin interrupción. Desde ahí abajo, ya antes, no se oía la furiosa batalla que Marcos había usado como distracción en la fábrica, e imposible era ahora saber si él o Xián seguían con vida. No oía más que el terremoto, cada vez más intenso, y la vibración graciosa y hueca de todos los huesos que me rodeaban. Liberada del dolor tan repentinamente, me sentía en calma. No sabía si mis amigos, mi familia, y mis compañeros de aventura sobrevivirían a todo lo que le había pasado al mundo, pero ya me daba igual. Estaba cansada, y en paz, de una manera extraña. No en paz conmigo o con el mundo por la idea de haber enfrentado el horror que lo amenazaba. Sino... una paz que trascendía eso. Sentía que era natural. Todo. Todo lo pasado, por perverso, maravilloso, horrible o grandioso que hubiera sido, todo parecía tener sentido en aquel mismo momento, y casi era capaz de ver cómo de lógico era todo ello junto. Me sentía, como nunca, parte del universo, y de alguna manera me daba cuenta de cómo era de redondo todo, el conjunto de todos los sucesos. Era natural.

Y así fue que el suelo de aquella sima, de la guarida del dragón, llena de esqueletos humanos, conmigo tirada y moribunda, empezó a hundirse a mi alrededor. Y en la oscuridad, empecé a descender en caída libre. Esperaba sentir el golpeteo y zarandeo de cascotes y piedras contra mí, u oírlos precipitándose a mi alrededor... pero nada. En ese momento sentía que flotaba, mi descenso era más parecido al de una pluma mecida por la brisa. El dolor se había esfumado y un sueño profundo me invadió.

Y no supe nada más.

XII

La luz de neón me produjo, súbitamente, un sobresalto. Algo me oprimía los pulmones. Mi boca, completamente seca, estaba abierta, y en su interior un tubo duro me impedía mover la lengua. Me entraron náuseas. Mi vómito no tardaría en recorrer el esófago. Me ardía el pecho. Pronto podría estallarme si no hacía algo para evitarlo.

Intentaba mover mis manos, pero las sentía tan sumamente débiles que me costó varios minutos mover cada uno de los dedos.

Cuando me encontré con fuerzas suficientes levanté mi brazo derecho. Me toqué la cara. ¡Estaba intubada!

Flashbacks irrumpían constantemente mi imaginación, mi conciencia estaba obnubilada. Recordaba a Sariel, recordaba a Shemihaza... mi lucha en aquella fosa. Comencé a llorar, pues me daba cuenta de que había sobrevivido y entonces...

— ¡Lorena! —La voz de mi madre— ¡Lorena, cariño mío, hija mía!

Y noté su mano sobre la mía. Vi su rostro sobre el mío. Lloraba con alegría, pues me acababa de despertar de un estado comatoso. Era evidente que la lucha con el Demonio me había diezmado. Mi madre llamaba a médicos y enfermeras. Todos acudían. Comenzaron a desentubarme. Y vomité. La debilidad me impedía hablar. Los médicos me llevaron a otra sala. Me inspeccionaron de arriba a abajo. Todos me felicitaban. Había sobrevivido al apocalipsis.

— ¡Estamos muy orgullosos de ti, Lorena! —me decían médicos y enfermeras.

Yo los miraba un tanto aturdida. Estaba claro que había salvado a la humanidad, pero tanto halago me resultaba incómodo. Nunca los he llevado bien.

A las dos horas, me enviaron a una habitación fuera de la UCI. Mi madre y mi padre ya me esperaban dentro. ¡Había vuelto a la vida!

Mis buenos padres. Por fin sabía algo de ellos. No habían sido asesinados. Esto era un gran alivio para empezar. Serían de los que dejaron de consumir, si no habían comprado ninguna mercancía infestada por los Nefilim, era más que probable lograr la supervivencia. En su caso fue así. Mi madre no paraba de abrazarme. Mi padre de reprenderle por su exceso de fogosidad. Todo era normal. Hasta que entró él.

— ¡Dios mío, Lorena! —gritó mientras abría la puerta de mi habitación. Era Jorge.

Reaccioné con terror.

— ¿Qué coño haces tú aquí? —le chillé histérica.

— ¡Lorena!, ¿qué te pasa? —respondía una y otra vez.

— ¡Fueraaaa, fueraaa de aquí! —repetí hasta perder la voz de pura debilidad.

Mi padre agarró al muchacho del brazo y lo sacó de la habitación. Un médico entró a evaluar mi estado físico y psíquico. Me dieron un tranquilizante. Recomendaron a mis padres que no recibiera visitas por el momento, pues no sabían en qué estado mental me encontraba. Pero era evidente que las visitas me alteraban.

Me dormí profundamente. Era de noche cuando desperté. La habitación estaba en penumbras. Me sentía bien. Me había recuperado un poco de mi alteración psiquiátrica, y además comenzaba a recuperar el vigor físico suficiente como para sentir hambre. Aun así, los flashbacks se introducían intempestivamente en mis pensamientos. Me incorporé un poco. Enfrente de mi cama había una figura humana, sentada en el sillón del acompañante. Inicialmente pensé que era mi padre, sin embargo un suave olor llegó como una oleada de aire fresco. ¡Era Alfonso!

Me incorporé totalmente.

— ¡Alfonso! —dije emocionada, y comencé a llorar—. ¡Creía que habías muerto!

—Buenas noches, señorita Lorena. ¿Cómo me ha reconocido? —dijo con su voz profunda.

— ¡Alfonso! —Contesté agobiada—. ¿Cómo no te voy a reconocer? —y quise levantarme de la cama para ir hacia él.

— ¡No se levante!, no está usted en condiciones para levantarse.

Vino hacia la cama. Encendió la luz de arriba del cabezal. Al verle me di cuenta de que sí, era él. ¿Cómo no me reconocía?

Vengo a verla, yo fui quien la encontró en su casa. Hubo un escape de gas. Tuve que tirar la puerta abajo para rescatarla. Siento mucho todo esto. Casi muere. Gracias a que la vi en la comisaría y a que sospeché que se había infiltrado en ella para sonsacar información sobre el Caso Fórum, pude salvarla. Ha estado en coma una semana. Hipercapnia, dicen los doctores.

Me quedé tan impactada mirándole que no supe qué decir. Lo miraba aturrida. Sentía aquellos recuerdos tan vívidos en mi memoria... Tan reales. ¿Cómo podía ser?

—La seguí porque necesitaba que usted me ayudara en el caso. Necesitaba que la prensa diera información a la opinión pública. El caso pasó al CNI. Al Ministerio de Interior y al ejército. Era un ataque terrorista.

—Entonces, todo lo que he vivido. ¿Es mentira? ¡Ha sido un delirio de una estúpida en coma! —Y mi cabeza comenzó a darme vueltas—. ¡Todo, un sueño! Tú, Marcos, mi querido Xián, Bolormaa, Enoc, y hasta Shemihaza. ¿Todos son parte de una ensoñación?

—Anarquistas, Lorena. Eran anarquistas. Mediante tecnología implantada en los electrodomésticos. Han matado a mucha gente. Pero todo ha acabado. Tenían su centro de operaciones entre China y Rusia. Querían hundir las bolsas, parar el consumo mundial, extender el terror. Aniquilar todo este sistema productivo. Formaban parte de una sociedad secreta internacional. Todos los países del mundo hemos colaborado en su localización, incluidos Rusia y China. Todavía se está deteniendo a muchos de sus integrantes. Algunos son políticos reconocidos, de los que nadie nunca hubiera sospechado; otros, artistas, policías, miembros de las fuerzas armadas... No hay ningún ámbito de la sociedad en el que no tuvieran miembros infiltrados. Más de un decenio de preparación.

—No. No han sido hombres.

—¿Cómo? —preguntó asombrado.

—Ha sido Shemihaza.

—¿Pero cómo conoce usted el nombre que se daba a sí misma la organización criminal? Así se hacían llamar, Shemihaza. Por lo visto significa Ángel Exterminador. Pero como...

—Y tú. Tú has luchado contra ellos.

—Yo, y muchos otros.

—Alfonso. Necesito decirte una cosa —¿Cómo explicarle todo aquello? ¿No sería mejor no decir nada de momento? Me sentía como una loca de atar.

—Dígame, Lorena —y me miraba fijamente a los ojos—. He temido por su vida.

—Cuando salga de aquí —dije sonriéndole—, si no tienes ningún compromiso... me gustaría salir contigo.

— ¿Quieres sacarme información de algún otro caso, no? —Me dijo sonriendo abiertamente, hizo un silencio y se puso muy serio—. Sí —dijo después—, me gusta usted mucho. He temido por su vida. He venido a verla mientras estaba inconsciente. Usted me nombraba constantemente. Hasta sus padres me lo decían. Comencé a pensar que, no sé muy bien cómo, sabías que yo te había salvado. Tendremos que hablar de ello.

—Hablabamos —contesté con dulzura. Me sentía liberada. Ahora, este hombre de carne y hueso, vivo, estaba aquí conmigo. Eso era lo único que me importaba.

Alfonso se sentó a mi vera, sobre la cama. Y comenzamos a hablar de cosas sin trascendencia. De esas cosas que unen a los hombres y a las mujeres.

FIN